



UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A
DISTANCIA
FACULTAD DE FILOSOFÍA

Máster Universitario en Filosofía Teórica y Práctica
Especialidad de Lógica, Historia y Filosofía de la ciencia

Trabajo Fin de Máster

Una solución conceptual-relativista al enigma de Kripke

Autor: Robert Kelly

Tutor: Amparo Díez Martínez

Madrid, Marzo 2014

RESUMEN

Mediante su enigma sobre la creencia (Kripke, 1979) Kripke pretende subrayar que las contradicciones que generan los principios que fundamentan nuestras atribuciones de creencia son precisamente las mismas que generan estos principios junto con un principio de intercambiabilidad de nombres propios codesignativos en contextos de creencia. Este resultado sugiere que se debe reexaminar la validez de todos los principios involucrados, pero a Kripke le interesa sugerir en particular que caben dudas acerca de si el principio de intercambiabilidad, un principio que a simple vista parece imposible defender, es en realidad tan obviamente inválido. Exonerar así el principio de intercambiabilidad resulta de gran interés para Kripke, puesto que promete proporcionar un apoyo indirecto para su teoría de los nombres propios. La teoría de los *designadores rígidos* de Kripke sostiene que un nombre propio no tiene otra función aparte de designar a su portador, y por tanto implica que los nombres propios codesignativos sí son intercambiables *salva veritate* en contextos de creencia. La teoría kripkeana se opone a la tradición fregeana que asocia un *sentido* con cada nombre propio, algo *captable* que contiene el modo de presentación del portador del nombre y explica, entre otras cosas, por qué los nombres codesignativos no son intercambiables *salva veritate* en contextos de creencia. Dado este choque no sorprende que los comentarios preparatorios de Kripke y su análisis subsiguiente del enigma se vuelvan un ataque general contra la teoría fregeana de los nombres propios. Sin embargo, la crítica de Kripke resulta en gran medida descaminada, y la postura fregeana que refuta dista mucho de ser una postura fregeana justificable. La paradoja de la identidad de la que parte Frege muestra que el funcionamiento de los nombres va más allá del simple designar a su portador, pero no está nada claro cómo entender la naturaleza de los captables que postula Frege. Este ensayo defiende un análisis de la semántica de los nombres propios centrado en la distinción mundo conceptual–mundo real de Dennett y la relatividad conceptual de Putnam que se alinea con la teoría fregeana, pero que no recurre a entidades exóticas del reino de lo que no es perceptible sensorialmente, y muestra cómo puede proporcionar una solución al enigma de Kripke.

ABSTRACT

In presenting his puzzle about belief (Kripke, 1979) Kripke intends to draw our attention to the fact that the contradictions that can be generated by our principles of belief attribution are precisely those that be generated by these principles together with the principle of substitution of coreferential proper names in belief contexts. This result suggests that we should reexamine the validity of all principles involved, but Kripke is particularly interested in suggesting that there are doubts about whether the principle of substitution, a principle that at first glance appears impossible to defend, is in reality so obviously invalid after all. Acquitting this principle of substitution is of great utility to Kripke, given that it promises indirect support for his theory of proper names. Kripke's theory of *rigid designators* claims that a proper name has no other function apart from that of denoting its bearer, which implies that coreferential proper names should be interchangeable *salva veritate* in belief contexts. The Kripkean theory is opposed to the Fregean tradition that associates a *sense* with every proper name, something *graspable* that contains the mode of presentation of the name's bearer and explains, amongst other things, why coreferential proper names are not interchangeable *salva veritate* in belief contexts. Given this clash it is not surprising that the Kripke's preparatory comments and subsequent analysis of the puzzle amounts to a general attack on the Fregean theory of proper names. However, Kripke's criticisms are misguided for the most part, and the Fregean position that he refutes cannot justifiably be attributed to Frege. The paradox of identity that represents Frege's starting point shows that the functioning of proper names goes beyond that a simple namer of its bearer, but on the other hand it's not at all clear how we we should understand the nature of these *graspables* that Frege proposes. This essay defends an analysis of the semantics of proper names centered on Dennett's notional world–real world distinction and Putnam's conceptual relativity that aligns with Frege's theory, but without resorting to exotic entities from the realm of the nonsensibly perceptible, and shows how it can provide a solution to Kripke's puzzle.

Genuine paradoxes are never unimportant; they always show something is wrong with the way we have been thinking.

Hilary Putnam

There is always another way to say the same thing that doesn't look at all like the way you said it before... I think it is somehow a representation of the simplicity of nature... Perhaps a thing is simple if you can describe it fully in several different ways without immediately knowing that you are describing the same thing.

Richard Feynman

ÍNDICE

1. Introducción	7
2. El enigma	14
3. Los antecedentes del enigma	18
3.1. La no intercambiabilidad de nombres codesignativos en contextos epistémicos y modales	18
3.2. La teoría del sentido	20
3.3. La intercambiabilidad de nombres codesignativos en contextos modales	28
3.4. ¿Una teoría híbrida?	31
3.5. ¿La intercambiabilidad de nombres codesignativos en contextos epistémicos?	34
4. Soluciones	39
4.1. Los requisitos de Kripke	39
4.2. La solución de Sosa	46
4.3. La solución de Orayen	51
4.4. La solución de Tomasini	55
5. El Londres Gemelo	62
6. El provincianismo de una atribución de creencia	77
7. El sentido y la ontología	85
8. Mundos nocionales y mundos reales	93
9. Una solución conceptual-relativista al enigma	105
9.1. La relatividad conceptual	108
9.2. La solución al enigma	113

Referencias

130

1. INTRODUCCIÓN

Coincidiendo con el nacimiento de la filosofía analítica y los primeros análisis lógicos de la significación, aparecieron enigmas acerca de la relación entre las palabras del lenguaje y los objetos del mundo a los que supuestamente se refieren (cf. (Bechtel, 2009, p. 19)). En un artículo paradigmático del nuevo método analítico de 1905, Bertrand Russell exhortó a que se hiciera con un buen número de rompecabezas lógicos para poner a prueba el acierto de una teoría lógica. Propuso además tres enigmas que una teoría lógica de la significación debería ser capaz de resolver (Russell, 1905, p. 484–485).

Alexius Meinong, cuando menos parcialmente, ya había identificado y analizado el tercer enigma que propuso Russell (cf. (Bechtel, 2009, p. 20)). Meinong observó que si se supone que la significación de un nombre propio u otro signo o expresión es el objeto al que se refiere, la expresión ‘el cuadrado redondo’ en la frase “el cuadrado redondo no existe” se refiere a un objeto, a pesar de que la frase afirme que tal objeto no existe. La conclusión paradójica es que hay objetos acerca de los cuales es verdadero afirmar que no hay tales objetos (Meinong, 1960, p. 83). Declarar que no hay ningún cuadrado redondo equivale a dictar un veredicto sobre el cuadrado redondo como si tuviera un ser que hay que aprehender antes de poder afirmar o negar la adscripción de no ser al objeto (Meinong, 1960, p. 84) (cf. (Chisholm, 1973, p. 249)).

Para evitar este estado contradictorio de cosas, Meinong postuló una teoría de los objetos según la cual un objeto es “indiferente” al ser o no ser (Meinong, 1960, p. 86). Si tanto el ser como el no ser es externo a un objeto, afirmar “el cuadrado redondo no existe” no origina más problemas que afirmar “el cuadrado rosa existe,” puesto que los objetos a los que se refieren los términos ‘el cuadrado redondo’ y ‘el cuadrado rosa’ son objetos “más allá de la existencia o la no existencia.” Además, si las características de un objeto también son independientes de su ser o no ser (Meinong, 1960, p. 82) (cf. (Chisholm, 1973, p. 246)), es verdadero afirmar que el cuadrado redondo es redondo, y también verdadero afirmar que es cuadrado. Es más, es *necesario* que el cuadrado redondo sea tanto redondo como cuadrado (Chisholm, 1973, p. 247). En síntesis, la

teoría de Meinong mantiene que los signos del lenguaje se refieren a objetos puros diferenciados de los objetos reales que existen en el mundo. Por tanto, si un hablante o usuario del lenguaje afirma con toda propiedad que el cuadrado redondo es redondo, la afirmación no trata de un objeto real, sino de un objeto *subsistente*, esto es, un objeto más allá de la existencia o la no existencia, y este objeto constituye el objeto intencional del pensamiento que da lugar a la afirmación (Bechtel, 2009, p. 42).

Así como Meinong había identificado la esencia del tercer enigma que citó Russell, Gottlob Frege ya había encontrado la raíz de su primer enigma en un artículo que proponía una distinción entre el objeto al que se refiere un signo, esto es, lo designado por el signo, y el *sentido* del signo, lo que contiene el modo de darse lo designado (Frege, 2000). Partiendo de los enunciados de la forma “ $A = B$ ” (o “ A es B ”) donde ‘ A ’ y ‘ B ’ son nombres propios, Frege afirma que el conocimiento empírico que pretenden expresar tales identidades se esfuma si la significación de los signos involucrados se agota en identificar los objetos a los que se refieren. En concreto, si la identidad “ $A = B$ ” es verdadera y expresa una relación entre lo designado por los dos nombres, se expresa una relación de un objeto consigo mismo, una relación que se expresa de modo equivalente mediante la identidad “ $A = A$.” No obstante, esta segunda identidad no contiene ningún conocimiento empírico. Por otro lado, puede pensarse que “ $A = B$ ” expresa una relación entre signos. En este caso se expresa que el nombre ‘ A ’ se refiere al mismo objeto al que se refiere el nombre ‘ B .’ Sin embargo, la conexión entre un signo y el objeto que designa es arbitraria, y por tanto “ $A = B$ ” no puede expresar ningún conocimiento empírico sobre el mundo, sino sólo una mera convención acerca de la co-referencialidad de los dos signos involucrados (cf. (Bechtel, 2009, p. 20)).

Frege resuelve esta paradoja de la identidad mediante una teoría de la significación que postula que una distinción en el conocimiento empírico otorgado por un enunciado “ $A = B$ ” y el otorgado por “ $A = A$ ” sólo puede darse en el caso de que la diferencia en los nombres ‘ A ’ y ‘ B ’ corresponda a una diferencia en el modo de darse lo designado (Frege, 2000, p. 46)¹. Según Frege, el modo de darse lo que designa un nombre propio

¹Como comenta Tyler Burge, la paradoja de la identidad está estrechamente relacionada con la opa-

se halla contenido en su sentido, y éste está captado o comprendido por cada individuo que conoce el lenguaje al que pertenece el nombre. Sin embargo, un sentido captado por un hablante sólo sirve para iluminar parcialmente el objeto que designa el nombre correspondiente, y ningún hablante del lenguaje logra un conocimiento completo de lo designado. Por tanto, pueden dividirse las opiniones en cuanto al sentido de un nombre propio a la vez que la misma designación se mantiene entre todos los hablantes de un lenguaje dado. Además, el mismo sentido puede expresarse de diversas maneras en el mismo lenguaje. No obstante, Frege distingue el sentido de un nombre propio de una idea interna o una representación subjetiva (Frege, 2000, p. 47). La representación que un hablante asocia con un nombre propio en la mente no puede ser la de otro, pero el sentido de este nombre puede ser la propiedad común del conjunto de hablantes del lenguaje al que pertenece el nombre. Por lo tanto, el sentido de un nombre propio no forma parte de la mente individual, sino que media entre el objeto designado del mundo real y una representación interna subjetiva de un hablante que lo capta (Frege, 2000, p. 48).

El último enigma que propuso Russell para poner a prueba una teoría lógica de la significación se centra en el principio del tercero excluido. Según este principio, o el enunciado “El actual rey de Francia es calvo” es verdadero o el enunciado “El actual rey de Francia no es calvo” es verdadero. Sin embargo, al enumerar todas las cosas del mundo que son calvas y todas las que no lo son, no se encuentra el rey de Francia ni en la primera enumeración ni en la segunda.

En su artículo de 1905, Russell evalúa la capacidad de las teorías de Meinong y Frege para abordar estos tres enigmas, pero las considera deficientes. En particular, un gran defecto que Russell veía en la teoría de Frege concernía a la manera en la que aborda su tercer enigma. Frege hace uso de una denotación puramente convencional

idad de los nombres propios codesignativos en contextos empíricos: a todos los efectos, la observación de que “ $A = B$ ” puede otorgar conocimiento empírico mientras que “ $A = A$ ” no otorga conocimiento alguno equivale a la observación de que un hablante puede creer que $A = A$ mientras que no cree que $A = B$ (Burge, 1977, p. 354). El vínculo entre estas dos observaciones se hace explícito en la sección 3.

para todos aquellos casos en los que, de otro modo, no la habría. Para Frege, el hecho de que un signo de un lenguaje natural pueda carecer de una referencia es en realidad un defecto del lenguaje natural, y nunca surgiría en el caso de un lenguaje lógicamente perfecto (Frege, 2000, p. 55–56). Frege propone remediar este defecto mediante la estipulación especial de que un signo que carece de referencia tiene siempre una referencia convencional. En cuanto a la teoría de los objetos de Meinong, ideada expresamente para resolver este tercer enigma, las consecuencias le resultaban a Russell “intolerables” (Russell, 1905, p. 483). En su opinión, cualquier objeto más allá de la existencia o la no existencia infringe el principio de contradicción: el cuadrado redondo es redondo y, a la vez, no redondo (por cuadrado). Meinong arguyó que tal violación del principio de contradicción indicaba simplemente que el objeto bajo consideración era un objeto imposible, un objeto cuya existencia quedaba excluida por las características que tenía (Chisholm, 1973, p. 247–248).

Deseoso de encontrar una solución a sus tres enigmas, Russell propuso una teoría de la denotación que facilitaba la reducción de cualquier enunciado en el que apareciera una expresión denotativa como ‘El actual rey de Francia’ a una fórmula lógica en la que no apareciera ninguna expresión denotativa (Russell, 1905, p. 480–482). En la teoría de Russell una expresión denotativa sólo posee significación cuando aparece como parte de un enunciado, lo que permite superar los problemas que encontró con la referencia convencional que propuso Frege para abordar los signos que no denotan². En lo concer-

²Cabría señalar aquí que Russell rechaza la teoría de Frege en este asunto sin proporcionar ningún argumento que vaya más allá de la valoración de que el procedimiento que emplea Frege resulta *ad hoc* e inadmisibles. Asimismo, el rechazo de Russell a la teoría de Meinong parece pender de un desacuerdo sobre valores veritativos. Según la teoría de Meinong, el enunciado “el cuadrado redondo es redondo y cuadrado” es verdadero. Por otro lado, en la teoría de las descripciones de Russell este enunciado es falso (cf. (Russell, 1905, p. 491)). En el caso del enunciado “el cuadrado redondo no es redondo,” la teoría de Meinong afirmaría que es también verdadero, mientras que la teoría de Russell afirma que es falso en el caso de que ‘el cuadrado redondo’ interviniera principalmente (se glosa: hay una entidad que es redonda y no redonda), pero que es verdadero en el caso de que no interviniera principalmente (se glosa: es falso que haya una entidad que es redonda y no redonda). Puede ser por tanto que el

niente a los nombres propios, Russell mantenía que un nombre como ‘Aristóteles’ no es un nombre propio en sentido lógico, es decir, un nombre que denota un objeto, sino una descripción definida encubierta, es decir, una expresión denotativa que se elimina, reduciéndola a su forma lógica en términos de cuantificadores y funciones proposicionales, en cualquier proposición en la que interviene (cf. (Russell, 1905, p. 482)).

Aunque Russell rechazó por completo la idea de un sentido que va unido al nombre propio y aunque Frege nunca expresó su teoría en términos de descripciones, de algún modo la concepción russelliana de un nombre propio como una descripción definida abreviada y la idea fregeana del sentido de un nombre propio que un hablante capta y que contiene el modo de darse lo designado fusionaron para dar una teoría híbrida de la significación de un nombre propio. Según esta teoría, un hablante es competente en el uso de un nombre propio si capta su sentido, esto es, si en la mente asocia el nombre propio con una descripción definida (o quizá un conjunto de descripciones definidas) que expresa el sentido del nombre. Aunque no puede asociarse ni con Russell ni con Frege, esta teoría descripcionista facilita una explicación concisa de ciertos fenómenos del uso de los nombres propios, sobre todo los que se centran en los enigmas enumerados por Russell, aunque presenta también ciertos inconvenientes por los que se ha criticado la teoría (véase un breve resumen (Lycan, 2006, p. 263–264)).

Entrelazada con su propia crítica del marco general de una explicación descripcionista de la significación, Saul Kripke propuso una teoría de los nombres propios que eliminaba por completo las descripciones en la explicación de la relación de referencia. En la teoría de Kripke, un nombre propio es un *designador rígido*, es decir, denota el mismo objeto en cada mundo posible (situación contrafáctica) (Kripke, 2000, p. 101), y no tiene otra función lingüística aparte de designar a su portador³. Esta concepción

rechazo de Russell a la teoría de Meinong esté basado sólo en el hecho de que ésta da valores veritativos distintos a los que da su teoría de las descripciones, y lo que es más, que el único criterio objetivo que pueda recomendar una de estas teorías frente a la otra es el criterio circular de conseguir desentrañar el enigma original (cf. (Chisholm, 1973, p. 251)).

³Kripke propone una prueba intuitiva para distinguir entre un designador rígido y otro no rígido (Kripke, 2000, p. 104–105). Si lo que denota un designador no podría haber sido otra entidad distinta

de los nombres propios conlleva la consecuencia de que los nombres codesignativos son intercambiables *salva veritate* en cualquier contexto, en particular en contextos modales y en contextos de actitudes proposicionales⁴. Sin embargo, un argumento sencillo por

de la que denota en este mundo, el designador es rígido. En caso contrario, es un designador no rígido. Para Kripke, un nombre propio como por ejemplo ‘Nixon’ es siempre un designador rígido, porque la persona Nixon no podría haber sido, en el sentido literal, una persona diferente de la persona que, de hecho, es en este mundo (Kripke, 2000, p. 105). Como bien reconoce Kripke, la validez de esta prueba reposa en ciertas intuiciones acerca de cuándo puede juzgarse que una persona u otra entidad nombrada no podría haber sido otra. Según el análisis de Nathan Salmon, la intuición principal concierne al papel que desempeña el origen de una entidad (cf. (Salmon, 1979, p. 711ff)): una entidad que tiene un origen determinado (un trozo de materia en concreto en el caso de una entidad inanimada, unos gametos concretos en el caso de un ser que se reproduce sexualmente, etc.) no podría haber sido otra entidad. Esta intuición equivale en realidad a un fuerte principio esencialista: en el caso de las personas como Richard Nixon, este principio afirma que Nixon tiene una propiedad esencial, esto es, la propiedad de que ningún otra persona podría haber surgido de los gametos de los que, de hecho, en este mundo, surgió él. En otras palabras, la persona que surge de unos gametos concretos es necesariamente la misma persona, lo que permite la identificación de un individuo entre mundos posibles distintos. A primera vista este principio esencialista parece razonable, incluso indudable, pero no está exento de problemas (cf. (Salmon, 1979, p. 716ff)). En cualquier caso, y con independencia de si se rechaza o no este principio esencialista en concreto, la prueba intuitiva de Kripke exige la existencia de alguna propiedad esencial que permita la identificación de entidades entre mundos posibles distintos.

⁴Una actitud proposicional es una relación entre un hablante y una proposición que caracteriza un estado psicológico del hablante. Por ejemplo, la oración “Juan cree que Hesperus es Venus” expresa una actitud proposicional entre Juan y la proposición que expresa la oración “Hesperus es Venus.” Se puede considerar que una proposición es la significación cognitiva de una oración, esto es, la significación sólo en la medida en que concierne al valor veritativo de la oración y no a la calidad poética o al tono afectivo. W.V. Quine critica este concepto de una proposición alegando que carece de un criterio de individuación adecuado: dadas dos oraciones con formas lingüísticas distintas, no están nada claras las circunstancias en las cuales se diría que las dos oraciones expresan la misma proposición (Quine, 1969, p. 140). La distinción entre una actitud proposicional y una actitud nocional que constituye un eje principal del argumento presentado en este ensayo (cf. sección 8) puede también apuntar a un criterio para individualizar las proposiciones con referencia a los estados psicológicos de un hablante y su inserción en el entorno físico-social, pero se deja un análisis detallado de esta cuestión para una investigación futura.

reductio ad absurdum relacionado con el primer enigma de Russell mantiene que tal intercambiabilidad es claramente inválida. En concreto, oraciones en estos contextos que involucran nombres propios parecen cambiar su valor veritativo bajo la sustitución de dos nombres codesignativos, lo que apunta a que los nombres propios tienen otras funciones además de designar a su portador, tal y como sostiene la teoría descriptivista esbozada anteriormente. Según esta teoría, aunque dos nombres propios codesignativos compartan la misma referencia, cada uno tendrá asociado un sentido distinto, lo que explica por qué no se pueden intercambiar dos nombres propios en contextos modales o contextos de creencia y esperar que los valores veritativos de las oraciones correspondientes siempre se mantengan iguales.

A pesar de esta explicación sencilla de la no intercambiabilidad de nombres propios en contextos de creencia y en contextos modales, Kripke consiguió mostrar cómo los nombres propios codesignativos pueden ser intercambiables *salva veritate* en contextos modales si se conciben los nombres involucrados como designadores rígidos (Kripke, 2000). No obstante, la demostración de esta intercambiabilidad descansa sobre una distinción tajante entre necesidad metafísica y necesidad epistémica, lo cual parece excluir la posibilidad de proporcionar una demostración similar que revelaría que la teoría kripkeana fuera en realidad correcta también en los contextos de actitudes proposicionales. En otras palabras, Kripke ha mostrado cómo los nombres propios codesignativos sí son intercambiables *salva veritate* en contextos modales sin tener que recurrir al concepto del sentido de un nombre propio, pero a costa de hacerlos no intercambiables en contextos de creencia u otros contextos de actitudes proposicionales. Esta situación sugiere la posibilidad de un enfoque kripkeano-fregeano-russelliano que reconocería la rigidez de los nombres propios en contextos modales, pero que al mismo tiempo recurriría a un sentido descriptivista para explicar la no intercambiabilidad *salva veritate* de nombres propios codesignativos en contextos epistémicos. Sin embargo, como se detalla en la sección 3, Kripke rechaza por completo la posibilidad de un enfoque híbrido y propone en cambio un enigma sobre la creencia que tiene el objetivo de poner en entredicho el argumento por *reductio* contra la intercambiabilidad *salva veritate* de nombres pro-

pios en contextos de actitudes proposicionales, lo que promete proporcionar un apoyo indirecto para su teoría de los nombres propios (Kripke, 1979).

Antes de proceder a ampliar sus antecedentes en la sección 3 se reseñará el enigma de Kripke en la sección 2. Luego, en la sección 4, se presentarán con mayor detalle los argumentos de Kripke contra una solución fregeana al enigma junto con tres soluciones que intentan superar estas objeciones para avalar el valor y la validez de un enfoque fregeano-russelliano de los nombres propios. Finalmente se rechazarán las soluciones que intentan rescatar la noción fregeana del sentido de un nombre propio de las objeciones de Kripke y se empezarán a poner los cimientos de un enfoque alternativo en la sección 5. En la sección 6 se analizará el lenguaje de la atribución de creencia más detalladamente, y en las secciones 7 y 8 se detallará una teoría que contextualiza las palabras de un hablante con respecto al mundo en el que está inserto. Por último, en la sección 9 se resumirá la relatividad conceptual, idea clave en el realismo interno propugnado por Hilary Putnam y pieza final para la solución al enigma aquí avalada, y se ilustrará cómo una solución al enigma basada en la relatividad conceptual puede superar los desafíos que plantea el enigma de Kripke, y proporcionar así una teoría adecuada de los nombres propios en el contexto de una teoría más amplia que pretende vincular el mundo, el conocimiento y el lenguaje.

2. EL ENIGMA

Pierre es un francohablante normal que vive en Francia. No habla ni una palabra del inglés ni de otra lengua extranjera, ni tampoco ha salido nunca de su país. Por lo que ha oído hablar de la ciudad de Londres, Pierre está dispuesto a pensar que esta ciudad es bonita. Por ende, está dispuesto a asentir a la oración francesa “*Londres est jolie.*” Sobre la base de esta oración, nosotros podemos concluir que Pierre cree que Londres⁵ es bonita valiéndonos de dos principios de atribución de creencia, a saber, el

⁵Es importante señalar aquí que el nombre propio ‘Londres’ pertenece al español, mientras que el nombre propio ‘*Londres*’ pertenece al francés. Aunque estos dos nombres propios son iguales en cuanto

principio desentrecomillador y el principio de traducción. El principio desentrecomillador afirma que si un hablante normal, después de reflexionar, asiente sinceramente a una oración “*p*,” entonces cree que *p* (cf. (Kripke, 1979, p. 248–249))⁶. No obstante, cada lengua tendrá su propio principio desentrecomillador que se expresará con términos de esa lengua. Por tanto, el principio desentrecomillador que acaba de darse representa el principio desentrecomillador en el español. El principio desentrecomillador para el inglés, por poner un ejemplo, tendría la expresión: *If a normal speaker, on reflection, sincerely assents to “p,” then that speaker believes that p*. El segundo principio involucrado en nuestra atribución de creencia, el principio de traducción, afirma que si una oración “*p*” de una lengua expresa una verdad en esa lengua, cualquier traducción “*q*” de “*p*” a otra lengua también expresa una verdad, pero una verdad en esa otra lengua (cf. (Kripke, 1979, p. 250)). Según este análisis, si Pierre asiente a “*Londres est jolie*,” por el principio desentrecomillador para el francés, nosotros podemos concluir que *Pierre croit que Londres est jolie*, y por el principio de traducción podemos concluir que Pierre cree que Londres es bonita⁷.

a su grafía, la pronunciación de cada uno es diferente, y del mismo modo que el nombre propio ‘*London*’ del inglés es distinto al nombre propio ‘Londres’ del español, debe entenderse que ‘*Londres*’ y ‘Londres’ representan dos nombres propios distintos. Este ensayo seguirá la convención de identificar palabras y frases de un idioma extranjero por medio de letra cursiva, precisando el idioma del que provienen si se considera necesario.

⁶Para esta presentación del enigma, debe entenderse que la oración “*p*” será una oración simple que no contiene ninguna conectiva ni otras fuentes de intensionalidad, y que los nombres propios que salen en “*p*” son usados y no mencionados (es decir, no aparecen entre comillas) (Kripke, 1979, p. 240–241). Además, la aplicación legítima del principio desentrecomillador exige que la oración “*p*” carezca de dispositivos indexicales o pronominales o de otras ambigüedades que arruinarían el sentido intuitivo del principio (Kripke, 1979, p. 249). Por último, las oraciones de atribución de creencia que figuran en la construcción del enigma deben interpretarse *de dicto*, es decir, se glosa la oración “Pierre cree que Londres es bonita” como “Pierre cree que: Londres es bonita,” donde lo que aparece después de los dos puntos representa el contenido de la creencia de Pierre (cf. (Kripke, 1979, p. 242) (Dennett, 1982, p. 54–55) (Burge, 1977, p. 341–343)).

⁷En realidad, se ha recurrido aquí a un tercer principio, a saber, un principio tarskiano de verdad que se podría expresar de la siguiente manera (cf. (Kripke, 1979, p. 250, nota de pie 26)):

Volviendo a la historia de Pierre, más adelante se encuentra viviendo en Londres, pero vive en un barrio feo y burdo del cual los habitantes rara vez salen. Pierre aprende a hablar inglés por el método directo, es decir, sin recurrir a traducciones, y así aprende a llamar a la ciudad donde vive ‘*London.*’ Dada su situación en Londres, Pierre está dispuesto a asentir a la oración inglesa “*London is not pretty,*” y a partir de esta oración, nosotros podemos concluir (valiéndonos del principio desentrecomillador para el inglés y del principio de traducción) que Pierre cree que Londres no es bonita. Por lo tanto, basándonos en sus oraciones francesas, concluimos que Pierre cree que Londres es bonita, pero basándonos en sus oraciones inglesas concluimos que Pierre cree que Londres no es bonita.

Hay cuatro posibilidades para caracterizar esta situación paradójica. En primer lugar, se podría razonar que Pierre ha dejado de creer que Londres es bonita. No obstante, Pierre mantiene que en absoluto ha cambiado de opinión sobre lo que expresó en francés antes de encontrarse en Londres. Por tanto, Pierre sigue asintiendo a “*Londres est jolie,*” y asimismo debemos seguir atribuyéndole a Pierre la creencia de que Londres es bonita. De hecho, si se borrara el segundo párrafo de esta sección, no tendríamos ningún motivo para dudar de la atribución de creencia que hicimos en el primer párrafo. Por ende, puesto que no hay nada en la segunda parte de la historia de Pierre que afecte a sus oraciones francesas, sería falso razonar que Pierre ha dejado de creer que Londres es bonita.

En segundo lugar, se podría razonar que Pierre no cree de verdad que Londres no es bonita debido a su pasado francés. No obstante, dejando a un lado su pasado francés, Pierre es exactamente igual que cualquier otro vecino de su barrio feo de Londres en

la frase “p” expresa una verdad sii p

Ahora bien, si hemos concluido que *Pierre croit que Londres est jolie* por el principio desentrecomillador para el francés, por el principio tarskiano de verdad aquí expuesto, la frase “*Pierre croit que Londres est jolie*” expresa una verdad en francés. Por tanto, por el principio de traducción la frase española “Pierre cree que Londres es bonita” expresa una verdad en español. Por último, por el principio tarskiano de verdad podemos concluir que Pierre cree que Londres es bonita.

cuanto a conocimiento y capacidad lingüística, y si un vecino de Pierre asintiera a “*London is not pretty*,” concluiríamos sin reparos que este vecino cree que Londres no es bonita. Del mismo modo, si se borrara la memoria de su pasado francés, Pierre sería exactamente igual que cualquier otro vecino suyo, y si un Pierre así despojado de su pasado francés asintiera a “*London is not pretty*,” tendríamos que concluir que tal Pierre cree que Londres no es bonita. Por ende, y puesto que al borrar su pasado francés no se puede añadir ninguna creencia nueva, sería falso razonar que Pierre no cree de verdad que Londres no es bonita.

En tercer lugar, se podría razonar que Pierre ha dejado de creer que Londres es bonita y también que no cree de verdad que Londres no es bonita, pero en este caso se enfrentaría de nuevo a las objeciones trazadas en los dos últimos párrafos.

En cuarto lugar, y por último, se podría razonar que Pierre cree que Londres es bonita y que Londres no es bonita. Sin embargo, tal razonamiento equivaldría a atribuir a Pierre creencias contradictorias. Por ende, y puesto que a Pierre no le falta perspicacia para resolver contradicciones entre sus creencias, sino información, a saber, la información de que los nombres propios ‘*Londres*’ y ‘*London*’ son codesignativos, sería falso razonar que Pierre cree que Londres es bonita y que, al mismo tiempo, cree que no lo es.

Aquí se revela el enigma de Kripke: cada una de las cuatro posibilidades para describir la situación de Pierre parecen ser falsas y por tanto parece que no hay ninguna respuesta que conteste de manera adecuada a la pregunta de si Pierre cree, o no lo cree, que Londres es bonita basándose en las oraciones a las que ha asentido.

3. LOS ANTECEDENTES DEL ENIGMA

3.1. LA NO INTERCAMBIABILIDAD DE NOMBRES CODESIGNATIVOS EN CONTEXTOS EPISTÉMICOS Y MODALES

El núcleo del artículo de Kripke sobre el enigma de la creencia trata de una exposición de cómo se pueden generar contradicciones a partir de ciertos principios que fundamentan nuestras atribuciones de creencias, principios que a primera vista parecen evidentes e inocuos. Sin embargo, la manera en que Kripke prepara al lector para el enigma, y el subsiguiente análisis del significado del mismo, dejan claro que el motivo subyacente para presentar su enigma es el de enfatizar que las contradicciones nocivas que generan nuestros principios de atribución de creencia inocuos son precisamente las mismas contradicciones que generan estos principios conjuntamente con un principio de intercambiabilidad de nombres propios codesignativos en contextos de creencia y en contextos de actitudes proposicionales en general. Ahora bien, si cada uno de nuestros principios de atribución de creencia parece válido y evidente a simple vista, pero juntos generan contradicciones, se sigue que por lo menos uno de ellos debe ser inválido, si no todos. Por tanto, lo que a simple vista parece válido puede resultar inválido. Asimismo, y aunque Kripke nunca lo expresa explícitamente, se sigue que lo que a simple vista parece inválido, como ocurre con el principio de intercambiabilidad de nombres propios codesignativos en contextos de creencia, puede resultar válido.

Huelga decir que lo que a simple vista parece inválido resulta ser en muchos casos efectivamente inválido, pero Kripke sólo quiere mostrar que caben dudas acerca de si el principio de intercambiabilidad que a simple vista parece inválido es en realidad inválido. Como se ha comentado en la introducción, exonerar el principio de intercambiabilidad de esta manera resulta de gran interés para Kripke, puesto que promete proporcionar un apoyo indirecto para la teoría de los nombres propios sostenida por él mismo, una teoría muy cercana a la desarrollada por Mill. En el contexto de los nombres propios, el millianismo sostiene que un nombre propio es simplemente un nombre, que

no tiene ningún otro valor semántico salvo el de designar su referencia (Kripke, 1979, p. 239–240). Una consecuencia directa del millianismo es la intercambiabilidad *salva veritate* (e incluso *salva significatione*) de nombres propios codesignativos en contextos modales y en contextos de actitudes proposicionales. Una versión del principio de intercambiabilidad de nombres propios codesignativos en contextos de creencia afirma que, en oraciones del tipo “ x cree que y ,” donde x se refiere a un individuo e y se refiere a lo que, según la oración, x cree, dos nombres propios codesignativos son intercambiables *salva veritate* en el componente y . Sin embargo, un argumento sencillo por *reductio ad absurdum*, un argumento que en general se reconoce como correcto, mantiene que tal intercambiabilidad es claramente inválida debido a las contradicciones que genera. Para ilustrar el argumento con un ejemplo concreto, la oración “Juan cree que Hesperus es Venus” puede ser verdadera, mientras que la oración “Juan cree que Hesperus es Phosphorus” puede ser falsa si Juan nunca ha oído hablar de Phosphorus, y eso a pesar de que ‘Phosphorus’ es simplemente otro nombre para el planeta Venus. Asimismo, en contextos modales oraciones verdaderas parecen convertirse en falsas bajo la sustitución de nombres propios codesignativos, como es el caso de las dos oraciones “Es necesario que Hesperus es Hesperus” y “Es necesario que Hesperus es Phosphorus.”

A primera vista, parece que el culpable de estas situaciones contradictorias en contextos de creencia y en contextos modales es el principio de intercambiabilidad de nombres propios codesignativos antes señalado, y la conclusión que debe sacarse es que tal principio es inválido. Por lo tanto, estas contradicciones que el principio de intercambiabilidad genera parecen invalidar la teoría kripkeana de los nombres propios y apuntan a que los nombres propios tienen otras funciones además de la de designar a su portador. En particular, las contradicciones que conlleva el millianismo parecen volverse inteligibles dentro del marco de una teoría de los nombres propios que postula que cada nombre propio tiene asociado un sentido que contiene el modo de presentación de la referencia del nombre.

3.2. LA TEORÍA DEL SENTIDO

Los cimientos de la teoría de los nombres basada en el concepto de un sentido se remontan al tratado de Frege (Frege, 2000) y en general se le da cuerpo por medio de un enfoque descriptivista, como el de Russell (Russell, 1905), que identifica el sentido de un nombre propio con un conjunto de descripciones definidas que siguen la fórmula “el tal y tal.” Este conjunto de descripciones, a su vez, proporciona condiciones necesarias y suficientes para identificar la referencia del nombre propio bajo consideración. Frege, por su parte, señala que se puede expresar el sentido de un nombre propio mediante una descripción, aunque no llegó a formular con precisión qué entendía exactamente por un sentido. En su artículo *Über Sinn und Bedeutung*, Frege postula que los nombres propios se diferencian por el modo de darse lo que designan, lo cual explica la diferencia en valor cognitivo entre las dos oraciones de identidad “ $A = A$ ” y “ $A = B$ ” (Frege, 2000, p. 45–46). Según la teoría de Frege, a cada nombre propio le corresponde un sentido determinado en el que se halla contenido el modo de darse lo que designa (Frege, 2000, p. 46), un sentido que puede expresarse de diversas maneras, pero que es propiedad común de la comunidad de hablantes del lenguaje al que pertenece: cada hablante que conoce el lenguaje puede comprenderlo y asociarlo con una representación interna subjetiva (Frege, 2000, p. 47). No obstante, no debe identificarse el sentido de un nombre propio con una representación subjetiva. Más bien, el sentido media entre un objeto del mundo real, es decir, lo que el nombre designa⁸, y una representación interna de un hablante que lo ha comprendido, y por consiguiente no puede ser subjetivo como la representación, pero tampoco puede ser el objeto mismo designado (Frege, 2000, p. 48).

En el caso de un enunciado asertivo completo, el sentido es el pensamiento que el enunciado expresa y la referencia es el valor veritativo que tiene: o lo verdadero o lo falso (Frege, 2000, p. 49–50). En la teoría de Frege, un nombre propio o un enunciado

⁸Frege deja bien claro que en el caso de un nombre propio sólo un objeto puede desempeñar el papel de la referencia del nombre, aunque hay casos en los que las palabras se refieren a su referencia indirecta, esto es, lo que habitualmente es su sentido (cf. (Frege, 2000, p. 47)).

completo en todos sus aspectos (cf. (Frege, 1956, p. 309)) siempre tendrá un sentido, aunque puede ser que no tenga una referencia. No obstante, siempre que interese la verdad, como ocurre en una investigación científica, interesa necesariamente la referencia de los signos componentes de un enunciado completo para poder juzgarlo verdadero o falso y así determinar la referencia del enunciado⁹. Ahora, si la referencia de un enunciado es su valor veritativo, cada enunciado verdadero tiene la misma referencia, es decir, lo verdadero. Asimismo, cada enunciado falso tiene la misma referencia, es decir, lo falso (Frege, 2000, p. 51). Por lo tanto, todo lo singular de un enunciado desaparece en la referencia, y por consiguiente sólo el pensamiento que expresa el enunciado junto con su valor veritativo proporciona conocimiento.

Al igual que el sentido de un nombre propio, el pensamiento que expresa un enunciado asertivo no pertenece al mundo exterior de las cosas perceptibles, pero aún menos al mundo interior subjetivo de un hablante (Frege, 1956, p. 301–302, 308). No obstante, los pensamientos pueden ser propiedad común de muchos tanto como lo son los sentidos de los signos que lo constituyen. Con el fin de establecer una morada para estos sentidos no subjetivos, pero tampoco del todo reales, Frege vio la necesidad de colocar un mundo de lo “objetivo no-real” entre el mundo exterior de las cosas perceptibles por los sentidos, un mundo al que pretende referirse por medio de los nombres propios, y el mundo interior de las representaciones subjetivas (Díez, 2000, p. 82–83) (cf. (Frege, 1956, p. 302)). Para Frege, el mundo exterior no se agota en la suma de lo perceptible por los sentidos, sino que existe un mundo de lo que es perceptible pero no perceptible por los sentidos, esto es, el mundo de lo *captable* al que pertenecen tanto los sentidos de los enunciados asertivos, esto es, los pensamientos que expresan, como los sentidos de los signos, esto es, las partes constitutivas de un pensamiento completo (Frege, 1956,

⁹Para Frege, la cuestión del ser verdad se reduce a la verdad de los pensamientos que expresan los enunciados (siempre que el sentido de un enunciado sea un pensamiento (Frege, 1956, p. 293–294)), y un pensamiento es algo para lo cual la verdad puede entrar en consideración (Frege, 1956, p. 292). Al igual que las referencias de los nombres propios, lo verdadero y lo falso son también objetos (Frege, 2000, p. 50).

p. 309)¹⁰.

Con todo, todavía no logra especificar con gran detalle qué entiende Frege exactamente por el término ‘sentido.’ No obstante, señala un aspecto significativo sobre la naturaleza de un sentido al subrayar que, aunque el sentido de un nombre propio puede ser propiedad común de todos, pueden dividirse las opiniones acerca de este sentido (Frege, 2000, p. 46, nota de pie 4). Frege pone el ejemplo de ‘Aristóteles,’ el sentido del cual se podría suponer es el siguiente: el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno. Pero de igual modo, se podría suponer que el sentido de este nombre propio es el siguiente: el maestro de Alejandro Magno originario de Estagira. Estos dos sentidos no son descripciones, pero al igual que en la comunicación un pensamiento se envuelve en la forma lingüística perceptible de una oración para que pueda captarse (cf. (Frege, 1956, p. 298, nota de pie)), es de suponer que en la comunicación el sentido de un nombre propio también se envuelve en la forma lingüística perceptible de una oración o una cláusula, y por ende que las descripciones definidas “el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno” y “el maestro de Alejandro Magno originario de Estagira” corresponden a las definiciones idiomáticas de los dos sentidos antes señalados del nombre propio ‘Aristóteles.’ Por lo tanto, parece ser que el sentido de un nombre propio en el esquema de Frege equivale a una serie de conceptos que se expresan por medio de una serie de descripciones definidas que siguen la fórmula “el tal y tal”¹¹. Además, la

¹⁰Se puede considerar una proposición como equivalente a un pensamiento fregeano (cf. (Dennett, 1982, p. 6–7)) y en este ensayo se utilizan los dos términos de manera intercambiable. Además, afirmar que se halla una actitud proposicional entre Juan y una proposición que se expresa mediante la oración *p* es equivalente a afirmar que Juan capta el pensamiento que expresa *p* (cf. sección 7).

¹¹Frege afirma que el artículo determinado en singular siempre indica un objeto, es decir, que estamos en presencia de un nombre propio, mientras que el artículo indeterminado acompaña un signo que se refiere a un concepto (Frege, 1951, p. 171). Una descripción definida como “el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno” es por tanto un nombre propio y está claro que tiene como referencia el mismo objeto al que se refiere el nombre propio ‘Aristóteles.’ Sin embargo, un hablante que capta el sentido del nombre propio ‘Aristóteles’ que se expresa mediante la descripción definida “el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno” debe aceptar como verdadero el enunciado “Aristóteles es el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno.” Este enunciado se interpreta típicamente como

posibilidad de discrepar en cuanto al sentido de un nombre propio y el hecho de que, según la teoría de Frege, el lenguaje “presenta las cosas desde distintos puntos de vista, mediante complejos entramados de conceptos que son el sentido de las expresiones que utilizamos para nombrarlos” (Díez, 2000, p. 86), insinúan que puede haber dos o más sentidos asociados al mismo nombre propio donde cada sentido es un concepto que representa un modo distinto de darse la misma referencia o, lo que es equivalente, que puede haber un sentido único multidimensional asociado al nombre propio donde cada dimensión corresponde a un concepto que se expresa mediante una definición descriptivista. Burge llega a una conclusión análoga cuando considera las implicaciones de la

una identidad, es decir, que el objeto al que se refiere ‘Aristóteles’ es el mismo objeto al que se refiere la descripción “el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno,” pero Frege parece sugerir que podría interpretarse también como “Aristóteles no es otro que el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno” (cf. (Frege, 1951, p. 170)), lo que expresa que el objeto al que se refiere ‘Aristóteles’ cae bajo el concepto al que se refiere ‘no otro que el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno.’ Asimismo, un hablante que capta el sentido del nombre propio ‘Aristóteles’ que se expresa mediante la descripción definida “el maestro de Alejandro Magno originario de Estagira” debe aceptar como verdadero el enunciado “Aristóteles es el maestro de Alejandro Magno originario de Estagira.” Si se interpreta esta oración como “Aristóteles no es otro que el maestro de Alejandro Magno originario de Estagira,” el objeto al que se refiere ‘Aristóteles’ cae bajo el concepto al que se refiere ‘no otro que el maestro de Alejandro Magno originario de Estagira.’ Frege insiste en que un nombre propio como ‘Aristóteles’ o “el maestro de Alejandro Magno originario de Estagira” nunca puede ser un predicado, es decir, nunca puede referirse a un concepto, aunque permite que forme parte de un predicado como ‘no otro que Aristóteles’ o ‘no otro que el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno.’ Todo esto todavía no elucida la naturaleza de un sentido. En particular, aunque puede expresarse el sentido de ‘Aristóteles’ mediante la descripción definida “el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno,” es importante destacar que no se puede equiparar el sentido del nombre con el concepto al que se refiere el predicado ‘no otro que el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno’ ni tampoco equiparlo con la descripción definida “el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno.” Lo que sí se puede concluir es que el sentido de un nombre propio está estrechamente relacionado con un concepto, lo que facilita que desempeñe el papel de marcar una diferencia en el modo de darse lo que designa el nombre, lo que a su vez marca una diferencia en el conocimiento empírico que aporta a un hablante un enunciado en el que interviene (cf. (Frege, 2000, p. 46)).

teoría de Frege en el contexto de la creencia (Burge, 1977, p. 354). En particular, según interpreta Burge a Frege, la teoría fregeana implica que toda creencia acerca de un objeto público se realiza siempre desde una perspectiva conceptual concreta de entre muchas perspectivas posibles. Además, dos hablantes pueden compartir una creencia acerca de Aristóteles aunque discrepen por completo en cuanto al sentido del nombre propio, algo que podría explicarse (cuando menos parcialmente) postulando un sentido multidimensional que se comparte entre una comunidad de hablantes, pero que ningún hablante capta en todas sus dimensiones (Burge, 1977, p. 359–360)¹².

¹²Burge opina que Frege probablemente no concedería que dos hablantes que captaran dimensiones distintas del sentido de ‘Aristóteles’ pudieran compartir la creencia de que, por ejemplo, Aristóteles era el autor de la *Ética a Nicómaco* (cf. (Burge, 1977, p. 359, nota de pie 23)). Si el primer hablante capta la dimensión que se expresa mediante la descripción definida “el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno,” y el segundo capta las dimensiones que se expresan mediante las descripciones definidas “el maestro de Alejandro Magno originario de Estagira” y “el fundador del Liceo,” el enunciado asertivo “Aristóteles era el autor de la *Ética a Nicómaco*” expresará un pensamiento distinto para cada hablante (cf. (Frege, 2000, p. 46, nota de pie 4) (Frege, 1956, p. 297)). Por tanto, si atribuir una creencia a un hablante equivale a afirmar que el hablante capta un pensamiento determinado, la creencia que se atribuye al primer hablante cuando se le atribuye la creencia de que Aristóteles era el autor de la *Ética a Nicómaco* es distinta a la creencia que se atribuye al segundo hablante cuando se le atribuye la creencia de que Aristóteles era el autor de la *Ética a Nicómaco*. Por otro lado, si se postula un sentido multidimensional de ‘Aristóteles’ que se extiende por la comunidad entera, pero que ningún hablante capta en todas sus dimensiones, la comunidad puede atribuirle tanto al primer hablante como al segundo la misma creencia de que Aristóteles era el autor de la *Ética a Nicómaco*, aunque los dos hablantes captan dos pensamientos distintos. Sin embargo, Burge observa que una comunidad es un ente cambiante, y que es de esperar que las dimensiones de un sentido comunal del nombre propio ‘Aristóteles’ cambiarían en la medida en que cambia la comunidad (Burge, 1977, p. 360), lo cual implica que la comunidad no siempre podrá mantener una atribución de creencia acerca de Aristóteles a lo largo de cambios en el sentido de ‘Aristóteles.’ Por ejemplo, si un cambio en el sentido de ‘Aristóteles’ hace que pierda la dimensión que se expresa mediante la descripción definida “el fundador del Liceo,” la creencia de que Aristóteles era el autor de la *Ética a Nicómaco* que la comunidad atribuye al segundo hablante de arriba después de este cambio sería distinta a la creencia de que Aristóteles era el autor de la *Ética a Nicómaco* que la comunidad atribuía a este hablante antes del cambio. La distinción entre una creencia estrecha y una creencia ancha a la que recurre la solución del enigma de

En suma, en la postura de Frege parece ser que se expresa el sentido de un nombre propio por medio de un conjunto de descripciones definidas que siguen la fórmula “el tal y tal,” pero que dichas descripciones no equivalen al sentido (cf. (McDowell, 1977, p. 172)). El sentido en sí debe entenderse como algo que puebla el mundo de lo captable, pero no está nada claro cómo entender la naturaleza de este algo. En la sección 7 se presentará una teoría que aclara cómo un sentido puede ser propiedad de muchos sin recurrir a entidades exóticas que se pueden percibir, pero no por los sentidos. Por otro lado, la postura de Russell es más transparente al respecto. En lo que concierne a los nombres propios, Russell mantenía que un nombre como ‘Aristóteles’ no es un nombre lógicamente propio, es decir, un nombre que denota un objeto, sino que en realidad tal nombre es una abreviación de una descripción definida de la forma “el tal y tal” (Russell, 2010, p. 29)¹³. Al igual que cualquier otra expresión denotativa, la descripción que

la creencia desarrollada a lo largo de este ensayo (cf. sección 9) también sugiere una explicación de cómo la comunidad puede mantener una atribución de creencia acerca de Aristóteles a pesar de los cambios experimentados en el sentido comunal de ‘Aristóteles:’ el segundo hablante de arriba cree (en sentido estrecho) la misma creencia acerca de Aristóteles tanto antes como después del cambio en el sentido de ‘Aristóteles.’ Por otro lado, el primer hablante cree (en sentido ancho) la misma creencia acerca de Aristóteles que cree el segundo (tanto antes como después de experimentar un cambio el sentido comunal de ‘Aristóteles’).

¹³Para Russell, un signo es un nombre propio en sentido lógico sólo en el caso de que un hablante que lo usa pueda tener conocimiento directo del objeto que nombra, porque sólo así se garantiza que el nombre en realidad nombra y que no es un nombre vacío sin portador, no un mero ruido (cf. (Russell, 2010, p. 13, 79)); no es posible nombrar algo de lo que no se tenga conocimiento directo (Russell, 2010, p. 29). Es obvio que hoy día no se puede tener conocimiento directo de un objeto como Aristóteles, y por tanto no se lo puede nombrar. Por consiguiente, Russell afirma que el nombre propio ‘Aristóteles’ en realidad abrevia una descripción definida, como por ejemplo “el discípulo de Platón.” Pero Russell sostenía que tampoco se puede tener conocimiento directo de otra persona cualquiera, como por ejemplo mi jefe que veo todos los días y que se llama ‘Juan,’ ni tampoco conocimiento directo de un lugar como la ciudad en la que vivo y que se llama ‘Londres’ (cf. (Russell, 1998, Capítulo 5)). Más bien, un hablante que conoce a su jefe o la ciudad donde vive tiene conocimiento directo de los objetos de percepción que se vinculan a los objetos físicos correspondientes mediante descripciones definidas del tipo “el objeto físico que causa tal conjunto de objetos de percepción;” el nombre *ordinario* que el hablante emplea

abrevia el nombre ‘Aristóteles,’ y por consiguiente el nombre mismo, se elimina cuando se reduce un enunciado en el que figura a su forma lógica en términos de cuantificadores y funciones proposicionales (cf. (Russell, 1905, p. 482)). Sin embargo, aunque sostiene que puede analizarse un nombre como ‘Aristóteles’ en términos de una descripción definida como “el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno,” Russell rechaza por completo la idea de un sentido que va unido a tal expresión denotativa, pero que se diferencia de ella y que determina la denotación de la expresión (cf. (Russell, 1905, p. 485–488))¹⁴, por lo cual tampoco es correcto atribuir a Russell la teoría antes señalada

habitualmente para referirse a un objeto físico (‘Juan,’ ‘Londres,’ etc.) es en realidad una abreviación de una descripción definida así (Russell, 1998, p. 30). Para Russell, los únicos signos que sirven como nombres propios en sentido lógico son los demostrativos ‘este,’ ‘ese,’ etc. Cada demostrativo denota un objeto de percepción del que uno tiene conocimiento directo en el momento en el que pronuncia el demostrativo (Russell, 2010, p. 29). En consecuencia, raras veces un nombre lógicamente propio en la boca de un hablante denotará el mismo objeto en ocasiones diferentes, y nunca denotará el mismo objeto para el hablante y su oyente. Para entender un nombre propio así sólo es necesario tener conocimiento directo de lo que nombra; más concretamente, ningún conocimiento de los hechos acerca de lo que nombra el nombre propio servirá para entenderlo mejor (Russell, 2010, p. 30), y el hecho de que un hablante sólo pueda tener conocimiento directo de los objetos de su propia percepción implica que cada nombre propio que un hablante use tendrá un significado privado e incommunicable para aquel hablante. Esta postura no implica en absoluto la imposibilidad de la comunicación en sí. Más bien, Russell sostiene que la comunicación mediante el lenguaje ordinario sería imposible en caso de que cada nombre como ‘Londres’ tuviera que significar lo mismo para cada hablante: puesto que un nombre ordinario así abrevia una descripción definida del tipo “el objeto físico que causa este conjunto de objetos de percepción,” sería imposible que dos hablantes se comunicasen si los nombres lógicamente propios que intervienen en estas descripciones tuvieran que nombrar los mismos objetos para los dos hablantes, porque en este caso los dos hablantes tendrían que tener conocimiento directo del mismo conjunto de objetos de percepción, algo que para Russell es imposible (cf. (Russell, 2010, p. 22–23)).

¹⁴Russell razona que, cuando se distingue entre el sentido y la denotación de una expresión denotativa como “el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno,” será imposible hablar del sentido mediante una proposición como “El sentido de la expresión denotativa el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno...” porque tal proposición afirmarí algo sobre el sentido de la denotación de la expresión denotativa, lo que es un disparate, porque sólo los signos, y nunca sus denotaciones, tienen sentido (Russell, 1905, p. 486–487). Por tanto, por la distinción entre sentido y denotación se

que identifica el sentido captable de un nombre propio con un conjunto de descripciones. Más bien, tal teoría resulta ser una amalgama de los dos enfoques: se recoge la idea fregeana de un sentido captable y se une a la idea russelliana de un nombre como una descripción encubierta. De todas formas, en lo que concierne a la no intercambiabilidad de nombres propios, si el sentido de dos nombres propios codesignativos es distinto, o si la descripción que encubren dos nombres propios es distinta, no se puede intercambiar el uno por el otro en contextos modales o en contextos de creencia y esperar que sus valores veritativos siempre se mantengan. La razón principal estriba en que, según la teoría de Frege, el sentido de un nombre propio conforma una parte constitutiva del pensamiento que expresa una oración en la que figura, y es el pensamiento el que determina el valor veritativo de la oración. Por tanto, y recurriendo a un ejemplo de Frege (Frege, 2000, p. 49), el pensamiento que expresa la oración “Hesperus es un cuerpo iluminado por

ve obligado a aceptar que nada hay, aparte del sentido, que sea la expresión denotativa y que tenga a la vez sentido y denotación, es decir, se reduce una expresión denotativa como “el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno” y su sentido a una y la misma cosa. Ahora bien, sigue Russell, una proposición en la que interviene la expresión denotativa no afirma algo acerca de su sentido, sino tan sólo de su denotación. Para formular una proposición que afirme algo acerca del sentido de la expresión denotativa, y recordando que no se diferencia la expresión denotativa de su sentido, se necesita una expresión denotativa que denote el sentido y en la cual no intervenga como elemento constitutivo el sentido que debe denotar, lo cual parece imposible de encontrar. Además, para resolver la paradoja de la identidad de la que parte Frege, hace falta recurrir tanto al sentido de una expresión denotativa como a su denotación cuando interviene en una proposición como “ $A = B$.” Sin embargo, de lo dicho anteriormente, una postura que distingue entre el sentido y la denotación de una expresión denotativa se ve forzada a admitir que una proposición en la que interviene la expresión sólo se trata de la denotación. Por tanto, zanja Russell, tal postura tiene que abandonarse (Russell, 1905, p. 488). Según la postura que avala Russell, una expresión denotativa forma por naturaleza parte de una oración y carece, como la gran mayoría de las palabras aisladas, de sentido por cuenta propia, esto es, una expresión denotativa sólo tiene sentido cuando interviene en una oración. En esto coincide con Frege, pero Russell niega la conexión regular que mantiene Frege entre una expresión denotativa, su sentido y su denotación (cf. (Frege, 2000, p. 46)): en el sistema de Russell una expresión denotativa puede tener denotación pero nunca un sentido que la determine, puesto que la expresión denotativa desaparece por completo cuando se reduce a su forma lógica cualquier proposición en la que intervenga.

el Sol” es diferente al que expresa la oración “Phosphorus es un cuerpo iluminado por el Sol,” y por ende sus valores veritativos pueden variar. Asimismo, el valor veritativo de “Juan cree que Hesperus es un cuerpo iluminado por el Sol” y “Juan cree que Phosphorus es un cuerpo iluminado por el Sol” también pueden variar, lo que invalida la intercambiabilidad de nombres propios codesignativos en contextos de creencia. Del mismo modo, un sentido variable invalida la intercambiabilidad de nombres propios codesignativos en contextos modales¹⁵.

3.3. LA INTERCAMBIABILIDAD DE NOMBRES CODESIGNATIVOS EN CONTEXTOS MODALES

Volviendo al argumento por *reductio ad absurdum* contra la intercambiabilidad *salva veritate* de nombres codesignativos en contextos epistémicos y en contextos modales, una teoría fregeana de los nombres propios afirma que dos nombres como ‘Hesperus’ y ‘Phosphorus’ pueden compartir la misma referencia, pero que cada uno tendrá asociado un sentido distinto, lo que explica por qué no son intercambiables *salva veritate* en estos contextos. En concreto, puesto que el sentido de un nombre propio conforma una parte constitutiva del pensamiento que expresa una oración en la que figura (cf. (McDowell, 1977, p. 159)), el pensamiento que expresa “Hesperus es Venus” será diferente al que expresa “Hesperus es Phosphorus.” Asimismo, el pensamiento que expresa “Juan cree que Hesperus es Venus” será diferente al que expresa “Juan cree que Hesperus es Phosphorus,” y puesto que el pensamiento de una oración es el que determina su valor veritativo, no se pueden intercambiar dos nombres propios en contextos de creencia y esperar que los valores veritativos de las oraciones correspondientes siempre se mantengan iguales. Del mismo modo, la variación en el pensamiento de una oración

¹⁵En la teoría de Russell un enunciado asertivo expresa una proposición que es verdadera o falsa, pero puesto que un nombre propio se modela como una descripción definida encubierta, la proposición que expresa el enunciado cambiará cuando se sustituya un nombre propio por otro nombre propio codesignativo, al igual que cambia el pensamiento que expresa un enunciado asertivo con tales intercambios en la teoría de Frege.

que origina un cambio en el sentido de uno de sus constitutivos también invalida la intercambiabilidad de nombres propios codesignativos en contextos modales.

A pesar de esta explicación sencilla de la no intercambiabilidad *salva veritate* de nombres propios codesignativos en contextos de creencia y en contextos modales, Kripke mostró en un artículo anterior al del enigma (Kripke, 2000) (cf. también (Kripke, 1980)) cómo las dos oraciones “Es necesario que Hesperus es Hesperus” y “Es necesario que Hesperus es Phosphorus” en realidad son ambas verdaderas si se conciben los nombres involucrados como designadores rígidos y si además Hesperus es Phosphorus en este mundo. Por tanto, la teoría kripkeana de los nombres propios parece correcta en cuanto a contextos modales en la medida en que los nombres propios son intercambiables *salva veritate* en estos contextos. Sin embargo, no parece posible proporcionar una demostración similar que revelaría que la teoría kripkeana fuera en realidad correcta en los contextos de actitudes proposicionales, sobre todo porque la demostración de la intercambiabilidad de los nombres propios codesignativos en contextos modales descansa sobre una distinción tajante entre los conceptos metafísicos de necesidad y contingencia por un lado, y los conceptos epistémicos de *a priori* y *a posteriori* por otro lado (Kripke, 1979, p. 243) (Kripke, 2000, p. 105–108). Por tanto, existen verdades necesarias, es decir, verdades que son tales en cualquier mundo posible, que son *a priori*, es decir, conocibles como verdaderas del mundo actual independientemente de toda experiencia, como por ejemplo “Hesperus es Hesperus.” No obstante, también existen verdades necesarias *a posteriori*, es decir, verdades necesarias que pueden conocerse como verdaderas del mundo actual mediante la experiencia de este mundo, como por ejemplo, “Hesperus es Phosphorus.”

Lo que muestra Kripke es que si los nombres propios son designadores rígidos, esto es, designan el mismo objeto en cada mundo posible, y si una oración como “Hesperus es Phosphorus” resulta ser verdadera en este mundo, resultará ser verdadera en cada mundo posible, es decir, resulta ser una verdad necesaria. Tal conclusión muestra que, a diferencia de lo que se suele pensar, en general no ocurre que una oración necesaria es, por consecuencia directa, una oración *a priori*, ni que una oración contingente es,

por consecuencia, una oración *a posteriori*. En particular, una postura que identifique lo necesario con lo conocible *a priori* o lo contingente con lo *a posteriori* es una postura filosófica no trivial que requiere de un argumento que establezca la coextensión postulada (Kripke, 2000, p. 106). Por supuesto, en el caso de una oración que representa una verdad necesaria *a posteriori*, como por ejemplo “Hesperus es Phosphorus,” hace falta descubrir mediante una exploración empírica que la oración expresa una verdad en el mundo actual para saber que expresa una verdad necesaria. Esta condición se sigue sin más de la clasificación epistemológica de *a posteriori* que se ha aplicado a las verdades de este tipo. No obstante, si “Hesperus es Phosphorus” expresa una verdad en este mundo, y si los nombres involucrados son designadores rígidos, esta verdad se obtiene en cada mundo posible, esto es, es una verdad necesaria, independiente de si la descubren en este mundo o si sigue desconocida para siempre.

Como comenta Putnam, cuya propia teoría de la referencia comparte el marco general de la teoría de los designadores rígidos de Kripke, la intuición humana no tiene ningún acceso privilegiado a la necesidad metafísica (Putnam, 1975, p. 151), lo que parece traer la consecuencia de que dos nombres propios codesignativos no son intercambiables en contextos epistémicos. En particular, si hace falta descubrir que “Hesperus es Phosphorus” es en realidad verdadera antes de poder saber que es una verdad necesaria, esto implica que, antes de que se descubriera que Hesperus era en realidad Phosphorus, y por ende que “Hesperus es Phosphorus” es una verdad necesaria, un hablante de la Antigua Grecia podía creer que Phosphorus era un cuerpo iluminado por el Sol, es decir, creer que la oración “Phosphorus es un cuerpo iluminado por el sol” era verdadera, mientras que creía que Hesperus era un cuerpo autoluminoso, es decir, creer que la oración “Hesperus es un cuerpo iluminado por el sol” era falsa. Asimismo, un hablante moderno que no sabe que Hesperus es Phosphorus puede creer una cosa sobre la naturaleza de la luminosidad del uno, mientras que niega esa misma cosa sobre el otro.

3.4. ¿UNA TEORÍA HÍBRIDA?

La teoría de Kripke esclarece la intercambiabilidad *salva veritate* de nombres propios codesignativos en contextos modales, pero parece excluir toda posibilidad de esclarecer la no intercambiabilidad de nombres propios codesignativos en contextos epistémicos u otros contextos de actitudes proposicionales. No obstante, sostiene Kripke en la primera parte de su artículo sobre el enigma, esta consecuencia no se debe interpretar como un argumento a favor de un enfoque kripkeano-fregeano que reconocería la rigidez de los nombres propios en contextos modales, pero que al mismo tiempo asignaría a cada nombre propio un sentido fregeano único según se fija la referencia de ese nombre, explicando así la no intercambiabilidad de nombres codesignativos en contextos de actitudes proposicionales¹⁶.

En primer lugar, razona Kripke, la mayoría de los nombres propios no parecen admitir un sentido plausible que sea independiente de cualquier hablante (Kripke, 1979,

¹⁶Si se reconoce que se fija la referencia de un nombre propio por medio de una descripción que designa la referencia del nombre en este mundo (Kripke, 2000, p. 111), pero que, una vez fijada la referencia, el nombre será un designador rígido, la no intercambiabilidad de nombres propios codesignativos en contextos epistémicos (y en los contextos de actitudes proposicionales en general) se explica por la variación en la descripción utilizada para fijar la referencia de cada uno de los nombres codesignativos. Por tanto, si Juan utiliza la descripción “el cuerpo luminoso en tal y tal coordenadas del cielo entre tal y tal hora de la mañana” para fijar la referencia de Phosphorus, pero la descripción “el cuerpo luminoso en tal y tal coordenadas del cielo entre tal y tal hora de la tarde” para fijar la referencia de Hesperus, puede creer que Phosphorus es un cuerpo iluminado por el sol, pero que Hesperus es un cuerpo autoluminoso. Por otro lado, el hecho de que, una vez fijadas sus referencias, los dos nombres propios se comporten como designadores rígidos explica la intercambiabilidad de estos dos nombres en contextos modales. Asimismo, por poner otro ejemplo, si Juan utiliza la descripción “el autor de *De Officiis*” para fijar la referencia de ‘Cicerón,’ pero la descripción “el orador que denunció a Catilina” para fijar la referencia de Tulio, puede creer que Tulio era calvo, pero que Cicerón no era calvo, mientras que la rigidez de estos dos nombres una vez fijadas sus referencias explica la intercambiabilidad de estos dos nombres en contextos modales. En este enfoque el modo de darse la referencia de un nombre de la teoría de Frege (cf. (Frege, 2000, p. 46)) se reemplaza por el modo de fijar (rígidamente) la referencia (Kripke, 1979, p. 244, nota de pie 10).

p. 244), pero la alternativa de una postura fregeana extrema en la que cada hablante asociaría un sentido privado a cada nombre propio que use (cf. (Frege, 1956, p. 297)) tampoco resultaría adecuada debido a los problemas que conllevaría que cada uno hablase un lenguaje privado diferente del de todos los demás (Kripke, 1979, p. 246).

Frege mismo reconoce el problema de una postura tan extrema cuando afirma que si el pensamiento que expresa un enunciado perteneciera al contenido de conciencia del hablante que lo enuncia no habría posibilidad de una ciencia que fuera común a muchos (Frege, 1956, p. 301). En ese caso, cada hablante sólo podría aplicar el concepto de la verdad a los contenidos de su propia conciencia y en ningún caso a los contenidos de la conciencia de otro. Por tanto, cada hablante podría entender algo diferente con las palabras ‘verdadero’ y ‘falso,’ y en tal caso resultaría absurdo discutir sobre la verdad. Es más, puesto que los sentidos de los signos constituyentes de un enunciado contribuyen al pensamiento que expresa ese enunciado, una ciencia común es sólo posible en el caso de que los sentidos de estos signos sean en general propiedad de muchos. Frege observa que sería ridículo que dos hablantes discutiesen sobre la autenticidad de un billete de cien marcos si cada uno se refiriera al billete que lleva en su propio bolsillo y cada uno entendiera la palabra ‘auténtico’ en un sentido propio (Frege, 1956, p. 301–302). Asimismo, sería ridículo discutir siquiera sobre una opinión si los pensamientos y los sentidos que los constituyen no fueran propiedad de muchos, esto es, si no fueran objetivos (aunque no-reales). En general, si se niega la objetividad de los pensamientos y los sentidos, lo que expresan los símbolos del lenguaje se torna relativo y se acaba en un solipsismo que nos priva de la posibilidad de una comunicación significativa.

En suma, la postura fregeana extrema de los nombres propios que considera Kripke arriba dista mucho de ser una postura fregeana justificable, sobre todo porque reubica el sentido de un nombre propio, y los pensamientos que ayuda a expresar, del mundo de lo objetivo no-real al mundo subjetivo de un sujeto. No obstante, continúa Kripke, el argumento más contundente contra un enfoque kripkeano-fregeano es que resulta patente que la mayoría de los hablantes no asigna un sentido distinto a todos los nombres codesignativos que usa, sino que en muchos casos les asigna precisamente el mismo

sentido. Por ejemplo, plantea Kripke, la mayoría de los hablantes asignaría el sentido “un famoso orador romano” tanto a ‘Tulio’ como a ‘Cicerón.’ Aun así, no son capaces de averiguar que estos dos nombres son codesignativos, es decir, podrían estar dispuestos a afirmar que Cicerón era calvo mientras que negarían que Tulio lo era, lo cual conllevaría la no intercambiabilidad de estos dos nombres propios codesignativos en contextos de actitudes proposicionales, y eso a pesar de que tengan precisamente el mismo sentido. En suma, zanja Kripke, la no intercambiabilidad de nombres propios codesignativos en contextos de actitudes proposicionales no se puede explicar en términos de una variación en el sentido asociado con esos nombres si es que en realidad el sentido no siempre varía entre dos nombres propios codesignativos (Kripke, 1979, p. 246–247).

Sin embargo, este ejemplo al que recurre Kripke para ilustrar que un hablante puede asignar el mismo sentido a dos nombres distintos no concuerda en absoluto con una postura fregeana justificable, sobre todo porque en la teoría de Frege el sentido de un nombre propio se expresa mediante una descripción definida de la forma “el tal y tal” (cf. sección 3.2). Por tanto, “un famoso orador romano” no puede expresar un sentido. Más bien, en la teoría de Frege el artículo indeterminado en una frase de la forma “un tal y tal” indica un predicado que se refiere siempre a un concepto bajo el cual pueden caer múltiples objetos (cf. (Frege, 1951, p. 171)). En el caso del predicado “un famoso orador romano” tanto Tulio como Cicerón—los individuos reales—caen bajo el concepto al que se refiere, pero no por eso los dos nombres ‘Tulio’ y ‘Cicerón’ tienen el mismo sentido. Como mucho, el concepto que denota el predicado “un famoso orador romano” puede formar una parte común de los sentidos distintos de estos dos nombres, pero sólo en el caso de que sea un concepto unitario, facilitando así que los sentidos enteros se expresen por medio de descripciones definidas de la forma “el famoso orador romano tal y tal.” Por otro lado, un hablante podría captar el sentido que se expresa mediante la escueta descripción definida “el famoso orador romano” tanto en el caso de ‘Tulio’ como en el de ‘Cicerón,’ pero siempre que creyera que Tulio era Cicerón, porque de otro modo la descripción definida “el famoso orador romano” tendría que referirse a dos individuos distintos. No obstante, en este caso los dos nombres propios ‘Tulio’ y ‘Cicerón’ serían

codesignativos para el hablante e incontrovertiblemente intercambiables en contextos de actitudes proposicionales que le involucren (siempre que el hablante sea racional).

Al igual que antes, la postura fregeana que refuta Kripke con este argumento contundente dista mucho de ser una postura fregeana justificable. La explicación de la no intercambiabilidad de nombres propios codesignativos que proporciona la teoría del sentido de Frege se mantiene firme ante la acometida de Kripke. Incluso el lenguaje que utiliza Kripke al formular sus argumentos a veces dista de un lenguaje fregeano auténtico: un hablante no asigna un sentido a un nombre propio, por ejemplo, sino que *capta* el sentido del nombre, un sentido que es objetivo, y por tanto propiedad de muchos. Es verdad que la teoría fregeana de los nombres propios no explica en detalle cómo un sentido puede ser propiedad de muchos, lo que en general requiere aclaraciones acerca de qué podría ser un sentido, pero en la sección 7 se trazará la teoría de sentido de McDowell que pretende proporcionar aclaraciones al respecto.

3.5. ¿LA INTERCAMBIABILIDAD DE NOMBRES CODESIGNATIVOS EN CONTEXTOS EPISTÉMICOS?

En la discusión llevada a cabo hasta el momento se puede apreciar que Kripke ha mostrado cómo los nombres propios codesignativos concebidos como designadores rígidos sí son intercambiables *salva veritate* en contextos modales, lo que hace prescindible el concepto fregeano del sentido de un nombre propio en estos contextos. Sin embargo, su razonamiento suponía una distinción tajante entre necesidad metafísica y necesidad epistémica, lo cual parece invalidar la intercambiabilidad *salva veritate* de nombres propios codesignativos en contextos de creencia u otros contextos de actitudes proposicionales. A primera vista parece conveniente explicar esta situación mediante una suerte de sentido fregeano, un sentido objetivo que quedaría asociado con cada nombre propio según la manera en la que se fijara su referencia (Kripke, 1979, p. 244). Este enfoque híbrido kripkeano-fregeano reconocería la rigidez de los nombres propios en contextos modales a la vez que explicaría la no intercambiabilidad de nombres pro-

pios codesignativos en contextos epistémicos mediante el sentido fregeano distinto que se asociaría con cada nombre propio distinto. No obstante, debido a los problemas que ve en un enfoque que involucre el concepto del sentido de un nombre propio que determina su referencia, y en particular el hecho de que en ciertos casos se suele asociar el mismo sentido con varios nombres (Kripke, 1979, p. 246–247), Kripke rechaza por completo la posibilidad de un enfoque híbrido kripkeano-fregeano. Ya se ha argumentado en la sección 3.4 que el enfoque fregeano que desmiente Kripke dista mucho de ser una postura fregeana defendible. Sin embargo, es correcto que Kripke rechace el enfoque híbrido kripkeano-fregeano, pero no por las razones que aduce, sino porque los dos enfoques son fundamentalmente incompatibles: o los nombres propios tienen un sentido objetivo—propiedad de muchos—o no lo tienen, o son designadores rígidos que no tienen otra función aparte de designar a su portador o no lo son. Descartado el enfoque híbrido, y sin posibilidad de mostrar de modo directo que su teoría de los nombres propios sea correcta en contextos epistémicos (cf. sección 3.3), Kripke se ve forzado a perseguir una ampliación indirecta a los contextos epistémicos de su teoría de los designadores rígidos. Con este fin, Kripke propone un enigma sobre la creencia, el enigma que ya se ha presentado en la sección 2, y que tiene el objetivo de poner en entredicho el argumento por *reductio* contra la intercambiabilidad *salva veritate* de nombres propios codesignativos en contextos de actitudes proposicionales. Por esta vía indirecta Kripke busca proporcionar un apoyo para su teoría de los nombres propios.

El argumento por *reductio* se basa en la observación de que oraciones acerca de la creencia u otro estado psicológico de una persona parecen cambiar su valor veritativo al sustituir dos nombres propios codesignativos. Recurriendo al ejemplo de Juan, Cicerón y Tulio, si la oración “Juan cree que Cicerón era calvo” es verdadera, el principio de intercambiabilidad afirma que “Juan cree que Tulio era calvo” también es verdadera, puesto que tanto ‘Cicerón’ como ‘Tulio’ se refieren al mismo orador romano. Sin embargo, esta situación representa una contradicción, puesto que se sabe perfectamente que Juan, que se supone es un hablante normal, puede creer que Cicerón era calvo, mientras que a la vez cree que Tulio no era calvo. Al igual que un hablante de la Antigua Grecia

podía creer que Phosphorus era un cuerpo iluminado por el Sol, y al mismo tiempo creer que Hesperus era un cuerpo autoluminoso, es decir, creer que Hesperus era un cuerpo no iluminado por el Sol, porque todavía no se había descubierto que Hesperus es Phosphorus, Juan puede creer que Cicerón era calvo, y al mismo tiempo creer que Tulio no era calvo, porque todavía no ha descubierto que Cicerón es Tulio.

Ahora bien, si la generación de esta contradicción recurre de manera tácita a otros principios en conjunción con el principio de la intercambiabilidad de los nombres propios, y si precisamente esta misma contradicción se puede generar recurriendo sólo a estos principios tácitos, es posible que el principio de intercambiabilidad no sea del todo culpable de la generación de la contradicción original derivada arriba. En la segunda parte de su artículo sobre el enigma, Kripke presenta su propia versión del argumento sencillo por *reductio ad absurdum* contra la intercambiabilidad *salva veritate* de los nombres propios codesignativos en contextos de creencia (Kripke, 1979, p. 251). Juan, un hispanohablante normal, puede asentir a la oración “Cicerón era calvo,” y al mismo tiempo asentir a la oración “Tulio no era calvo.” Por medio del principio desentrecomillador, nosotros podemos concluir que Juan cree que Cicerón era calvo y que Tulio no era calvo¹⁷. Sin embargo, los nombres propios ‘Cicerón’ y ‘Tulio’ son codesignati-

¹⁷Como comenta Sosa, la formulación de este argumento no necesita recurrir al principio desentrecomillador (Sosa, 1994, p. 18): las dos creencias atribuidas a Juan son *prima facie* plausibles, y por ende pueden servir como punto de partida. Por otro lado, las dos creencias atribuidas a Pierre en la historia del enigma no son *prima facie* plausibles (la una contradice de manera directa a la otra), y por tanto hace falta recurrir al principio desentrecomillador y al principio de traducción para atribuirle de modo convincente estas creencias. Aun así, en el texto de arriba se ha empleado el principio desentrecomillador para facilitar la comprensión del paralelismo que existe entre el argumento sencillo por *reductio ad absurdum* y el enigma de Kripke, y además porque, de acuerdo con Sosa y Tomasini, se acepta que la contradicción que encarna el enigma es independiente de este principio (cf. (Sosa, 1994, p. 18) (Bassols, 2007, p. 40)). De acuerdo con Tomasini, se considera que el principio desentrecomillador exhibe una conexión esencial entre los conceptos de hablar y creer, y que no es ni siquiera imaginable que los hablantes sinceros y reflexivos sistemáticamente dijeran una cosa mientras creyeran otra. En cambio, las razones que da Sosa para fiarse del principio desentrecomillador (cf. (Sosa, 1994, p. 19–21)) no son tan fuertes como él sostiene. En concreto, la última razón que da, a saber, que se

vos, así que, si de verdad los nombres propios codesignativos fueran intercambiables en contextos de creencia, podríamos concluir que Juan cree que Cicerón era calvo y que cree que Cicerón no era calvo. Esta conclusión es absurda, porque cualquier hispanohablante normal debe poder percatarse de que estas dos creencias son incoherentes. Mas, al igual que en el caso del enigma (cf. sección 2), tampoco podemos negarle a Juan una de sus creencias alegando un malentendido por su parte para así resolver la contradicción, ni tampoco podemos negarle las dos creencias. Por ende, los nombres propios codesignativos no son intercambiables en contextos de creencia por *reductio ad absurdum*.

Está claro que existe un paralelismo entre esta versión del argumento sencillo por *reductio ad absurdum* y el enigma que ha construido Kripke. Basándose en este paralelismo, Kripke afirma en la tercera parte de su artículo que el enigma demuestra que la diagnosis tradicional del argumento sencillo resulta ahora menos clara. En concreto, puede recrear el enigma sin recurrir al principio desentrecomillador, resulta poco convincente una vez que se percata de que su recreación depende de un principio inverso, lo que se podría calificar como un *principio entrecomillador*. En concreto, Sosa sostiene que una persona puede atribuirse a sí misma creencias contradictorias del tipo John Glenn ha estado en el espacio y John Glenn no ha estado en el espacio sin hacer ninguna referencia a oraciones (Sosa, 1994, p. 21). Sosa comenta: “Yo no necesito inferir en absoluto qué creencias tengo [mediante un principio desentrecomillador], simplemente comunico mis creencias,” una observación que parece en gran medida correcta. Sin embargo, una persona sí necesita inferir de alguna manera qué creencias de verdad alberga, y parece razonable afirmar que esas creencias son precisamente las que una persona está dispuesta a comunicar a otro mediante un acto de comunicación sincero y reflexivo, es decir, las creencias que esa persona está dispuesta a expresar “entre comillas.” Por tanto, resulta incorrecto sostener que las atribuciones de creencia de una persona a sí misma no son inferencias a partir de premisas anteriores tal como sostiene Sosa (cf. (Sosa, 1994, p. 22)). En realidad, para recrear el enigma sin el principio desentrecomillador hace falta recurrir a un principio entrecomillador, un principio que se podría formular así: si un hablante normal, después de reflexionar, asintiera sinceramente a enunciar una oración “*p*,” entonces cree que *p*. Se ve claramente que el principio entrecomillador y el principio desentrecomillador son las dos caras de la misma moneda y por tanto, que un argumento que afirma la validez del principio desentrecomillador basándose en la validez del principio entrecomillador falla por completo a no ser que se proporcione una razón independiente para la validez de éste, algo que no hace Sosa.

la misma situación contradictoria a la que llega el argumento sencillo, formulado con el principio desentrecomillador conjuntamente con el principio de intercambiabilidad de nombres propios codesignativos, puede generarse con el uso del principio desentrecomillador conjuntamente con el principio de traducción, es decir, sin invocar ningún principio de intercambiabilidad (Kripke, 1979, p. 254, 268). Por lo tanto, quizá no se deba atribuir tal situación contradictoria al principio de intercambiabilidad, sino al principio desentrecomillador y/o al principio de traducción que utilizamos para nuestras inferencias de creencia. Como mínimo, el enigma sugiere que se debe cuestionar la validez de estos principios, principios que hasta el momento hemos considerado evidentes en sí mismos. En realidad, Kripke asegura que no se debe razonar que el enigma demuestra que el principio de intercambiabilidad de nombres propios codesignativos en contextos de creencia resulte válido después de todo, sino que los casos de Pierre y Juan ejemplifican áreas en las que nuestras prácticas normales de interpretación y de atribución de creencia están sometidas a una presión enorme, y por tanto no podemos sacar ninguna conclusión concreta ni en el caso de Pierre ni en el caso de Juan (Kripke, 1979, p. 269). El principio de intercambiabilidad de nombres propios puede ser falso, pero lo que afirma Kripke es que el argumento sencillo basado en las creencias de Juan no demuestra en sí la falsedad de este principio, puesto que el argumento no sólo recurre al principio de intercambiabilidad, sino también al principio desentrecomillador.

Por tanto, el objetivo de Kripke al presentar el caso de Pierre parece ser el de desviar la sospecha de ser el autor de la situación absurda a la que llega el argumento por *reductio ad absurdum* del principio de intercambiabilidad al principio desentrecomillador (Kripke, 1979, p. 254, 268). Kripke ha recurrido a esta maniobra, porque salvar, al menos por el momento, la credibilidad del principio de intercambiabilidad *salva veritate* de nombres propios codesignativos en contextos de creencia promete proporcionar un apoyo a favor de su teoría de los nombres propios, y por tanto promete un apoyo en contra del concepto del sentido de un nombre propio al que se ha recurrido tradicionalmente para resolver la situación contradictoria a la que llega el argumento sencillo por *reductio* contra este principio. Además de buscar un apoyo para su teoría de los nombres propios,

el enigma que expone Kripke le lleva a imponer un criterio de corrección en cualquier teoría de la creencia (Kripke, 1979, p. 267). En su contra, Alejandro Tomasini insiste en que el enigma de Kripke no tiene específicamente que ver con la creencia, que el enigma es un enredo de la filosofía del lenguaje y que un entendimiento de la naturaleza de los estados mentales es irrelevante para su resolución (Bassols, 2007, p. 35). Es cierto que el núcleo del artículo de Kripke sobre el enigma es una exposición de cómo se pueden generar contradicciones a partir de ciertos principios que fundamentan nuestras atribuciones de creencias, y que estas contradicciones surgen también en el caso de cualquier atribución de una actitud proposicional. No obstante, mientras que sea verdad que un entendimiento de la naturaleza de los estados mentales es irrelevante para idear una resolución del enigma, la resolución del enigma es sumamente relevante para un entendimiento de la naturaleza de los estados mentales. Uno se pregunta cómo puede empezarse a hacer una filosofía de la mente si no está clara la manera en la que se descubre el contenido de las creencias y otros estados mentales de los demás miembros de nuestra comunidad lingüística. Además, parece evidente que el lenguaje se encuentra en una relación muy estrecha con la creencia y demás estados mentales, por lo que se ve forzado a tratar el uno si se ocupa del otro (cf. (Frege, 1956, p. 298, nota de pie)). Se analizará con más detalle las implicaciones del enigma de Kripke para una teoría de la creencia a partir de la sección 6. Antes de proceder a este análisis, se presentará en la siguiente sección unos intentos de proporcionar una solución al enigma de Kripke basados en el concepto del sentido de un nombre propio.

4. SOLUCIONES

4.1. LOS REQUISITOS DE KRIPKE

Después de contar la historia del enigma en la tercera parte de su artículo, Kripke establece ciertos requisitos para que una solución al enigma cuente realmente como una solución, y analiza posibles enfoques que parecen ser prometedores, pero que al final

resultan poco aptos para proporcionar una solución.

La cuestión fundamental que plantea la historia del enigma es si Pierre cree o no que Londres es bonita basándose en las oraciones a las que ha asentido, y Kripke afirma que no se puede solucionar el enigma por medio de una descripción de la situación de Pierre que evade esta cuestión (Kripke, 1979, p. 259). Por consiguiente, una descripción de la situación de Pierre que afirme que asocia ciertas propiedades con el nombre ‘*Londres*’ y otras ciertas propiedades distintas con el nombre ‘*London*,’ y que por ende Pierre cree que la ciudad con la que asocia cierto conjunto de propiedades es bonita, mientras que la ciudad con la que asocia otro conjunto de propiedades no lo es, simplemente evade la cuestión bajo discusión: ¿Cree Pierre que Londres, la ciudad en sí—Londres, Inglaterra—es bonita o cree que no lo es?

Es más, Kripke parece mostrar que tal enfoque basado en propiedades unívocamente identificadoras no puede impedir que surja el enigma, puesto que es posible que Pierre asocie precisamente las mismas propiedades identificadoras tanto con ‘*Londres*’ como con ‘*London*.’ Adoptando este enfoque, si Pierre asocia las propiedades identificadoras ‘*la capitale de l’Angleterre*’ y ‘*la ville qui a le Palais de Buckingham*’ con el nombre propio ‘*Londres*’ y las propiedades identificadoras ‘*the capital of England*’ y ‘*the city that has Buckingham Palace*’ con el nombre propio ‘*London*,’ asocia precisamente las mismas propiedades identificadoras con estos dos nombres¹⁸. Por tanto, Pierre puede

¹⁸Según Frege, el sentido de un nombre propio puede expresarse de diversas maneras. En la sección 3.2 se ha interpretado esta afirmación de Frege en términos de un sentido multidimensional asociado al nombre propio donde cada dimensión corresponde a un concepto que se expresa mediante una definición descriptivista. El caso de ‘Aristóteles’ analizado en la sección 3.2 ilustra cómo el sentido puede expresarse de diversas maneras en el mismo lenguaje, es decir, cómo dos elementos distintos del sentido multidimensional pueden expresarse en el mismo lenguaje. El caso de las propiedades identificadoras asociadas con ‘*Londres*’ y ‘*London*’ en el texto de arriba es un ejemplo de cómo puede expresarse de manera distinta el mismo elemento de un sentido multidimensional en dos lenguajes distintos. En concreto, las dos descripciones francesas y las dos descripciones inglesas, siendo traducciones las unas de las otras, expresan las mismas propiedades del objeto que designan. En términos de Frege, las dos descripciones francesas expresan los mismos elementos de un sentido multidimensional que las dos descripciones inglesas, elementos que forman parte del sentido tanto del nombre francés ‘*Londres*’ como

creer que la ciudad con la que asocia cierto conjunto de propiedades, expresadas en francés, es bonita, mientras que la ciudad con la que asocia el mismo conjunto de propiedades, pero expresadas en inglés, no es bonita. Además, incluso si Pierre asocia las mismas propiedades con los nombres propios ‘*Londres*’ y ‘*London*,’ propiedades que expresaría en francés en el caso de ‘*Londres*,’ pero que expresaría en inglés en el caso de ‘*London*,’ no se sigue que ser un hablante normal del francés y del inglés deba llevarle a Pierre a darse cuenta de que ‘*Londres*’ y ‘*London*’ son codesignativos. Como comenta Kripke, el enigma se reproduce al nivel de las propiedades identificadoras, puesto que las descripciones que expresan las propiedades asociadas con un nombre propio contendrán, a su vez, otros nombres propios (Kripke, 1979, p. 261). Por ejemplo, en el caso de las propiedades asociadas con ‘*Londres*’ y ‘*London*’ anteriormente mencionadas, las dos descripciones de la primera propiedad contienen los nombres propios ‘*Angleterre*’ y ‘*England*,’ lo que implica que Pierre abraza la creencia de que la capital de Inglaterra (‘*la capitale de l’Angleterre*’) es bonita, pero asimismo la creencia de que la capital de Inglaterra (‘*The capital of England*’) no es bonita; se ha reemplazado el enigma acerca de ‘*Londres*’ y ‘*London*’ con otro enigma acerca de ‘*la capitale de l’Angleterre*’ y ‘*the capital of England*,’ y en última instancia, con un enigma acerca de ‘*Angleterre*’ y ‘*England*’¹⁹.

Kripke considera otra solución. La descripción del enigma que se ha presentado en la sección 2 recurre al principio desentrecomillador para el francés para concluir que *Pierre croit que Londres est jolie* basándose en la disposición de Pierre a asentir a la

del nombre codesignativo inglés ‘*London*.’

¹⁹Si se reemplazan los nombres propios ‘*Angleterre*’ y ‘*England*’ que figuran en estas dos descripciones por dos descripciones apropiadas y así sucesivamente, es posible que se consiga descender a un nivel donde las descripciones no contengan ningún nombre propio adicional, pero Kripke afirma que no cree que se puedan ir eliminando nombres propios (y otros términos como, por ejemplo, ‘haya,’ ‘rubí,’ etc. que nombran clases naturales y que se comportan como nombres propios—cf. siguiente párrafo) de tal manera y seguir teniendo descripciones de propiedades que identifiquen correctamente a su referencia (Kripke, 1979, p. 262). Otros pensadores, como por ejemplo David Sosa, son más optimistas al respecto (cf. (Sosa, 1994, p. 145–146)).

oración francesa “*Londres est jolie*.” Además, recurre al principio de traducción para concluir que “Pierre cree que Londres es bonita” expresa una verdad en el español basándose en que “*Pierre croit que Londres est jolie*” expresa una verdad en el francés. Asimismo, la descripción del enigma recurre al principio desentrecomillador para el inglés para concluir que *Pierre believes that London is not pretty* y al principio de traducción para concluir que “Pierre cree que Londres no es bonita” expresa una verdad en el español. Aparte del principio desentrecomillador y el principio de traducción, el único otro recurso que se ha empleado en la descripción del enigma es la práctica común de la traducción entre idiomas (Kripke, 1979, p. 263). Por ejemplo, se ha traducido la frase “*Pierre believes that London is not pretty*” como “Pierre cree que Londres no es bonita,” “*Londres est jolie*” como “Londres es bonita,” el nombre ‘*London*’ como ‘Londres,’ etc. Se podría razonar que el enigma surge de esta práctica, y en particular que es incorrecto traducir ‘*London*’ como ‘Londres,’ etc. Para guardarse de inconsistencias y/o de paradojas se podrían prohibir tales traducciones e imponer una norma que exigiera que los nombres extranjeros fueran apropiados y no traducidos. Sin embargo, tal norma iría en contra de nuestras prácticas comunes de traducción y como resultado no se podrían expresar las creencias de Pierre en castellano. En particular, si Pierre asiente a la oración inglesa “*London is not pretty*,” nosotros tendríamos motivos para concluir, como mucho, que Pierre cree que *London* no es bonita. Además, según la teoría de referencia sostenida por Kripke, y sobre todo por Putnam (cf. (Putnam, 1975, p. 144–146) y sección 5 a continuación), ciertos términos generales que nombran clases naturales tienen sus referencias fijadas por expertos, de forma que estos términos se comportan de modo semejante al de los nombres propios. Por ende, cualquier prohibición de la traducción de nombres propios entre idiomas se tendría que extender a estos términos, por lo cual no se podría traducir el término ‘haya’ en castellano a ‘*beech*’ en inglés, por ejemplo (Kripke, 1979, p. 264–265). Estas consecuencias son claramente inaceptables, puesto que harían imposible las traducciones entre idiomas que habitualmente hacemos sin problemas.

A grandes rasgos, la práctica común de la traducción que lleva una oración de un

idioma extranjero a una oración de nuestro idioma natal se basa, según Quine, en un diccionario tradicional que correlaciona cada oración del idioma extranjero con una oración de nuestro idioma (Quine, 1969, p. 5). En realidad, este diccionario tradicional es más bien un manual que detalla los pasos que se deben seguir para construir una oración en nuestro idioma a partir de la oración extranjera, un manual que se desarrolla a lo largo de una investigación continua que procura correlacionar cada acto lingüístico de los hablantes del idioma extranjero con las circunstancias observadas bajo las cuales lo realizan para luego correlacionar este acto lingüístico extranjero con el acto lingüístico que realizaríamos nosotros bajo las mismas circunstancias (Quine, 1969, p. 1–3). En los comienzos de este proceso, el traductor novato de nuestro idioma necesariamente impondrá a las oraciones del idioma extranjero su propio patrón ontológico, esto es, el esquema conceptual que precisan los términos singulares, los términos generales, los aparatos de la identidad y la cuantificación, y los demás términos ontológicos que provienen del idioma natal (Quine, 1969, p. 4). No obstante, el traductor dispone de muchas opciones en cuanto al modo de correlacionar estos términos ontológicos de su idioma natal con elementos del idioma extranjero, opciones que entre sí son incompatibles, pero que concuerdan todas con las correlaciones observadas entre los actos lingüísticos extranjeros y las circunstancias bajo las cuales los hablantes los realizan (cf. (Quine, 1969, p. 33–34)). En realidad, el traductor resuelve esta indeterminación de la traducción mediante una racionalización que dicta que la traducción definitiva es la que hace que las correspondencias entre las oraciones de los dos idiomas sean las más sencillas y naturales posibles, esto es, las más sencillas y naturales respecto al esquema conceptual del propio traductor (Quine, 1969, p. 5–6). Esta racionalización siempre se dará con la traducción que más concuerde con la ontología del idioma natal según precisan los términos ontológicos de los que dispone el idioma, pero la imposición a las traducciones del esquema conceptual del traductor no es más que una máxima práctica que le ayuda a resolver lo que es en realidad objetivamente indeterminado (Quine, 1969, p. 34).

Ahora bien, la sugerencia de Kripke de prohibir la traducción de los nombres propios y de los demás términos singulares y generales del idioma extranjero a términos distintos

en el idioma natal en realidad equivale a legislar que estos términos se traduzcan entre idiomas por medio de la traducción homofónica por la que una secuencia de fonemas del idioma extranjero se correlaciona con la misma secuencia de fonemas en el idioma natal (cf. (Quine, 1969, p. 46)). El objetivo de este mandato, es de suponer, es el de imponer en menor grado el esquema conceptual del traductor a la traducción final de la oración extranjera, pero una vez más la traducción homofónica de estos términos será, como cualquier correlación intercultural de palabras y frases, simplemente una correlación de entre muchas correlaciones posibles que concuerdan con todos los datos lingüísticos observados (Quine, 1969, p. 25). Además, no por imponer menos su esquema conceptual el traductor llegará a una traducción más acertada: la cuestión de si una traducción es acertada o no es una cuestión objetivamente indeterminada. Asimismo, no por imponer menos su esquema conceptual el traductor llegará a una traducción más consistente: la cuestión de si una traducción es más o menos consistente sólo tiene sentido en relación a un esquema conceptual, lo que al fin y al cabo es arbitrario, es decir, la cuestión no tiene sentido en términos absolutos.

No obstante, sigue Kripke, incluso si se ordenara que la única traducción correcta de los nombres propios, los demás términos singulares y los términos generales de un idioma extranjero al idioma natal fuera la homofónica, todavía se podría generar el enigma. Cambiando un poco el ejemplo original de Kripke (Kripke, 1979, p. 265–266), Pedro, un hispanohablante normal, aprende en un momento dado el nombre ‘Paderewski’ que identifica a un pianista famoso. Por tanto, Pedro asiente a la oración española “Paderewski tenía talento musical,” y nosotros concluimos que Pedro cree que Paderewski tenía talento musical. Más tarde, el mismo Pedro aprende el nombre ‘Paderewski’ que identifica a un líder nacionalista polaco. Por tanto, Pedro asiente a la oración española “Paderewski no tenía talento musical,” y nosotros concluimos que Pedro cree que Paderewski no tenía talento musical. Puesto que estos dos Paderewskis de hecho son la misma persona, se ha llegado de nuevo al enigma original, pero con la diferencia de que no se ha empleado ninguna práctica de traducción; sólo intervienen un único nombre y un único idioma, y sólo se ha usado explícitamente el principio desentrecomillador

(Kripke, 1979, p. 266)²⁰.

Después de haber identificado que las soluciones prometedoras al enigma no son adecuadas, Kripke concluye que no hay ninguna solución al enigma, por lo menos dado el estado actual de nuestros conocimientos acerca del funcionamiento de los nombres propios en casos como los de Juan y Pierre (Kripke, 1979, p. 269–270). Además, dada la similitud entre el caso del enigma y el caso del argumento sencillo contra la intercambiabilidad *salva veritate* de nombres propios codesignativos en contextos de creencia, no se puede sacar ninguna conclusión concreta acerca de tal intercambiabilidad en contextos de actitudes proposicionales. Además, dado el estado actual de claridad sobre el enigma y el uso de los nombres propios en contextos de creencia en general, no podemos aplicar con certeza un principio desentrecomillador en los casos de Pierre y Juan, ni juzgar cuándo una oración que figura en tal caso expresa o no la misma proposición que otra oración (Kripke, 1979, p. 269–270). En palabras de Tomasini, esta conclusión equivale a afirmar que nuestro uso de nombres propios no nos autoriza a decir que creemos lo que afirmamos cuando los empleamos en contextos de creencia (u otros contextos psicológicos) (Bassols, 2007, p. 38).

En el contexto que rodea la presentación de su enigma se aprecia un ataque general por parte de Kripke contra la teoría fregeana de los nombres propios. Sin embargo, y a pesar de la hostilidad que muestra Kripke hacia cualquier solución basada en el concepto del sentido de un nombre propio, han sido propuestas ciertas soluciones al enigma que intentan hacer precisamente esto. Aunque estas soluciones tienen inconvenientes que las invalidan como soluciones satisfactorias al enigma, es importante señalar que no se demuelen sin más frente a las críticas de Kripke contra los fundamentos de una solución fregeana al enigma. En particular, hace falta contrarrestar la lectura que hace

²⁰En realidad, no es del todo correcto afirmar que no se haya empleado ninguna práctica de traducción en la formulación de esta versión monolingüe del enigma. Como se explica en la sección 6, las atribuciones de creencia involucran siempre la traducción de las palabras del hablante a las del atribuyente. Cuando las oraciones y las atribuciones se realizan en el mismo idioma la traducción empleada es necesariamente la homofónica (cf. (Quine, 1969, p. 5, 46)).

Kripke de la postura de Frege con una lectura más favorable de los escritos del mismo. Las soluciones al enigma que se detallan a continuación proporcionan el contrapeso requerido al tiempo que intentan restablecer por medio del concepto fregeano del sentido de un nombre propio la capacidad fundamental de atribuir creencias a otros hablantes sobre la base de las oraciones sinceras que emiten.

4.2. LA SOLUCIÓN DE SOSA

David Sosa arguye que, aunque el enigma de Kripke demuestre que el argumento sencillo por *reductio ad absurdum* contra la intercambiabilidad *salva veritate* de nombres propios codesignativos en contextos de creencia es inválido tal como se ha presentado tradicionalmente (Sosa, 1994, p. 9), este argumento sí constituye un ataque exitoso contra el millianismo cuando se clarifican todos los principios involucrados. En concreto, Sosa afirma que tanto la construcción de este argumento sencillo como la construcción del enigma de Kripke recurren implícitamente a una consecuencia directa del millianismo, a saber, el principio que Sosa califica como el principio hermenéutico: si un nombre propio en el lenguaje ordinario tiene una sola referencia, entonces puede representarse correctamente en el lenguaje lógico mediante una sola constante (Sosa, 1994, p. 26). Sosa sostiene que la construcción del argumento sencillo hace uso del principio hermenéutico para justificar el paso desde la premisa de que Juan cree que Cicerón era calvo y que Cicerón no lo era a la conclusión de que la situación de Juan representa una contradicción (cf. sección 3.5). Asimismo, afirma Sosa, la construcción del enigma hace uso del principio hermenéutico para justificar el paso desde la premisa de que Pierre cree que Londres es bonita y que no lo es a la conclusión de que la situación de Pierre representa una contradicción. Además, puesto que Sosa sostiene que el principio desentrecomillador y el principio de traducción no son esenciales para la construcción del enigma, concluye que tanto el argumento sencillo como el enigma representan un argumento por *reductio ad absurdum* contra el principio hermenéutico (Sosa, 1994, p. 28), y por consiguiente un argumento por *reductio ad absurdum* contra el millianismo.

Por tanto, según Sosa, el enigma fracasa por completo en su intento de salvaguardar el millianismo del argumento sencillo. En cambio, si se adopta un enfoque fregeano, un nombre propio cuenta con un sentido que determina la referencia del mismo, pero el sentido de un nombre propio no tiene por qué ser único. En particular, podría ser que se asociaran múltiples sentidos distintos al mismo nombre propio (cf. sección 3.2), y que todos estos sentidos identificaran la misma referencia. En este caso tendría que representarse el nombre propio mediante múltiples constantes lógicas, una constante para cada sentido distinto (Sosa, 1994, p. 28). Por ende, bajo un enfoque fregeano, el hecho de que un nombre propio tenga una única referencia no es condición suficiente para asegurarse de que sea adecuado representar ese nombre mediante una sola constante lógica, lo que equivale a decir que el principio hermenéutico no se sigue de un enfoque fregeano. En realidad, un enfoque fregeano exige un principio hermenéutico más fuerte que se podría expresar así: si un nombre propio del lenguaje ordinario tiene un solo sentido, puede representarse correctamente en el lenguaje lógico mediante una sola constante (Sosa, 1994, p. 28). Por tanto, afirma Sosa, el argumento sencillo por *reductio ad absurdum* y el enigma de Kripke en realidad representan argumentos indirectos a favor de una postura fregeana acerca de los nombres propios (Sosa, 1994, p. 33): al rechazar el principio hermenéutico milliano, estos argumentos implican que hace falta un principio hermenéutico más fuerte, como es el principio hermenéutico fregeano antes indicado.

El problema del razonamiento de Sosa es que en realidad es imposible que la construcción del enigma de Kripke haga uso del principio hermenéutico milliano, porque además de Londres, Inglaterra, hay otras ciudades del mundo que comparten el nombre ‘*London*.’ Por tanto, resulta patente que el nombre propio ‘*London*’ que figura en las creencias de Pierre tiene más de una referencia posible²¹. Y lo que es más, resulta paten-

²¹Hay una ciudad con el nombre ‘*London*’ en Ontario, Canadá, y otras tres ciudades con el nombre ‘*London*’ en los estados de Arkansas, Kentucky y Ohio de los Estados Unidos. Sosa podría aducir que es un error razonar de esta multiplicación de ciudades llamadas ‘*London*’ que el nombre propio ‘*London*’ tiene más de una referencia. Más bien, podría seguir Sosa, aunque cada ‘*London*’ de la lista anterior

te que si el segundo capítulo de la historia de Pierre hubiera transcurrido en la ciudad de *London*, Canadá, y no en la ciudad de *London*, Inglaterra, las creencias de Pierre no habrían sido contradictorias. De igual modo, si se acepta que la traducción al francés del nombre propio '*London*' es '*Londres*' con independencia de si se refiere a la ciudad de Inglaterra o a la de Canadá, el nombre propio '*Londres*' que figura en las creencias de Pierre tiene más de una referencia posible, y si la ciudad de la que había oído hablar Pierre antes de mudarse a Inglaterra fuera *Londres*, Canadá, y no *Londres*, Inglaterra,

comparte la misma forma gráfica y la misma forma fonética, cada uno tiene una referencia distinta, y por tanto cada '*London*' es un nombre propio distinto. No obstante, si se presupone que una referencia distinta es suficiente para marcar una diferencia entre dos nombres propios, un nombre propio que experimentara un cambio en su referencia dejaría de ser el mismo nombre. Por otro lado, Quine ha mostrado cómo la indeterminación que encuentra el lingüista conductista ante un lenguaje exótico (cf. sección 4.1 arriba) se reproduce ante los términos de otro hablante del mismo lenguaje, lo que conlleva como consecuencia una inescrutabilidad general de la referencia en el lenguaje. En otras palabras, es imposible que un lingüista afirme a qué se refieren los términos del lenguaje basándose sólo en las disposiciones verbales del hablante, incluso si el hablante y el lingüista comparten el mismo lenguaje (cf. (Quine, 1969, p. 46–47)). Según Quine, preguntar acerca de la denotación de un término es un sinsentido a no ser que la pregunta se haga en relación con un lenguaje de referencia de fondo (Quine, 1969, p. 48). Este lenguaje de referencia da sentido a la pregunta y equivale a una red lingüística compuesta de todos los términos, los predicados y los otros aparatos lingüísticos que facilitan el habla sensata acerca de la denotación. Por tanto, aunque en general una distinción en la referencia de dos nombres propios es suficiente para afirmar que los dos nombres son distintos, y eso independientemente de si se adopta un enfoque milliano o un enfoque fregeano, un nombre propio puede cambiar de referencia si se cambia el lenguaje de referencia del fondo, aunque no por eso deja de ser el mismo nombre. En síntesis, la referencia de un nombre propio se fija según un contexto dado, esto es, el contexto que proporciona el lenguaje de referencia de fondo, y cuando cambia el contexto puede que cambie la referencia. Ahora bien, y volviendo al argumento hipotético de Sosa esbozado al principio de esta nota, si la referencia de un nombre propio puede cambiar sin que el nombre propio en sí cambie, el hecho de que el nombre propio '*London*' pueda referirse a la ciudad de Londres, Ontario, en un contexto dado, mientras que se refiere a la ciudad de Londres, Inglaterra, en otro contexto no significa en absoluto que en realidad haya dos nombres propios '*London*' con dos referencias distintas. Más bien, existe un único nombre propio que puede cambiar la referencia según el contexto del uso del nombre. Se desarrollará la idea del contexto del uso de los signos más detenidamente a partir de la sección 5.

tampoco serían contradictorias las creencias de Pierre en la historia del enigma. De hecho, por un desliz, Kripke no menciona explícitamente en su construcción del enigma que el *Londres* del que había oído hablar Pierre era precisamente *Londres*, Inglaterra, y no una de las otras ciudades por el mundo que comparten el nombre ‘*Londres*.’ Por último, si se acepta que la traducción al español del nombre propio ‘*London*’ es ‘*Londres*’ con independencia de si se refiere a la ciudad de Inglaterra o a alguna otra ciudad del mundo que comparte este nombre, resulta que la construcción del enigma no puede hacer uso del principio hermenéutico milliano en ningún paso del argumento, puesto que cada nombre propio que figura en la construcción tiene más de una referencia, y por ello no satisface la condición impuesta a un nombre propio por el antecedente del principio hermenéutico milliano.

De todos modos, Sosa sostiene que puede reformular su respuesta al enigma en términos de un principio desentrecomillador más liberal que permite ambigüedades en el sentido de las oraciones que sirven como base de nuestras atribuciones de creencia (Sosa, 1994, p. 34). Como ya se ha indicado, una condición para la aplicación legítima del principio desentrecomillador es que la oración a la que un hablante asiente carece de dispositivos indexicales o pronominales, o de otras ambigüedades que arruinarían el sentido intuitivo del principio (Kripke, 1979, p. 249) (cf. nota de pie 6). Sosa afirma que una ambigüedad surge en una atribución de creencia nuestra cuando no mantenemos el sentido de la frase que sirve como base de la atribución, por lo cual es necesario un principio desentrecomillador más liberal: si un hablante normal asiente a una oración “*p*” en un sentido dado, ese hablante cree que *p* en ese sentido (cf. (Sosa, 1994, p. 36–37)). Por ende, nosotros sólo podemos atribuirle a Pierre la creencia de que Londres es bonita en el sentido de “*Londres est jolie*” y la creencia de que Londres no es bonita en el sentido de “*London is not pretty*.” Puesto que los sentidos de estas dos frases son distintos, el enigma no surge.

Sosa parece sugerir que el principio desentrecomillador más liberal resuelve el enigma de la misma manera que lo resuelve el principio hermenéutico fregeano, esto es, eliminando la ambigüedad latente en nuestras atribuciones de creencia ocasionada por

los sentidos distintos que Pierre tiene asociados con los nombres propios ‘*Londres*’ y ‘*London*.’ Sin embargo, esta respuesta al enigma en términos de un principio desentrecomillador fregeano no puede ser una reformulación de su respuesta en términos de un principio hermenéutico fregeano, puesto que aquélla supone desde el comienzo una postura fregeana. Además, es difícil ver qué ventaja ofrece este nuevo principio desentrecomillador. Está claro que las dos oraciones “*Londres est jolie*” y “*London is not pretty*” tienen sentidos distintos, es decir, siguiendo la terminología de Frege, que expresan dos pensamientos distintos (Frege, 2000, p. 49), pero no por eso se sigue que la diferencia en los sentidos de las oraciones es debida a los sentidos distintos asociados con ‘*Londres*’ y ‘*London*’ como parece sugerir Sosa (cf. (Sosa, 1994, p. 34–35)). En realidad, parece más razonable atribuir la diferencia en los sentidos a la presencia de la palabra ‘*not*’ en la segunda oración, lo cual implica que la diferencia en el pensamiento que expresa cada oración puede que no tenga nada que ver con los nombres propios que figuran en ellas. Sin embargo, si la diferencia en los sentidos de las dos oraciones no tiene nada que ver con los nombres propios, no hay ningún motivo para prohibir que nosotros atribuyamos a Pierre las creencias de que Londres es bonita y que no lo es por medio del principio desentrecomillador original, puesto que las dos oraciones no albergan ningún tipo de ambigüedad. En suma, no se sigue del hecho de que dos oraciones expresan sentidos distintos que los nombres propios que figuran en ellas sean ambiguos. Sin un mecanismo por el cual se pueda explicar cómo el sentido de una oración—el pensamiento que expresa—se constituye de los sentidos de las palabras distintas que la conforman, la utilidad del principio desentrecomillador más liberal resulta dudosa, y la reformulación que depende de ella resulta incompleta. Aunque resulta obvio que hay una diferencia en el uso de ‘*Londres*’ y ‘*London*’ que ocasiona el enigma, Sosa no convence de que esta diferencia es debida a sentidos distintos, al menos como entiende Sosa el concepto del sentido.

4.3. LA SOLUCIÓN DE ORAYEN

A diferencia de Sosa, Raúl Orayen sostiene que el argumento sencillo por *reductio ad absurdum* contra la intercambiabilidad *salva veritate* de nombres propios codesignativos en contextos de creencia representa un argumento sólido (Orayen, 1994, p. 109), y presenta otro argumento por *reductio ad absurdum* que parece demostrar que tal intercambiabilidad es inválida como un respaldo para esta afirmación: Lois Lane no cree que Clark Kent es Superman; Clark Kent es Superman; por tanto, Lois no cree que Clark Kent es Clark Kent²².

La primera observación que se debe hacer sobre este segundo argumento es que, aunque acaba en una conclusión contradictoria parecida a la del argumento sencillo, e incluso si resulta ser un argumento válido contra la intercambiabilidad *salva veritate* de nombres propios codesignativos en contextos de creencia, no se sigue en absoluto que el argumento sencillo es asimismo válido: la fuerza de un segundo argumento contra una postura no puede demostrar la fuerza de otro argumento contra la misma postura. De todas formas, resulta que el argumento de Orayen padece de la misma debilidad que el argumento sencillo, a saber, el enigma de Kripke. Es de suponer que si nosotros podemos afirmar que Lois Lane no cree que Clark Kent es Superman, es porque Lois asiente a la oración “Clark Kent no es Superman”²³.

²²En el argumento que presenta Orayen, Lois Lane no sabe que Clark Kent es Superman, pero puesto que el artículo de Kripke trata en particular de un enigma acerca de la creencia, se ha reformulado el argumento en el texto de arriba en términos de creencias en lugar de conocimiento, un cambio que no afecta en absoluto a la lógica del argumento.

²³Como subraya Kripke, si un hablante normal asiente a la negación de una oración “*p*,” nosotros podemos concluir por el principio desentrecomillador que tal hablante cree que no-*p*, pero también podemos concluir que tal hablante no cree que *p* siempre que tenga cierto grado de perspicacia lógica y esté dispuesto a usarla (Kripke, 1979, p. 250). En concreto, si atribuimos al hablante la capacidad de percatarse de que creer *p* implica una contradicción lógica si ya cree no-*p*, por el hecho de que el hablante crea no-*p* se verá forzado a deducir que no debe creer *p*, y por ende se negará a creer *p*. Por tanto, mientras que es cierto que creer no-*p* no equivale a no creer *p*, siempre que exijamos que el hablante incluya esta deducción sencilla como parte de un asentimiento sincero y reflexivo a la negación

Por lo tanto, el argumento de Orayen recurre de manera subrepticia al principio desentrecomillador conjuntamente con el principio de intercambiabilidad, y lo que demuestra el enigma de Kripke es que la conclusión contradictoria a la que se llega con el uso de estos dos principios se puede generar valiéndose sólo del principio desentrecomillador (quizá conjuntamente con el principio de traducción de verdades)²⁴. Por tanto, la afirmación de Orayen de que el enigma de Kripke demuestra que se pueden generar conclusiones contradictorias semejantes a las que se generan con el principio de intercambiabilidad, pero recurriendo a otros principios (Orayen, 1994, p. 110), es incorrecta. De nuevo, el enigma de Kripke demuestra que el principio de intercambiabilidad conjuntamente con otros principios llevan a situaciones contradictorias, pero que estos mismos principios sin el principio de intercambiabilidad siguen llevando a las mismas situaciones contradictorias, y por tanto no se debe culpar de manera irreflexiva al principio de intercambiabilidad de haber generado estas situaciones contradictorias. (cf. (Kripke, 1979, p. 269)).

En cuanto a su solución al enigma, Orayen sigue la estrategia de Sosa y recurre a una

de la oración “*p*,” el principio desentrecomillador nos autoriza a concluir que el hablante cree *no-p* y que no cree *p*. Es precisamente por ello que si Lois asiente a la negación de “Clark Kent es Superman,” es decir, “Clark Kent no es Superman,” nosotros podemos concluir que Lois no cree que Clark Kent es Superman.

²⁴Es posible que nosotros concluyamos que Lois no cree que Clark Kent es Superman partiendo de su no disposición a asentir a la oración “Clark Kent es Superman.” En este caso, tendríamos que recurrir a un principio desentrecomillador más fuerte para nuestra afirmación de creencia (cf. (Kripke, 1979, p. 250)), pero incluso en este caso se puede generar un enigma (Kripke, 1979, p. 258). Existe una tercera posibilidad para nuestra afirmación de que Lois Lane no cree que Clark Kent es Superman, a saber, que la historia que cuenta la serie de tebeos en la que salen estos dos personajes nos lo ha dicho de manera directa. Sin embargo, se deja a un lado esta última posibilidad, puesto que destruiría por completo la supuesta similitud entre el nuevo argumento por *reductio ad absurdum* de Orayen y el argumento sencillo original. Desde luego, en la discusión de arriba se ignora que los nombres propios ‘Lois,’ ‘Clark Kent’ y ‘Superman’ carecen todos de referencia en el mundo actual, sobre todo porque es fácil recrear el argumento de Orayen recurriendo a nombres propios que sí tienen referencias. Por ejemplo, se podría recrear el argumento de Orayen partiendo de la afirmación de que Orayen no cree que Mark Twain es Samuel Clemens.

suerte de sentido fregeano. Sin embargo, y a diferencia de Sosa, Orayen especifica las características que tendrá el sentido de un nombre propio y un mecanismo por el cual el sentido fija la referencia de un nombre propio. En concreto, según Orayen, un hablante aprende un nombre propio por medio de una cadena de comunicación que vincula el hablante con el portador del nombre (cf. (Kripke, 1980, p. 91–93)). Además, cuando un hablante aprende un nombre propio, asocia un criterio con ese nombre que guiará su uso del mismo, a saber, que usará ese nombre con la misma referencia con la que lo usa el penúltimo hablante de la cadena del que lo ha aprendido. Un criterio así encarna el sentido de un nombre propio y logra fijar la referencia del nombre propio con el que está asociado mediante la cadena de comunicación que vincula el uso de ese nombre por parte de un hablante dado con una referencia concreta del mundo real. Por consiguiente, Pierre ha de asociar dos criterios distintos a cada uno de los nombres propios ‘*Londres*’ y ‘*London*,’ puesto que los ha aprendido de dos cadenas de comunicación distintas, cadenas que por casualidad conducen a la misma referencia (Orayen, 1994, p. 116), y según el análisis subsiguiente que lleva a cabo Orayen, nuestra afirmación de que Pierre cree que Londres es bonita y que no lo es no justifica nuestra conclusión de que las creencias de Pierre son contradictorias. En concreto, Orayen sostiene que, cuando Pierre aprende los nombres propios ‘*Londres*’ y ‘*London*,’ sólo hay dos posibilidades: o los criterios que adopta Pierre fijan sólo la referencia de cada uno, o fijan tanto la referencia como un sentido “individual” de cada uno. En el primer caso, las oraciones “*Londres est jolie*” y “*London is not pretty*” ni siquiera expresan proposiciones, y por ende Pierre no cree proposiciones contradictorias, puesto que no cree ninguna proposición (Orayen, 1994, p. 118). En el segundo caso, el sentido “individual” asociado a cada uno de los nombres propios nos permite dar expresión a distintos contenidos de creencia de Pierre mediante la misma oración, a saber, “Londres es bonita” (Orayen, 1994, p. 121)²⁵. Por tanto, aunque Pierre asiente a “*Londres est jolie*” y a “*London is not pretty*,” y aunque

²⁵La primera creencia se expresa mediante la oración “Londres es bonita.” La segunda creencia se expresa mediante la oración “Londres no es bonita,” una oración que equivale a la negación de “Londres es bonita.” En este sentido las dos creencias se expresan mediante la oración “Londres es bonita.”

nosotros podamos afirmar que Pierre cree que Londres es bonita y que no lo es, lo que no podemos deducir nosotros es que las creencias de Pierre son contradictorias, porque los contenidos de las creencias de Pierre nos son desconocidos, precisamente porque nos son desconocidos los sentidos individuales que Pierre ha asociado con los nombres propios ‘*Londres*’ y ‘*London*’ (Orayen, 1994, p. 123–124). En suma, no importa si el criterio fija sólo la referencia o si fija la referencia y un sentido individual, porque en ambos casos el hecho de que Pierre asiente a las oraciones “*Londres est jolie*” y “*London is not pretty*” no significa que Pierre albergue creencias contradictorias.

El problema del razonamiento de Orayen es que no explica cómo es posible que nosotros podamos concluir que Pierre cree que Londres es bonita y que no lo es si nos es desconocido el contenido de las creencias de Pierre. Orayen afirma que nuestra conclusión sobre las creencias de Pierre es válida siempre que Pierre use los nombres propios ‘*Londres*’ y ‘*London*’ con la referencia habitual, que no importa qué sentido individual les haya dado Pierre a ‘*Londres*’ y ‘*London*’ (Orayen, 1994, p. 122). No obstante, si Pierre asiente a la oración “Londres es bonita,” y nos es desconocido el contenido que ha dado a esta oración, nosotros no podemos concluir que Pierre cree que Londres es bonita, sino sólo que Pierre cree la proposición que él entiende que expresa la oración “Londres es bonita.” Por ende, ni siquiera podemos preguntar si Pierre cree o no que Londres es bonita. Como mucho, podemos preguntar si Pierre cree o no lo que él entiende que expresa la oración “Londres es bonita,” lo que equivale a preguntar si Pierre cree o no “algo.” Sin embargo, lo que invalida por completo el enfoque de Orayen es que adopta una postura que sostiene que un hablante asocia un sentido privado con cada nombre propio que usa²⁶, y por tanto que los nombres propios dejan de ser la moneda corriente en la comunicación (Kripke, 1979, p. 252), es

²⁶Se ha ignorado aquí la primera posibilidad que propone Orayen, a saber, que una oración que contiene un nombre propio no expresa ninguna proposición si se fija sólo la referencia de un nombre propio al adoptar un criterio de uso, porque si un hablante no cree nada al asentir a una oración, no hay ninguna creencia sobre la que se pueda cavilar, y no hay ningún enigma; cortar el nudo gordiano de esta manera no representa ninguna solución.

decir, dejan de formar parte del habla común de la comunidad lingüística (Kripke, 1979, p. 249). Kripke ha presentado argumentos contra esta postura fregeana extrema que se ha comentado anteriormente en la sección 3.4, y que el mismo Orayen nos asegura son “completamente convincentes.” A diferencia de Sosa, Orayen parece no entender que incluso el mismo Frege rechazó esta postura extrema y que nunca aprobó un sentido que no fuera propiedad común de todos²⁷.

4.4. LA SOLUCIÓN DE TOMASINI

Siguiendo a Wittgenstein, Alejandro Tomasini mantiene que el enigma de Kripke, al igual que cualquier problema filosófico, es un pseudo-problema que se ha de diagnosticar por medio de una representación perspicua del simbolismo involucrado, lo cual exige el aparato conceptual adecuado y las técnicas filosóficas apropiadas (Bassols, 2007, p. 36). La solución (o el “diagnóstico”) de Tomasini al enigma se fundamenta en la convicción de que se pueden aceptar como correctos los argumentos de Kripke acerca del comportamiento modal de los nombres propios sin tener que renunciar a una teoría descripcionista de los nombres propios en contextos psicológicos (Bassols, 2007, p. 41). El error de Kripke, según Tomasini, es que considera que los nombres propios tienen un valor semántico en sí mismos al margen de su utilización, al margen de su inserción y uso en oraciones distintas (Bassols, 2007, p. 45). En concreto, los nombres propios son instrumentos lingüísticos y el uso que se les da es el de “anclar el lenguaje” para que sea útil y práctico, para que un hablante pueda aprovecharlo para lograr sus fines comunicativos en sus circunstancias peculiares (Bassols, 2007, p. 46). Por tanto, en un contexto en el que dos hablantes conversan sobre un objeto al que pueden referirse de manera ostensiva, los nombres propios se usan sin más, es decir, las descripciones son redundantes. Sin embargo, en los demás contextos los hablantes necesitan recurrir a descripciones para que los nombres propios que usan sean significativos. Por tanto,

²⁷Orayen evidencia este malentendido en su nota de pie 10: “Las teorías descripcionistas... suponen que los nombres propios tienen sentidos, que pueden ser expresados por descripciones definidas y pueden cambiar de un hablante a otro” (Orayen, 1994, p. 103, nota de pie 10).

concluye Tomasini, la teoría de Kripke de los designadores rígidos resulta incompleta y hace falta conjugarla con un enfoque fregeano-russelliano para dar cuenta del uso de los nombres propios en todos los contextos. Además, sigue Tomasini, una vez adoptado un enfoque kripkeano-fregeano-russelliano el enigma se diagnostica sin más. Por un lado, si Pierre usa ‘*Londres*’ y ‘*London*’ como designadores rígidos, el enigma se reduce a un problema de indexicalidad (cf. (Putnam, 1975, p. 151–152)): cuando Pierre asiente a “*Londres est jolie*” se refiere de manera ostensiva a las zonas bonitas, pero cuando asiente a “*London is not pretty*” se refiere de manera ostensiva a las zonas feas. Por otro lado, si Pierre usa ‘*Londres*’ y ‘*London*’ como descripciones encubiertas, el enigma se reduce a un problema de descripciones ambiguas (Bassols, 2007, p. 47–48).

El problema de esta diagnosis es que Tomasini no considera el caso de contextos mixtos, a saber, que Pierre, cuando asiente a “*Londres est jolie*,” usa ‘*Londres*’ como una descripción encubierta, mientras que, cuando asiente a “*London is not pretty*,” usa ‘*London*’ como un designador rígido. Es más, este caso de contextos mixtos parece ser la diagnosis más probable del enigma, puesto que Pierre puede referirse de manera ostensiva al objeto de interés cuando usa ‘*London*,’ mientras que no puede referirse de manera ostensiva al objeto de interés cuando usa ‘*Londres*.’ Sin embargo, y en un cambio de enfoque un tanto confuso, Tomasini afirma que en contextos de actitudes proposicionales los nombres propios tienen por necesidad la función de descripciones encubiertas (Bassols, 2007, p. 48), por lo que conducen a enigmas como el de Pierre²⁸.

²⁸Tomasini proporciona una prueba “obvia e irrefutable” de que la situación es así: se puede predicar significativamente la existencia o la no existencia de un objeto, porque la existencia es una propiedad de funciones proposicionales y por ende es una propiedad de descripciones. El ejemplo que utiliza Tomasini es el de Homero, y aunque no explica su razonamiento en detalle, es de suponer que procedería así. Si la función lingüística de un nombre propio se agotara en identificar su referencia, no tendría sentido predicar la no existencia de Homero, porque en realidad existía. Concretamente, si los nombres propios fueran designadores rígidos en este contexto, el mero hecho de que el nombre propio ‘Homero’ fuera el sujeto de un predicado significaría que se refiere a un objeto, que la referencia del nombre propio ‘Homero’ existe. Por tanto, y debido a que la existencia es una propiedad de descripciones, cuando se predica la no existencia de Homero se predica la no existencia de la referencia de una descripción

Por lo tanto, es de suponer, el uso que hace Pierre de ‘*London*’ y ‘*Londres*’ no tiene nada que ver con una solución al enigma: el enigma se diagnosticará por medio de las descripciones distintas que encubren los nombres propios que figuran en nuestras atribuciones de creencia. Todo esto resulta confuso porque, si Pierre usa ‘*Londres*’ y ‘*London*’

como “el autor de La Iliada,” por ejemplo. Los problemas con esta prueba irrefutable son múltiples. En primer lugar, sostener que una propiedad de funciones proposicionales (elementos de un sistema lógico formal) es por extensión una propiedad de descripciones (elementos de una teoría semántica) presupone de antemano una teoría descripcionista como la de Russell. Sin embargo, la teoría descripcionista de la significación de un nombre propio que ataca Kripke (cf. sección 3.2) mantiene que un hablante es competente en el uso de un nombre propio si asocia el nombre propio con una descripción definida que expresa el sentido del nombre, y no involucra funciones proposicionales de ningún modo, así que el hecho de que la existencia sea una propiedad de funciones proposicionales no implica absolutamente nada para esta teoría. En segundo lugar, la prueba presupone que el hecho de que un designador rígido que denota no pueda ser el sujeto cuando se predica la no existencia de su denotado implica sin más que en estos contextos se predica la no existencia de la referencia de una descripción. No obstante, la teoría de descripciones russelliana representa sólo una manera de analizar expresiones como “Homero no existe.” La teoría de Meinong y la de Frege indican otras opciones al respecto. Aunque Tomasini se equivoca en estos aspectos de su razonamiento, en realidad no importa en este caso si su razonamiento es sólido o no, porque esta prueba obvia no demuestra absolutamente nada sobre el uso de nombres propios en contextos de actitudes proposicionales. Como mucho, esta prueba da indicaciones de cómo analizar una oración como “Homero no existe” mediante una teoría descripcionista russelliana, pero no explica por qué el nombre propio ‘Homero’ tiene que funcionar como una descripción encubierta en la oración “Tomasini cree que Homero no existe,” mientras que tiene que funcionar como un designador rígido en la oración “Es necesario que Homero no existe.” ¿Qué rasgo del contexto modal hace que el nombre propio ‘Homero’ funcione como un designador rígido en lugar de una descripción encubierta cuando se aplica el operador ‘Es necesario’ a la oración “Homero no existe”? Tomasini no aborda esta pregunta en su artículo. En lo que se refiere al enigma, esta prueba obvia no explica por qué, al asentir a “*London is not pretty*,” Pierre tiene que usar el nombre propio ‘*London*’ como una descripción encubierta en lugar de un designador rígido ni tampoco explica por qué, cuando nosotros concluimos que Pierre cree que Londres no es bonita, y por ende, estamos dispuestos a asentir a “Pierre cree que Londres no es bonita,” nosotros tenemos que usar ‘*Londres*’ como una descripción encubierta en lugar de un designador rígido. Para empezar, y como se ha indicado en el texto de arriba, no está del todo claro que en realidad Pierre use ‘*London*’ como una descripción encubierta.

como descripciones encubiertas, surge una objeción que subraya Kripke, a saber, que el enigma se puede reproducir en los niveles de las descripciones (cf. sección 4.1), un problema que Tomasini ni siquiera menciona en su artículo. Por otro lado, si Pierre usa ‘*Londres*’ y ‘*London*’ como designadores rígidos, no está claro de dónde deben venir las descripciones que intervienen en nuestras atribuciones de creencia. ¡No puede ser que vengan de nosotros! E incluso si hubieran de venir de nosotros, el enigma se puede reproducir en los niveles de nuestras descripciones. Por otro lado, si Pierre usa ‘*Londres*’ y ‘*London*’ como designadores rígidos y nosotros no proporcionamos ninguna descripción para nuestras atribuciones de creencia, tendríamos que usar nosotros también los nombres propios como designadores rígidos en nuestras atribuciones de creencia. Sin embargo, en este caso el enfoque de Tomasini exigiría que nosotros estuviéramos en Londres para hacer tales atribuciones, puesto que es la única forma de que pudiéramos referirnos de manera ostensiva al objeto de interés, es decir, a Londres, Inglaterra. Es obvio que tal restricción en nuestras atribuciones de creencia es absurda.

Salta a la vista que el enfoque de Tomasini padece de graves problemas y que no puede representar una solución adecuada al enigma. En concreto, la diagnosis más creíble de la situación de Pierre es que usa ‘*Londres*’ como una descripción encubierta mientras que usa ‘*London*’ como un designador rígido. Si en nuestras atribuciones de creencia los nombres propios tienen que funcionar como descripciones encubiertas, nos falta una descripción para ‘*London*.’ Por otro lado, si hemos de utilizar ‘*London*’ como un designador rígido en nuestras atribuciones de creencia, hemos de estar en Londres si es que hemos de atribuirle a Pierre la creencia de que Londres no es bonita. Además, el enfoque fregeano-russelliano que parece avalar Tomasini no está exento de problemas propios. Tomasini mantiene que existe un “stock” de descripciones para cada nombre propio que están sancionadas como válidas por la comunidad de hablantes (Bassols, 2007, p. 44), y que un hablante asocia con cada nombre propio que usa un subconjunto del “stock” de descripciones sancionadas para ese nombre. Aunque de este modo dos hablantes pueden captar el sentido del mismo nombre propio de una forma distinta, Tomasini afirma que no es el caso que no sean capaces de determinar que están hablando

de la misma cosa: simplemente han de comprobar que las descripciones distintas a las que recurren cada uno aparecen en el conjunto de descripciones sancionadas por la comunidad para ese nombre.

El problema principal del enfoque fregeano-russelliano de Tomasini, un enfoque que le une a otros autores que avalan la teoría del racimo, es el que ya indicó Kripke (cf. (Kripke, 1979, p. 246)): si un subconjunto de descripciones sancionadas es común a dos o más nombres propios distintos y un hablante decide asociar sólo este subconjunto común con cada uno de los nombres propios que lo comparten, otro hablante en conversación con éste no va a poder confirmar a qué se refiere su interlocutor cuando usa estos nombres²⁹. Por poner un ejemplo sencillo, si “el famoso orador romano” es una descripción sancionada común para los nombres propios ‘Cicerón’ y ‘Cato,’ un hablante podría asociar sólo esta descripción con estos dos nombres. En este caso, y aunque estos dos nombres no son codesignativos cuando se consideran los conjuntos enteros de sus descripciones sancionadas, el hablante trata ‘Cicerón’ y ‘Cato’ como nombres propios codesignativos, y si asiente en conversación con otro hablante a la oración “Cicerón era calvo,” su interlocutor no va a poder confirmar a quién se refiere, porque si le pregunta “¿De quién estás hablando cuando usas el nombre ‘Cicerón’?” la respuesta será “el famoso orador romano,” una descripción sancionada también para ‘Cato.’ Por lo tanto, es difícil ver cómo es posible que un interlocutor podría identificar con certeza la referencia de un nombre propio que sale de la boca de otro³⁰. Es más, este problema no es

²⁹Otros problemas del enfoque fregeano-russelliano propuesto por Tomasini conciernen a la vía por la cual ciertas descripciones llegan a ser aprobadas como descripciones sancionadas (¿hay una autoridad como la Real Academia Española o surge un consenso de manera automática?), cómo un hablante en conversación con otro debe identificar las descripciones que emplea su interlocutor (¿tiene que pedirle la descripción que emplea cada vez que usa un nombre propio? En general, las conversaciones no funcionan así), y cómo debe confirmar que estas descripciones son o no legítimas para referirse a ciertos objetos dados, suponiendo que las haya podido identificar (¿las descripciones están recogidas en algún lugar al lado de los objetos a los que se refieren?). Tomasini no trata estos problemas y su enfoque no sugiere respuestas obvias.

³⁰En el ejemplo de ‘Cicerón’ en el texto de arriba, es posible que por medio del proceso—sea cual sea—de confirmar que la descripción “el famoso orador romano” es sancionada para el nombre propio

particular de la solución de Tomasini: cualquier solución basada en la idea descriptivista de un sentido objetivo asociado con el nombre propio, un sentido que contiene el modo de darse lo designado por el nombre y que debe ser captado de modo peculiar por cada hablante, tendrá que superar la objeción de que los sentidos distintos de dos nombres propios que designan dos objetos distintos pueden ser captados precisamente del mismo modo por un hablante dado. El problema de esta situación es el problema indicado arriba con ‘Cicerón’ y ‘Cato,’ a saber, que un hablante no puede referirse a dos objetos distintos mediante estos dos nombres si capta precisamente del mismo modo los dos sentidos descriptivistas supuestamente asociados a ellos.

El enfoque fregeano en general exige que el hablante que quiera referirse con éxito a un objeto dado por medio de un nombre propio ha de hacerlo mediante el sentido del nombre propio que ha captado, un sentido que también comprende el modo de darse el objeto al que se refiere, y por tanto da cuenta del valor cognoscitivo que el nombre propio tiene para el hablante (cf. (Burge, 1977, p. 356)). Sin embargo, pueden dividirse las opiniones en cuanto al sentido de un nombre propio a la vez que la misma designación se mantiene entre todos los hablantes de un lenguaje (Frege, 2000, p. 46).

‘Cicerón,’ el interlocutor aprende que esta descripción es ambigua, pero que la descripción “el denunciador de Catilina” es sancionada y única para ‘Cicerón.’ Sin embargo, si vuelve al hablante que quiere decir algo sobre Cicerón, y le hace la pregunta “la descripción ‘el famoso orador romano’ es sancionada, pero es ambigua. ¿Quieres decir ‘el denunciador de Catilina’ cuando usas el nombre propio ‘Cicerón?’” sólo puede responder “No lo sé... déjame confirmarlo” e ir luego a confirmar que la descripción “el denunciador de Catilina” es sancionada para el nombre propio ‘Cicerón.’ Aunque esta descripción sancionada y única puede servir para aclarar el uso referencial del nombre propio ‘Cicerón’ por parte del hablante, lo hace una vez realizado tal uso, y está claro que la descripción no interviene en el uso referencial en sí. Si el hablante consigue referirse a Cicerón mediante la descripción ambigua “el famoso orador romano,” el uso referencial de un nombre propio debe involucrar otro mecanismo aparte del de las descripciones sancionadas. Además, el proceso de confirmar si una descripción está sancionada o no para un nombre propio sigue siendo totalmente misterioso. Sin embargo, es más probable que en esta ocasión el hablante simplemente no consiga referirse a Cicerón mediante esta descripción ambigua, por lo cual es poco creíble que el uso referencial de los nombres propios proceda mediante un sistema de descripciones sancionadas tal y como sostiene Tomasini.

En otras palabras, si se analiza el sentido de un nombre propio en términos de un sistema multidimensional (cf. sección 3.2), dos hablantes pueden captar de dos formas distintas el mismo sentido al tiempo que consiguen referirse al mismo objeto. Por tanto, el conjunto de lo que sabe cada uno de los dos hablantes acerca del mismo objeto no tiene por qué coincidir para que los dos consigan referirse a aquel objeto, lo cual proporciona una explicación de ciertos malentendidos comunes como el caso del Dr. Gustav Lauben que analiza Frege (Frege, 1956, p. 297): tanto Herbert Garner como Leo Peter designan a la misma persona con el nombre propio ‘Dr. Gustav Lauben,’ aunque no se dan cuenta de que lo están haciendo, porque cada uno sabe cosas distintas acerca del Dr. Gustav Lauben. Por otro lado, si el sentido de un nombre propio comparte una dimensión con el sentido de un segundo nombre propio, pero estos dos nombres se refieren a dos objetos distintos, un hablante puede captar el sentido del primer nombre de la misma forma que otro hablante capta el sentido del segundo nombre mientras que cada uno se refiere a un objeto distinto. En otras palabras, el conjunto de lo que sabe cada uno de los dos hablantes acerca de los dos objetos podría coincidir mientras que los dos consiguiesen referirse a dos objetos distintos. Además, en este caso parece claro que los dos hablantes no sabrían que se refieren a dos objetos distintos.

Este segundo caso es el tratado por el experimento mental de *Twin Earth* de Putnam, pero el experimento también arroja luz al enigma aquí tratado, esto es, ¿cómo es posible que un hablante como Pierre está dispuesto a asentir a dos oraciones que involucran dos nombres propios codesignativos y que expresan proposiciones contradictorias acerca del objeto al que se refieren ambos nombres sin saber que los nombres involucrados se refieren al mismo objeto, y por tanto que las proposiciones que expresan las oraciones son contradictorias? Una vez más, el mismo Frege identifica este problema en el contexto de su análisis del caso del Dr. Gustav Lauben (Frege, 1956, p. 298): es posible que Herbert Garner tome por verdadero la oración “El Dr. Lauben ha sido herido,” mientras que él, inducido a error por información falsa, toma por falso la oración “Gustav Lauben ha sido herido.” La explicación de este fenómeno en el marco de la teoría de Frege es que, a pesar de que las dos oraciones aseveran lo mismo acerca de la misma persona,

el sentido de la primera oración es distinto al de la segunda, y por tanto que el mismo hablante puede tomar por verdadero el primer sentido mientras que toma por falso el segundo. El experimento mental de *Twin Earth* sugiere otra explicación y subraya una limitación importante en lo que un hablante puede saber de lo designado por un nombre propio, una limitación que también destaca Frege cuando afirma que el sentido de un nombre propio sólo sirve para iluminar parcialmente el objeto que designa el nombre, y que ningún hablante logra nunca un conocimiento completo de lo designado por un nombre propio (Frege, 2000, p. 46).

5. EL LONDRES GEMELO

Las reflexiones de la sección 4.2 en torno al principio desentrecomillador sugieren que las creencias contradictorias en las que acaba el enigma de Kripke estriban en una ambigüedad latente en las creencias que atribuimos a Pierre mediante este principio. Tanto Sosa como Orayen y Tomasini localizan la raíz de la ambigüedad en el sentido de las oraciones a las que asiente Pierre y que sirven como base de nuestras atribuciones de creencia, y en última instancia en el sentido de los nombres propios que intervienen en estas oraciones. El problema de fondo, según Sosa, es que el principio desentrecomillador no puede distinguir dos oraciones que tienen dos sentidos distintos, introduciendo así ambigüedades en las atribuciones de creencia basadas en estas oraciones. A diferencia de Sosa, Orayen afirma que las creencias de Pierre no son necesariamente contradictorias, pero esta línea de razonamiento también se basa en la ambigüedad que el sentido de un nombre propio puede introducir en las oraciones que fundamentan la atribución de estas creencias por medio del principio desentrecomillador (cf. (Orayen, 1994, p. 123–125)). Por otra parte, el enfoque kripkeano-fregeano-russelliano que respalda Tomasini abre la posibilidad de localizar la ambigüedad en un componente indexical de los nombres propios, pero Tomasini rechaza esta opción al afirmar que los nombres propios tienen por necesidad la función de descripciones encubiertas en los contextos psicológicos. Por tanto, en lo que concierne al enigma aquí tratado, el enfoque de To-

masini se torna un enfoque fregeano-russelliano que localiza la ambigüedad latente en nuestras atribuciones de creencia en las descripciones que encubren los nombres propios que intervienen en ellas.

En cuanto a la presencia de una ambigüedad latente en las creencias que atribuimos a Pierre, estos autores están en lo cierto, pero es un error señalar los sentidos distintos de los nombres propios como el origen de esta ambigüedad. Sentidos distintos pueden explicar por qué Pierre cree que Londres, en el sentido de *Londres*, es bonita a la vez que cree que Londres, en el sentido de *London*, no lo es, pero no pueden explicar cómo Pierre puede creer que Londres, la ciudad de Londres, Inglaterra, es bonita a la vez que cree que Londres, la ciudad de Londres, Inglaterra, no lo es. Más bien, la ambigüedad en las atribuciones de creencia que fundamentan el enigma surge por el entorno en el que se encuentra ubicado Pierre. En concreto, si la ciudad de la que había oído hablar Pierre antes de mudarse a Londres, Inglaterra, fuera Londres, Ontario, una ciudad a la que se referiría tanto él como sus informantes mediante el nombre propio *Londres*, o si Pierre había oído de Londres, Inglaterra, pero después se mudara a Londres, Ontario, una ciudad a la que se referiría tanto él como sus nuevos conciudadanos mediante el nombre propio *London*, las creencias atribuidas a Pierre basándose en las oraciones a las que asiente no serían contradictorias, porque Pierre puede creer que Londres, la ciudad de Londres, Inglaterra, es bonita a la vez que cree que Londres, la ciudad de Londres, Ontario, no lo es sin contradicción alguna. Por supuesto, en esta versión alternativa de la historia de Pierre sigue sucediendo que Pierre cree que Londres, en el sentido de *Londres*, es bonita a la vez que cree que Londres, en el sentido de *London*, no lo es. “Cree *X* que *Y*, en el sentido de *Z*, es *A*” no parece lo mismo que “Cree *X* que *Y* es *A*,” pero la teoría fregeana no los distingue.

Como aclara Putnam, el concepto fregeano de un sentido se fundamenta en dos suposiciones (Putnam, 1975, p. 135–136). La primera suposición es la de que saber el significado de un término, sea un término singular o un término general, es una cuestión de encontrarse en un estado psicológico determinado³¹. En concreto, aunque

³¹El artículo original de Putnam formula la postura resumida aquí centrándose en los términos

el sentido del término pueda ser propiedad común de muchos, un hablante que lo capta experimenta un cambio psicológico, y por consiguiente existe un estado psicológico *estrecho*, esto es, un estado psicológico que sólo presupone la existencia del sujeto al que se le asigna (cf. (Putnam, 1975, p. 136)), que caracteriza el resultado de este cambio psicológico en el hablante. La segunda suposición es la de que el significado, lo que el hablante capta, esto es, el sentido fregeano, determina la referencia del término, y por consiguiente que el mismo sentido implica la misma referencia. Putnam razona que el estado psicológico estrecho resultante del proceso por el que un hablante llega a saber el significado de un término determina por completo su sentido, y por ende que tanto el uno como el otro determinan la referencia del término (Putnam, 1975, p. 137–139). Además, Putnam sostiene que saber el significado de un término *A* involucra tanto captar el sentido de *A* como saber que el sentido captado es el de *A*. Por consiguiente, en el caso de dos términos distintos *A* y *B*, saber el significado de *A* es un estado psicológico estrecho distinto al de saber el significado de *B*, incluso si el sentido de *A* comparte algunas dimensiones con el sentido de *B* de forma que pueden ser captados de la misma forma por el mismo hablante (cf. final de la sección 4); un hablante que captara los dos sentidos de la misma forma nunca llegaría a saber el significado de los

generales que nombran clases naturales y clases de artefactos, y en particular los términos ‘agua,’ ‘aluminio’ y ‘molibdeno,’ ‘haya’ y ‘olmo,’ ‘lápiz,’ ‘silla’ y ‘frasco.’ Putnam afirma que los términos singulares son bien distintos a los términos generales. En concreto, Putnam sostiene que un hablante normal puede utilizar un nombre propio como ‘Cicerón’ de manera adecuada para referirse a la persona real Cicerón incluso si no sabe nada de esta persona, salvo tal vez que sea una persona real que se llame Cicerón, mientras que un hablante normal sólo puede utilizar un término general como ‘tigre’ de manera adecuada para referirse a los tigres en el caso de que sepa bastante acerca de los tigres (estereotípicos) (Putnam, 1975, p. 166–168). Sin embargo, los nombres propios son más similares a los términos generales de lo que parece percatare Putnam, y en particular un hablante normal puede utilizar un nombre propio como ‘Londres’ de manera adecuada para referirse a la ciudad de Londres, Inglaterra, sólo en el caso de que sepa bastante acerca de la ciudad de Londres (estereotípica). Como se intentará mostrar en los párrafos siguientes, los nombres propios incluso evidencian la división del trabajo lingüístico y el componente indexical que Putnam subraya para el caso de los términos generales.

dos términos de la misma forma, porque asociaría el primer sentido con *A* mientras que asociaría el segundo sentido con *B*. Por tanto, puesto que el estado psicológico resultante de entender el significado de un término determina el sentido del término, y a su vez el sentido del término determina la referencia del término, la referencia de *A* puede ser distinta a la de *B* si el estado psicológico resultante de entender el significado de *A* determina un sentido que es distinto al que determina el estado psicológico resultante de entender el significado de *B*³². Por otro lado, dos hablantes no pueden encontrarse en el mismo estado psicológico si uno de estos hablantes entiende el significado del término *A* de un modo determinado mientras que el segundo lo entiende de otro modo distinto. Por tanto, y debido una vez más a que el estado psicológico resultante de entender el significado de *A* determina el sentido de *A*, y el sentido de *A* determina a su vez la referencia de *A*, dos hablantes no pueden encontrarse en el mismo estado psicológico si lo denotado por el uno mediante *A* es distinto a lo denotado por el otro mediante el mismo término *A* (Putnam, 1975, p. 139).

Partiendo de las dos suposiciones antes señaladas que fundamentan el concepto fregeano de un sentido, esto es, la de que saber el significado de un término es una cuestión de encontrarse en un estado psicológico estrecho determinado y la de que el significado determina la referencia del término, Putnam deduce la consecuencia de que no es posible que dos hablantes se encuentren en precisamente el mismo estado psicológico mientras que lo denotado por los dos mediante el mismo término puede ser distinto. Putnam afirma que esta consecuencia de las dos suposiciones es falsa. En un mundo posible ligeramente distinto al nuestro, existe el planeta la Tierra Gemela en lugar de la Tierra. Aquel planeta es igual a la Tierra excepto en lo que concierne a la referencia del nombre propio ‘Londres’: mientras que en la Tierra la referencia de

³²En el caso de que el sentido de *A* comparte todas las dimensiones con el sentido de *B*, esto es, el caso de que el sentido de *A* es igual al sentido de *B*, el estado psicológico estrecho resultante de entender el significado de *A* seguiría siendo distinto al estado psicológico estrecho resultante de entender el significado de *B*, pero estos dos estados psicológicos determinarían el mismo sentido, y por tanto determinarían la misma referencia.

este nombre es una ciudad de Inglaterra que fundaron los celtas, en la Tierra Gemela la ciudad que sus habitantes llaman ‘Londres’ fue fundada por los romanos (gemelos)³³. No obstante, la historia real de la fundación de Londres, Inglaterra, es un completo misterio: no existe ninguna teoría histórica acerca de la fundación de la ciudad. Asimismo, no existe ninguna teoría histórica (gemela) respecto a la fundación de la ciudad que se llama ‘Londres’ en la Tierra Gemela³⁴. Además, la ciudad de Londres, Inglaterra, es idéntica en todos sus aspectos físicos a la ciudad que los habitantes de la Tierra Gemela llaman ‘Londres’: las dos ciudades tienen un palacio que se llama ‘Buckingham,’ etc. Ahora bien, Óscar es un hablante normal del castellano de la Tierra y Óscar Gemelo es su *Dopplegänger* de la Tierra Gemela, un duplicado en apariencia, sentimientos, pensamientos, monólogo interior, etc. (cf. (Putnam, 1975, p. 141)). En particular, se supone que no hay ninguna creencia acerca de Londres, Inglaterra, que acoja Óscar que no acoge Óscar Gemelo acerca de la ciudad que él llama ‘Londres’ (esta situación es realmente plausible, puesto que los rasgos físicos de las dos ciudades son idénticos, lo que incluye que cada habitante de la una tiene un *Dopplegänger* en la otra, y ni el uno ni el otro conoce nada acerca de la fundación de sus ciudades respectivas). Sin embargo, la referencia del nombre propio ‘Londres’ en el idiolecto de Óscar es Londres, Inglaterra, la ciudad de la Tierra, mientras que la referencia del mismo nombre en el idiolecto de Óscar Gemelo es la ciudad de la Tierra Gemela fundada por los romanos (gemelos). Por tanto, la referencia de un nombre propio en el idiolecto de un hablante no puede ser una función sólo de su estado psicológico: deben intervenir otros factores en cómo se fija la referencia de un nombre propio. Como comenta Burge,

³³La exposición de este experimento mental se adapta aquí al caso específico de los nombres propios.

³⁴La fundación de Londres, Inglaterra, está en realidad envuelta en un halo de misterio, pero no es cierto que no se hayan propuesto teorías que afirman haber revelado quiénes fueron los fundadores originales. Una de estas teorías propone que la ciudad de Londres, Inglaterra, fuera fundada por los celtas, y en el experimento mental presentado en el texto de arriba se supone que esta teoría es verdadera, aunque nadie en la Tierra lo sabe (nadie siquiera conoce la teoría). Asimismo, en dicho experimento mental se supone que la ciudad que los habitantes de la Tierra Gemela llaman ‘Londres’ fue fundada por los romanos (gemelos), aunque ningún habitante de la Tierra Gemela lo sabe.

una explicación completa del modo de darse lo designado por un nombre propio, esto es, el efecto que tiene el objeto en las representaciones cognitivas que acumula un hablante, puede ser insuficiente para establecer que un objeto determinado sea el sujeto de nuestras afirmaciones; la individuación del objeto en cuestión depende no sólo de la información que el hablante posee sobre ello, sino también de las relaciones contextuales no conceptuales que vinculan al hablante con el objeto y que van más allá de lo que el hablante capta (Burge, 1977, p. 357–358).

Con el experimento mental de la Tierra Gemela, Putnam parece demostrar que las dos suposiciones que fundamentan el concepto fregeano del sentido de un nombre propio son incoherentes. Con el fin de dar cuenta de los resultados de su experimento en el caso de los términos generales, Putnam propone una división del trabajo lingüístico, una división que refleja la división del trabajo en general que sucede en una comunidad de hablantes (cf. (Putnam, 1975, p. 144–146)) y que obra conjuntamente con un componente indexical inadvertido (cf. (Putnam, 1975, p. 146–152)) para fijar la referencia de estos términos. Además, Putnam cuenta con el hecho de que un término general no sea un término indexical puro para apoyar la conclusión de que la incoherencia detectada en el concepto fregeano del sentido se localiza en la primera suposición, y no en la segunda, y que por ende se debe rechazar esta primera suposición (Putnam, 1975, p. 165). No obstante, la división del trabajo lingüístico y el componente indexical inadvertido que identifica Putnam en los términos generales parecen extenderse a los nombres propios, por lo cual saber el significado de un nombre propio no puede ser sólo una cuestión de encontrarse en un estado psicológico determinado.

Según la teoría de Putnam, un término general como ‘agua’ tiene un componente indexical que se evidencia cuando se considera una oración como “Esto es agua.” Lo que quiere decir un hablante cuando la afirma sinceramente bajo condiciones normales (quizá acompañándola de algún tipo de gesto o seña que aclare el “esto” de la oración si el hablante lo considera necesario para evitar confusiones) es que algo puede considerarse lo denotado por el término ‘agua’ sólo en el caso de que sea idéntica al esto indicado en este lugar, en este momento. Ahora bien, en una comunidad lingüística la

división del trabajo lingüístico implica que existen grupos de hablantes expertos que fijan la relación de identidad que exige el componente indexical de un término como ‘agua’ (Putnam, 1975, p. 142). En el caso del término ‘agua’ tal y como lo usa un hablante terrestre normal bajo circunstancias normales, los hablantes expertos son los químicos terrestres y las mejores teorías químicas que han formulado les proporcionan una relación de identidad que dicta que algo es agua sólo en el caso de que sea una molécula que comparta la estructura H_2O . En otras palabras, la sustancia que típicamente se llama agua en la Tierra tiene una estructura oculta que los mejores químicos terrestres han revelado como la molécula H_2O . Por tanto, puesto que estos hablantes expertos fijan la relación de identidad por la cual algo se considera agua (y también, es de suponer, procedimientos científicos para determinar si una molécula concreta es H_2O), los químicos terrestres establecen que la referencia del término ‘agua’ es la clase natural de todas las moléculas del universo que comparten la estructura oculta H_2O .

Normalmente, si la referencia de un término general que se acuña en la Tierra tiene una estructura oculta que la ciencia puede revelar, es esta estructura la que determina si algo es un miembro o no de la clase natural que denota el término, y lo determina no sólo en este mundo, sino en todo mundo posible (cf. (Putnam, 1975, p. 160)). No obstante, es importante destacar que la situación epistémica de la comunidad que encarna un grupo de expertos como los químicos terrestres puede comprender equivocaciones: es posible que una teoría química del futuro más completa que la actual descubra que el agua no tiene la estructura H_2O después de todo, que la referencia del término ‘agua’ en realidad se precisa por medio de una relación de identidad muy distinta a la actual. Un cambio en la relación de identidad así podría producir cambios en lo que la comunidad admite como miembro de la clase natural que denota el término: sustancias que la ciencia actual clasifica como agua podrían tornarse no agua según la nueva ciencia, y viceversa. Pero no por este cambio en la relación de identidad cambiaría la referencia del término ‘agua.’ Las mejores teorías científicas de los expertos sólo indican cómo identificar la esencia de la referencia del término, es decir, cuándo puede decirse que algo es idéntico o no a lo denotado por el término ‘agua.’ Por el componente indexical del

término, y suponiendo que el agua tiene una estructura oculta, que es el caso según la ciencia actual, la referencia del término ‘agua’ es siempre lo que comparte la estructura oculta de los ejemplos normales del agua señalados en este lugar, en este momento, sea lo que sea aquella estructura³⁵.

Ahora bien, si se interpreta una oración como “Esta ciudad es Londres” a la luz de la teoría de los términos generales de Putnam, lo que quiere decir un hablante cuando la afirma sinceramente bajo condiciones normales es que una ciudad puede considerarse la ciudad denotada por el nombre propio ‘Londres’ sólo en el caso de que sea idéntica a esta ciudad en este lugar. Según esta interpretación los nombres propios también evidencian un componente indexical. Además, si la estructura oculta de un objeto es el factor principal que determina lo que puede suponerse del objeto en una situación contrafáctica (cf. (Putnam, 1975, p. 160)), la estructura oculta de una ciudad como Londres, Inglaterra, pueden ser sus fundadores: al igual que no existe ningún mundo posible en el que el agua no sea H_2O (si en realidad agua es H_2O), tampoco existe ningún mundo posible en el que Londres, Inglaterra, no fuera fundada por los celtas (si en realidad Londres, Inglaterra, fue fundada por los celtas). Como se ha comentado arriba, es posible que el agua no tenga la estructura H_2O , y en caso de que se diera a conocer su verdadera estructura mediante una ciencia mejor que la actual se diría que resulta que el agua no tiene la estructura H_2O después de todo, que la ciencia actual

³⁵Cabe notar que una nueva ciencia incluso podría descubrir que no hay ninguna relación de identidad que precise la referencia del término ‘agua,’ porque resulta ser, según la nueva ciencia, que los ejemplos normales del agua comparten tantas estructuras ocultas que hablar de *una* estructura oculta deja de tener sentido (cf. (Putnam, 1975, p. 160)), o porque resulta ser que estos ejemplos normales del agua simplemente no tienen ninguna estructura oculta en absoluto (puede ser, por ejemplo, que exista una sustancia que la nueva ciencia llama *anti-agua*, y los ejemplos normales del agua resultan ser sólo ejemplos de la ausencia del anti-agua). En ambos casos, resultaría que los ejemplos normales del agua señalados en este lugar, en este momento, no tuvieran ninguna estructura oculta después de todo, y la nueva ciencia dejaría de utilizar la clase natural correspondiente. En el primer caso, las características superficiales de los ejemplos normales determinarían la referencia del término en el habla normal, pero en el segundo caso, el término dejaría de tener referencia.

se ha equivocado en el asunto. Asimismo, es posible que Londres, Inglaterra, no fuera fundada por los celtas, y en caso de que se diera a conocer sus verdaderos fundadores mediante una teoría histórica mejor que la actual, se diría que resulta que Londres, Inglaterra, no fue fundada por los celtas, que la historia actual se ha equivocado en el asunto. Además, es posible que sea la física y no la química la ciencia que revele la estructura oculta del agua, y asimismo es posible que la historia no sea la que revele la estructura oculta de una ciudad como Londres, Inglaterra, sino que sea la geografía, por ejemplo. En estos casos, la situación epistémica respecto al agua y la situación respecto a la ciudad de Londres, Inglaterra, cambiaría, pero sus estructuras ocultas respectivas no habrían cambiado, y por consiguiente las referencias de los términos ‘agua’ y ‘Londres’ tampoco habrían cambiado: la referencia de ‘agua’ seguiría siendo lo que comparte la esencia de los ejemplos normales del agua por aquí, y la referencia de ‘Londres’ seguiría siendo lo que comparte la esencia del único ejemplo de la ciudad de Londres, Inglaterra. Lo que sí habría cambiado sería la ciencia que determina la naturaleza de la esencia de estos objetos, la ciencia que los hablantes expertos de la comunidad emplean para fijar la referencia de los términos que los denotan. He aquí una vez más la distinción tajante que avala Kripke entre, por un lado, los conceptos metafísicos de necesidad y contingencia, y por otro lado los conceptos epistémicos de *a priori* y *a posteriori* (cf. (Putnam, 1975, p. 151)). El caso del Londres Gemelo muestra que podemos estar en la misma situación epistémica con respecto a dos ciudades distintas mientras que la situación metafísica sea muy distinta (cf. (Putnam, 1975, p. 159–160)).

En suma, tanto en el caso de un término general como ‘agua’ como en el de un nombre propio como ‘Londres,’ la relación de identidad en la que debe entrar un objeto para que caiga en la referencia del término se aclara mediante las mejores teorías de los expertos en la materia apropiada. A pesar de este paralelismo aparente, existe una gran diferencia entre los términos generales y los términos singulares: los términos generales suelen denotar clases de objetos naturales, artificiales, o sociales, mientras que los nombres propios suelen denotar objetos individuales. Por lo tanto, parece ser que los hablantes expertos no necesitan determinar si cae o no otro objeto en la referencia de un

nombre propio como lo necesitan hacer en el caso de un término general: si la referencia del nombre propio ‘Londres’ es la ciudad de Londres, Inglaterra, la referencia de este nombre no puede ser otro objeto. Sin embargo, puede reinterpretarse la referencia de un nombre propio como una clase que tiene sólo un miembro en caso de que el nombre denote, esto es, la clase que contiene el objeto denotado por el nombre. Por otro lado, en caso de que el nombre no denote, la referencia equivaldría a la clase vacía. Bajo esta reinterpretación, tanto un término general como un nombre propio denotan una clase de objetos³⁶.

Ahora bien, como muestra Wittgenstein, si el uso significativo de un término ‘*A*’ en cuanto a su referencia se equipara a darse un hablante a sí mismo una regla del tipo “cuando se usa el término ‘*a*’ se refiere a la clase *B*,” un hablante aislado no puede por sí solo asegurarse de que se refiere a *B* cuando usa el término ‘*a*’ (cf. (Kripke, 1982, p. 1–22)). El problema de fondo es que no existe ningún hecho acerca del estado mental del hablante que justificaría que en su pasado finito siguiera esta regla cuando utilizó el término ‘*a*,’ y por ende no puede existir ningún hecho que justifique que siga esta regla en el presente cuando utiliza este término³⁷. Por tanto, no puede existir ningún hecho

³⁶Sería también posible reinterpretar la referencia de un término general como un objeto único en lugar de una clase natural. En el caso del término ‘agua,’ por ejemplo, sería posible reinterpretar su referencia como el cuerpo difuso en el espacio y en el tiempo de la totalidad de las moléculas de H_2O del universo en lugar de la clase de objetos del universo que comparten la estructura química H_2O (cf. (Quine, 1969, p. 10–11)). En este caso, se reinterpreta un término general como un nombre propio.

³⁷En el transcurso de la vida finita de un hablante aislado sólo puede haberse dado un número finito de ejemplos de objetos que son miembros de la clase que supuestamente denota el término ‘*a*.’ Sin embargo, existe en realidad un número infinito de clases que concuerdan con esta muestra finita de objetos. Tal vez cuando utilizó el término ‘*a*’ en el pasado, el hablante quisiera referirse a una de estas clases alternativas *C* y no a la clase *B*. Por tanto, tal vez el uso significativo del término ‘*a*’ esté regido en realidad por otra regla que dicte que el término ‘*a*’ se refiere a la clase *C*. En el caso de un término general como ‘agua,’ es patente que un hablante no puede encontrarse con todas las muestras espacio-temporales de la clase natural H_2O . El caso de un nombre propio como ‘Londres’ parece un tanto diferente. En concreto, si un hablante se da a sí mismo la regla “cuando se usa el término ‘Londres’ se refiere a la clase unitaria *L*,” parece que aquel hablante sólo necesita haber visto

del estado mental del hablante que identifique a qué se refiere con el término ‘*a*’ o con cualquier otro término en cualquier momento. Es más, no existe ningún hecho que distinga entre el caso en el que se refiere a algo cuando utiliza un término (pero no puede estar seguro a qué se refiere) y el caso en el que no se refiere a nada. Esta situación

una muestra del único miembro de esta clase para haber visto todas las muestras de *L*. No obstante, una muestra de *L* debe ser entendida como una parte del único miembro de *L* con coordenadas en el espacio y el tiempo. El hecho de que el único miembro de *L* es más largo en la dimensión del tiempo que la vida natural de cualquier hablante significa que ningún hablante puede haber visto cada muestra de *L*. Igualmente, si se reinterpreta la referencia del término general ‘agua’ como la clase unitaria cuyo único miembro es el cuerpo difuso en el espacio y el tiempo de la totalidad de las moléculas de H_2O del universo, un hablante sólo necesitaría asimismo haber visto una parte de este cuerpo con coordenadas en el espacio y el tiempo para haber visto todas las muestras de H_2O . A diferencia del cuerpo H_2O , el cuerpo que es el único miembro de *L* es más o menos cohesivo en el espacio y en el tiempo, pero esta diferencia no afecta al paralelismo que se ha intentado establecer entre los términos generales como ‘agua’ y los nombres propios como ‘Londres.’ En el caso de un nombre propio como ‘Aristóteles,’ la extensión en el tiempo del único miembro de la clase unitaria *A* a la que se refiere este término puede no solaparse con la de la vida natural de un hablante. En este caso, parece que el hablante nunca pueda referirse a la clase *A* con el término ‘Aristóteles,’ porque nunca llegará a ver muestra alguna de esta clase. Sin embargo, este caso es igual al de un hablante que quiere referirse a una clase natural que existía en el pasado, pero que ya no existe. Aquí en la Tierra el ejemplo más típico sería una especie que se extinguió antes de que naciera el hablante, pero existen casos parecidos en la química. Algunos de los llamados *elementos sintéticos*, por ejemplo, no existen en la Tierra ni tampoco han podido detectarlos en novae ni en estructuras astronómicas, y aunque pueden sintetizarse en el laboratorio, son radioactivos con una vida media muy corta (generalmente, menos de un día). Por lo tanto, el conjunto de todas las muestras de un elemento sintético como el copernicio, por ejemplo, estará esparcido por el tiempo, y puede que ninguna muestra del elemento se solape con la vida natural de un hablante. Al igual que en el caso de ‘Aristóteles,’ puede que un hablante determinado nunca tenga una posibilidad de ver en el transcurso de su vida natural muestra alguna de la clase natural que denota el término ‘copernicio,’ y por ende que tampoco pudiera referirse a esta clase con este término general. Además, este problema de los términos ‘Aristóteles’ y ‘copernicio’ se reproduce cuando se consideran las dimensiones del espacio. En concreto, un hablante que nunca ha viajado a Londres, y por ende, cuya vida natural nunca se ha solapado en el espacio con Londres, no puede referirse a la clase unitaria *L*, porque en este caso tampoco ha visto muestra alguna de *L* en su vida.

es obviamente intolerable, porque implica que cada lenguaje, cada modo de adquirir conceptos, es imposible, y lo que es más, que es ininteligible (Kripke, 1982, p. 60, 62). Sin embargo, una vez que deje de pensarse que lo esencial en el uso significativo de un término sea la justificación del uso de una regla por un hecho, esta situación intolerable se vuelve inteligible. Wittgenstein rechaza la teoría de la significación basada en las condiciones de verdad de un enunciado que está implícitamente involucrada en la construcción de su argumento y avala en su lugar una teoría de la significación basada en las condiciones de un uso apropiado de un enunciado y en la utilidad que tal uso supone (cf. (Kripke, 1982, p. 73, 77–79, 84–85)). Según esta teoría alternativa, los usos por parte de un hablante de los términos ‘agua’ y ‘Londres’ (o, mejor dicho, los usos de enunciados en los que intervienen estos términos (Kripke, 1982, p. 75, nota de pie 64)) son significativos si existen condiciones bajo las cuales es legítimo usarlos y si estos usos tienen alguna utilidad en nuestra forma de vida. Si se considera a un hablante aislado, las condiciones de un uso apropiado de un enunciado sólo pueden ser las circunstancias bajo las cuales le resulte a este individuo natural e inevitable el uso que en realidad hace del enunciado (Kripke, 1982, p. 87–89). Sin embargo, por el argumento que plantea Wittgenstein, a un individuo aislado toda circunstancia le resultará adecuada para el uso del enunciado debido a que no existe ningún hecho acerca del estado mental del individuo (ni tampoco ningún hecho acerca de su comportamiento externo) que pueda justificar (o desmentir) aquel uso. Por otro lado, si se coloca al mismo individuo en una comunidad de usuarios del mismo lenguaje con la que interactúa, los miembros de esta comunidad aportarán condiciones adicionales que rigen el uso apropiado de un enunciado por parte de este individuo, condiciones que se refieren al uso que hacen aquellos miembros del enunciado en cuestión (Kripke, 1982, p. 89–92). En concreto, una circunstancia para el uso apropiado del enunciado por parte de un hablante es una circunstancia en la cual otro miembro de la comunidad (la mayoría de las veces) haría uso del enunciado. Juntando todas estas condiciones, la comunidad llegará a definir una norma más o menos uniforme (en contraste con una regla rígida) para el uso apropiado del enunciado. En la teoría de Putnam, el papel de los hablantes especialistas en esta

comunidad sería el de dar cuerpo a esta norma en lo relativo a los enunciados y términos especialistas relacionados con su área de pericia. En el caso del término general ‘agua,’ por ejemplo, la norma dicta que bajo condiciones normales es apropiado (la mayoría de las veces) su uso para referirse a lo que comparte una estructura oculta con la materia que llena los lagos en este lugar. Los químicos han aclarado que H_2O es la estructura oculta de la materia que llena los lagos terrestres. En el caso del nombre propio ‘Londres,’ la norma dicta que bajo condiciones normales es apropiado (la mayoría de las veces) su uso para referirse a lo que comparte una estructura oculta con la ciudad que tiene el Palacio de Buckingham en este lugar. Los historiadores han aclarado que la estructura oculta de la ciudad que tiene el Palacio de Buckingham terrestre es que sus fundadores fueron los celtas³⁸. Por lo tanto, el papel de los expertos hablantes de una comunidad en la división del trabajo lingüístico es precisamente el mismo en el caso de un término general como ‘agua,’ que denota una clase natural, que en el caso de un nombre propio como ‘Londres,’ que denota una clase unitaria, a saber, el de establecer mediante una teoría científica a qué clase se refiere un hablante de la comunidad cuando usa el término: una clase natural (o quizá una clase artificial), una clase unitaria o la clase vacía.

Aunque las referencias de los términos que se usan en una comunidad se fijan por expertos, la comunicación significativa normal exige que los hablantes involucrados sepan un mínimo de lo que están hablando (Putnam, 1975, p. 168–169). Si un hablante indica una bola de nieve y le pregunta sinceramente a otro hablante de nuestra comu-

³⁸Cabe notar que lo importante no es que Londres tenga o no una estructura oculta. Más bien, lo importante es que *si* Londres tiene una estructura oculta, sea descubierta o no, aquella esencia es la que determina la referencia del término ‘Londres.’ Si resulta ser que no existe tal esencia, la referencia de ‘Londres’ podría determinarse por un conjunto de características (estereotípicas) superficiales. Asimismo, si la referencia del término ‘agua’ tiene una estructura oculta, aquella esencia es la que determina la referencia del término. De hecho, la ciencia ha revelado una estructura oculta en el caso de la referencia del término ‘agua,’ pero si las cosas hubieran acabado de otro modo, si no existiera ninguna estructura oculta, las características (estereotípicas) superficiales determinarían la referencia de este término (cf. (Putnam, 1975, p. 159–160)).

nidad lingüística: “¿Aquel objeto es un tigre?” le resultará obvio a cualquier hablante normal de nuestra comunidad que aquel hablante no sabe cómo usar el término ‘tigre.’ Putnam afirma que el mínimo que cada hablante necesita saber para comunicarse de modo significativo mediante un término general es el estereotipo asociado con aquel término. La naturaleza de este estereotipo variará según la comunidad lingüística y también según el tema bajo discusión. En el caso del término ‘tigre’ en el habla normal, nuestra cultura exige que un hablante sepa ciertos marcadores típicos de los tigres como condición de un nivel de aptitud mínimo para un uso correcto y significativo del término ‘tigre’ (e.g. que los tigres son felinos, que tienen rayas negras, etc.) Sin embargo, el estereotipo no tiene por qué ser tan robusto como para fijar la referencia del término (Putnam, 1975, p. 166). En particular, en el caso de los tigres un marcador del estereotipo no implica que sea una verdad analítica que todos y cada uno de los tigres tienen la característica indicada por el marcador; ni siquiera que la mayoría de los tigres la tiene ni que los tigres normales la tienen (Putnam, 1975, p. 170) (cf. (Putnam, 1975, p. 176–177)). Asimismo, parece claro que nuestra comunidad lingüística también pide que un hablante sepa ciertos rasgos estereotípicos de la referencia de un nombre propio como condición de un nivel de aptitud mínimo para el uso correcto del nombre. En el caso de nuestra comunidad lingüística, si un hablante indica la Torre Eiffel y le pregunta a su interlocutor sin ironía: “¿Esta ciudad es Londres?” le resultará obvio a cualquier hablante normal de nuestra comunidad que este hablante no sabe cómo usar el nombre ‘Londres,’ porque en el habla normal de nuestra cultura se exige que un hablante sepa ciertos rasgos (estereotípicos) de la ciudad de Londres como condición mínima para el uso correcto y significativo del nombre ‘Londres.’ Además, del mismo modo que los marcadores de un estereotipo de un término como ‘tigre’ no implican que sea una verdad analítica que todos los tigres tienen todas las características indicadas, los marcadores estereotípicos de la ciudad de Londres, Inglaterra, que exige la comunidad para la comunicación significativa acerca de la ciudad de Londres (que tiene el Palacio de Buckingham, que es una ciudad lluviosa, que la comida típica es el *fish and chips*, etc.) en absoluto implican que sea una verdad analítica que la ciudad tenga todas

las características indicadas.

En resumen, los nombres propios parecen compartir con los términos generales tanto el componente indexical inadvertido, la división de la labor lingüística que aclara la referencia de estos términos, y los factores que explican la aptitud individual de los hablantes que los usan en una comunidad lingüística. Por último, la utilidad de usar los términos generales y singulares y los enunciados que constituyen de acuerdo con las condiciones de un uso adecuado estipuladas por la comunidad radica en las expectativas que un individuo de esta comunidad albergará respecto a las interacciones comunicativas en las que participa. En particular, estas interacciones sólo serán previsibles, inteligibles y fiables cuando pueda atribuirse a otros miembros de la comunidad un dominio de los términos que utilizan para comunicarse, esto es, cuando el uso de estos términos que hacen los demás miembros de la comunidad acuerda (la mayoría de las veces) con el uso que haría el mismo individuo si se encontrara en las mismas circunstancias en las que tienen lugar estas interacciones (Kripke, 1982, p. 93). Un individuo que no concuerda con las condiciones colectivas para el uso apropiado del lenguaje que llega a definir la comunidad de la que forma parte se encontrará excluido de las negociaciones del quehacer diario de la comunidad, o bien parcialmente o bien completamente, según la gravedad de su mal uso. De este modo, la comunidad impone restricciones en la atribución de conceptos a sus miembros y asegura así negociaciones comunitarias previsibles e inteligibles. No es el caso de que un hablante use los términos de su comunidad correctamente cuando haya dominado los conceptos correspondientes, sino que la comunidad considera que habrá dominado los conceptos correspondientes cuando use los términos apropiadamente (la mayoría de las veces) (Kripke, 1982, p. 93–95). Este provincianismo en la atribución de conceptos implica que la comunidad sólo estará dispuesta a atribuir creencias a un hablante cuando considere que usa apropiadamente los términos que apuntalan estas atribuciones.

6. EL PROVINCIANISMO DE UNA ATRIBUCIÓN DE CREENCIA

Como recalca Putnam, un auténtico enigma siempre muestra que existe un fallo en la forma en la que hemos venido pensando un tema (Putnam, 1981, p. 35–36). Con su enigma, Kripke quiere convencernos de que existe un fallo en la forma en la que hemos venido pensando el principio desentrecomillador, que no podemos fiarnos de este principio en todos los casos tal y como lo hemos formulado hasta la fecha (Kripke, 1979, p. 269–270). Kripke, por su parte, no intenta diagnosticar la patología que padece, aunque otros autores que comparten sus preocupaciones acerca de este principio han propuesto diferentes diagnósticos. En concreto, Stephen Stich rechaza que el lenguaje de contenido que fundamenta la caracterización de creencias y otros estados mentales en términos de actitudes proposicionales sea apto para una ciencia cognitiva madura (Stich, 1985, p. 135–136). Basándose en un análisis detallado del idioma de las atribuciones de creencia en el contexto de la filosofía de la mente, Stich arma un caso contra el lenguaje de contenido y el principio desentrecomillador que sustenta.

El análisis de Stich reflexiona acerca de la postura que mantiene que una creencia es una relación entre una persona y una instancia codificada de una oración en la mente (Stich, 1985, p. 38). Respecto al enigma, esta postura podría analizar las creencias de Pierre así (véase sin embargo (Stich, 1985, p. 41)): Pierre cree una instancia codificada en su mente de la oración “*Londres est jolie*” y Pierre cree una instancia codificada en su mente de la oración “*London is not pretty*”. Este análisis hace patente que los contenidos de las dos creencias de Pierre son en realidad instancias de dos oraciones completamente distintas sin relación alguna, lo que implica que las dos pueden coexistir en la mente de Pierre sin contradicción (cf. (Stich, 1985, p. 39)). No obstante, cuando nosotros hablamos de las creencias de Pierre decimos que Pierre cree que Londres es bonita y que Pierre cree que Londres no es bonita. Por tanto, este análisis sugiere que la situación de Pierre supone un enigma para nosotros, pero en absoluto un enigma

para Pierre. Sin embargo, queda por explicar la relación entre la oración que utilizamos nosotros para describir el contenido de una creencia de Pierre, por ejemplo “Londres es bonita,” y la oración cuya instancia codificada en la mente de Pierre proporciona contenido a esta creencia, a saber, “*Londres est jolie*” (Stich, 1985, p. 42). Otra cuestión relacionada se centra en cómo identificar que una instancia codificada en la mente de Pierre en realidad corresponde a una instancia de la oración “*Londres est jolie*” (Stich, 1985, p. 43–46).

Un marco plausible que ayuda a abordar estas cuestiones se basa en las propiedades semánticas de las codificaciones que encarnan las creencias en la mente y las propiedades semánticas de las oraciones caracterizadoras correspondientes. En general, cuando nosotros afirmamos que Pierre cree que Londres es bonita afirmamos que Pierre tiene en el cerebro una codificación de una oración que desempeña el papel que se espera de una creencia en la ingeniería psicológica de Pierre, una ingeniería que es, debemos suponer, parecida a la nuestra, y precisamos la creencia en cuestión mediante la oración “Londres es bonita,” porque esta oración es la que utilizaríamos nosotros para expresar la creencia atribuida en caso de que la tuviéramos nosotros (Stich, 1985, p. 74). Por tanto, la creencia que atribuimos es una codificación en el cerebro de Pierre que tiene el mismo contenido que una codificación en nuestro cerebro que identificaríamos como una instancia de la oración “Londres es bonita” en caso de que estuviera presente (Stich, 1985, p. 76). En suma, cuando afirmamos que Pierre cree que Londres es bonita describimos la creencia atribuida relacionándola a una creencia que nosotros potencialmente podríamos tener, a saber, la creencia que identificaríamos mediante la oración “Londres es bonita” (Stich, 1985, p. 79).

Para relacionar la creencia de Pierre con nuestra creencia hipotética no tenemos por qué recurrir a una relación de igualdad estricta entre los contenidos de las dos codificaciones involucradas. Más bien es de esperar que empleemos una relación de similitud que admite una escala de grados (Stich, 1985, p. 86). En concreto, la relación debe permitir que nosotros atribuyamos a Pierre la creencia de que Londres es bonita en un contexto en el que juzguemos que el estado de la ingeniería psicológica de Pierre

concuera con la presencia de la creencia que expresaríamos mediante la oración “Londres es bonita,” es decir, un contexto en el que evaluemos que la actual arquitectura mental de Pierre (toda la red de creencias, deseos, etc. junto con las denotaciones de los términos que utiliza Pierre para expresarlos, y los modelos de interacción causal en los que participan) sea lo suficientemente parecida a la que imaginamos que sería la nuestra si tuviéramos esta creencia, pero que neguemos esta atribución en otros contextos en los que el parecido no nos resulta lo suficientemente persuasivo (Stich, 1985, p. 88–90). En general, cuando nos preguntamos si el estado mental de Pierre es lo suficientemente similar a nuestro hipotético estado para atribuirle una creencia dada, el contexto en el que contemplamos esta pregunta determinará los aspectos de la arquitectura mental de Pierre en los que debemos centrarnos y también el grado de similitud que estos aspectos deben satisfacer para poder atribuirle a Pierre con propiedad la creencia en cuestión (cf. (Stich, 1985, p. 92)). En ciertos contextos, la red de creencias de Pierre o sólo una parte de ella se volverá importante para un juicio acerca de si Pierre tiene la creencia en cuestión, pero en otros contextos puede ser que los modelos de interacción causal de la creencia atribuida, y quizá los de otras creencias relacionadas causalmente, sean lo más importante.

En suma, una atribución de creencia basada en una oración de contenido con propiedades semánticas efectúa una comparación con un estándar, a saber, la creencia que podría tener la persona que hace la atribución (Stich, 1985, p. 136) (cf. (Stich, 1985, p. 158)). Nosotros le atribuimos a otro hablante la creencia de que p si este hablante está dispuesto a asentir sinceramente a “ p ,” y si además p es la creencia que normalmente sustenta una disposición por nuestra parte a asentir sinceramente a la oración “ p .” Para Stich, esta relatividad respecto al observador es poco apropiada para una ciencia cognitiva, porque implica que dos observadores pueden divergir en las creencias que atribuyen al mismo hablante en el mismo momento, o que un observador puede atribuir una creencia a un hablante en un momento determinado mientras que un segundo observador se encuentra incapaz de caracterizar el estado psicológico del mismo hablante en el mismo momento. Además, una ciencia cognitiva que acoja la relatividad

que supone el contenido no será capaz de formular generalizaciones que capturen ni las características compartidas ni las diferenciales en el caso de sujetos que sean distintos en cuanto a ingeniería psicológica de los científicos que realizan las atribuciones de creencia. Por último, el uso de oraciones para caracterizar las creencias de un hablante confiere propiedades semánticas a las mismas creencias con el resultado de que las distinciones que se pueden establecer entre atribuciones de creencia serán demasiado finas para una ciencia cognitiva que pretende explicar y predecir el comportamiento de los hablantes.

El problema de fondo que Stich pone de manifiesto es que el principio desentrecomillador es muy sensible al contexto en cuanto a las atribuciones de creencia que sanciona, mientras que una ciencia cognitiva debe ser indiferente al contexto cuando atribuye estados psicológicos a un sujeto (cf. (Stich, 1985, p. 139, nota de pie)). El contexto al que el principio desentrecomillador es sensible se constituye cuando menos de tres componentes: la red de creencias, deseos, etc. en la que debe encajarse la creencia atribuida; los nexos causales entre estados psicológicos (creencias, deseos, etc.), estímulos sensoriales y eventos conductuales en los que debe participar la creencia atribuida, interacciones causales que se establecen en virtud del contenido de los estados psicológicos involucrados; y el contexto físico-social que determina las denotaciones de los términos que intervienen en la atribución de creencia³⁹. Si Pierre asiente a “Londres es bonita,” nosotros normalmente afirmamos que Pierre cree que Londres es bonita, pero si nos enteramos de que la red de creencias de Pierre en la que debe encajarse la creencia de que Londres es bonita discrepa radicalmente de la que rodearía nuestra creencia de que Londres es bonita, es probable que no estemos dispuestos a atribuirle a Pierre esta creencia después de todo. Asimismo, si Pierre asiente a “Londres es bonita,” pero sospechamos que las interacciones causales en las que participará la creencia de

³⁹En realidad, el contexto abarca todos los factores que influyen en la atribución de un estado psicológico determinado al hablante: el entorno físico en el que se encuentra el hablante, sus rasgos físicos-sociales que incluyen hasta el estilo de vestimenta, su educación percibida (a la que contribuye las palabras mismas elegidas para expresarse), su pronunciación, etc.

que Londres es bonita en la ingeniería psicológica de Pierre se apartan de modo extremo de las interacciones en las que participaría esta creencia en la nuestra, dudaremos en atribuirle a Pierre la creencia de que Londres es bonita. Por último, si nos enteramos de que el objeto al que se refiere el nombre propio ‘Londres’ en la oración a la que asiente Pierre es diferente al objeto al que nos referimos nosotros cuando utilizamos este nombre, o si nos enteramos de que Pierre no se refiere a ningún objeto con este nombre y nosotros sí, dudaremos de lo apropiado de atribuirle a Pierre la creencia de que Londres es bonita.

Por tanto, la respuesta que daremos a la pregunta central del enigma de Kripke, a saber, ¿cree Pierre, o no lo cree, que Londres es bonita?, dependerá del contexto en el que se plantea la pregunta. Si nos preguntamos si China es parecida a Canadá, la respuesta dependerá del contexto: si queremos preguntar acerca de la similitud en masa continental la respuesta será sí, pero si queremos preguntar acerca de la similitud en el sistema político vigente la respuesta será no (cf. (Stich, 1985, p. 86)). Si no se especifica el contexto de la pregunta ¿es China parecida a Canadá? y sabemos que China tiene más o menos la misma masa continental que Canadá, pero que no comparten el mismo sistema político, juzgamos que en cierto modo la respuesta es sí, pero que en cierto modo la respuesta es también no (cf. (Stich, 1985, p. 123)). Asimismo, si sabemos la historia de las hazañas de Pierre y nos preguntamos ¿cree Pierre que Londres es bonita? sin especificar el contexto de la pregunta, juzgaremos que en cierto modo la respuesta es sí, pero que en cierto modo la respuesta es también no⁴⁰.

⁴⁰En general, la oración “Londres es bonita” no será suficiente para identificar la creencia que nosotros potencialmente podríamos tener, ni tampoco por tanto para identificar la creencia que atribuimos a Pierre. Debido a la posible ambigüedad en los términos denotativos que intervienen en una oración cualquiera, hay un número indefinido de creencias que podríamos expresar mediante la oración “Londres es bonita” (cf. (Stich, 1985, p. 82)). Como ya se ha comentado, hay una ciudad con el nombre ‘*London*’ en Ontario, Canadá, y otras tres ciudades con el nombre ‘*London*’ en los estados de Arkansas, Kentucky y Ohio de los Estados Unidos (cf. nota de pie 21). Ahora, si en castellano se pone el nombre ‘Londres’ a cada una de estas ciudades, cuando afirmamos que Pierre cree que Londres es bonita y queremos identificar la creencia que nosotros expresaríamos con la oración “Londres es bonita,” podríamos

Kripke reconoce que pueden existir varias descripciones completas de los hechos que rodean su enigma (Kripke, 1979, p. 259), pero insiste en que ninguna de ellas puede resolverlo, porque ninguna descripción de los hechos puede dar una respuesta satisfactoria a la pregunta central, esto es, ¿cree Pierre, o no lo cree, que Londres es bonita? Kripke parece querer una respuesta a esta pregunta que sea independiente del contexto, pero acabamos de ver que la pregunta carece de sentido a no ser que se haya especificado un contexto. Una vez especificado el contexto, el enigma debe resolverse, y es probable que cada una de las cuatro posibilidades que indica Kripke pueda servir como solución en el contexto adecuado. Desde luego, existen otras posibilidades aparte de las que señala Kripke. Por ejemplo, se podría concluir que los enunciados del enigma concuerdan con un defecto en la red doxástica de Pierre que se manifiesta en la ausencia de su repertorio lingüístico de una disposición a realizar acciones lingüísticas que podría interpretarse como evidencia al asentir al enunciado “*Londres es London.*” En palabras sencillas, a Pierre le falta la creencia de que *Londres es London*⁴¹.

elegir la creencia de que Londres, Ontario, es bonita, o la de que Londres, Inglaterra, es bonita, etc. porque cada una de estas creencias podría expresarse mediante la oración “Londres es bonita” en caso de que las tuviéramos. Sin embargo, cualquier ambigüedad semántica en los términos denotativos de la oración “Londres es bonita” debe resolverse por medio del contexto en el que tiene lugar, tanto si Pierre la afirma tal cual, como si figura en una afirmación nuestra acerca de la creencia de Pierre (Stich, 1985, p. 83–84).

⁴¹Apreciaremos la misma ausencia en el repertorio lingüístico de un monolingüe francés (y también en el de un monolingüe inglés) de una disposición a realizar acciones lingüísticas que podrían interpretarse como evidencia de asentir al enunciado “*Londres es London,*” pero esta situación no nos indicará ningún defecto en la red doxástica de este hablante puesto que el nombre propio ‘*London*’ (‘*Londres*’ en el caso del monolingüe inglés) nunca intervendrá en los enunciados de este hablante. Por otro lado, en caso de una creencia que expresaríamos mediante la oración *p*, pero que es obviamente incompatible con las demás creencias que actualmente tenemos, es todavía posible que atribuyamos esta creencia absurda a un hablante que afirma *p* sin que sospechemos la existencia de un fallo cognitivo grave en él si podemos imaginar que es posible que reemplacemos nuestras demás creencias por otro conjunto de creencias más o menos consistente y no incompatible con la creencia atribuida (Stich, 1985, p. 100). Sin embargo, si es necesario imaginar un conjunto de creencias tan diferente al nuestro para así atribuir una creencia sin caer en la contradicción, socavamos nuestra disposición a utilizar nuestro lenguaje para

Sin embargo, mientras que es cierto que un contexto es necesario para contestar a la pregunta central del enigma, el contexto no determinará por completo nuestra respuesta. Los enunciados que originan el enigma, al fin y al cabo, son las palabras de Pierre, y es correcto que Kripke pregunte acerca de la contribución que hace Pierre a estas palabras independientemente del contexto que utilizamos para fijar la caracterización semántica de las palabras involucradas y la de las creencias que atribuimos. En la sección 8 se analizará cómo el *mundo nocional* del hablante puede caracterizar esta contribución a las oraciones a las que asiente y cómo este mundo ficticio se relaciona con el entorno físico-social en el que se encuentra el hablante para determinar las denotaciones de los términos involucrados en una atribución de creencia. El concepto de un mundo nocional simplifica el análisis del contexto que rige una atribución de creencia debido a que permite que se haga abstracción tanto de la red doxástica en la que debe encajar como de los nexos causales en los que debe participar la creencia atribuida. Por tanto, a partir de ahora se considera el entorno físico-social que determina las denotaciones de los términos involucrados el único componente del contexto que rige una atribución de creencia.

La postura intencional que avala Daniel Dennett hace hincapié en que las adscripciones intencionales que hacemos son siempre relativas a un entorno. Según Dennett, cuando caracterizamos un sistema en términos de creencias y deseos, adoptamos la postura intencional con respecto al sistema, si bien la manera en que interpretamos el contenido de tales estados mentales depende siempre de factores externos al sistema, factores relacionados con la constitución del entorno en el que existe el sistema (Dennett, 1989, p. 17, 31–32) (cf. (Bechtel, 2009, p. 70–72)). Esta perspectiva es la

caracterizar cualquier creencia del hablante (Stich, 1985, p. 101–102). Lo que nos queda es optar por una caracterización antropológica en la que utilizamos el lenguaje del hablante para caracterizar las creencias atribuidas y acompañarlas con una descripción de cómo estas creencias encajan con la forma de vida del hablante (Stich, 1985, p. 103) (cf. (McDowell, 1977, p. 175)). No obstante, la descripción a la que llegamos debe estar avalada siempre por adscripciones de creencia que estén conformes con las acciones del hablante en su conjunto si queremos considerarla acertada.

que adoptamos cuando contemplamos a otra persona en la vida diaria, porque explica por qué el sistema se comporta como se comporta y contribuye a la tarea de predecir con más o menos precisión su comportamiento futuro (cf. (Dennett, 1982, p. 1)). En otras palabras, cuando otro humano habla debemos tratar a este emisor de ruido como un sistema racional que abriga creencias, deseos y otros estados mentales que exhiben intencionalidad, de tal manera que sus acciones se vuelven explicables y predecibles basándonos en el contenido de estos estados (Dennett, 1993, p. 76). Una vez que adoptamos una postura que trata estos sonidos como oraciones que admiten una interpretación semántica, nos comprometemos a una interpretación intencionalista de su etiología, porque decidimos ver los sonidos como los productos de intenciones comunicativas, es decir, la expresión de creencias, deseos, etc. sobre el entorno (Dennett, 1981, p. 180) (cf. (Bechtel, 2009, p. 75)). Por consiguiente, el contenido de estos estados mentales reflejará el entorno en el que existe el sistema, al menos los aspectos del entorno de los que el sistema sea consciente o en los que esté interesado, de modo que hace falta tomar consciencia del contexto físico-social en el que se enuncian palabras para hacer una atribución de creencia acertada basada en aquellas palabras. En particular, cuando se enfrentan a enunciados de boca de otro hablante que *prima facie* resultan absurdos o contradictorios, es casi siempre posible que se imponga una interpretación psicológica coherente a estas acciones lingüísticas mediante una descripción que toma consciencia no sólo de las palabras enunciadas, sino también del contexto físico-social en el que se enuncian.

En general, un agente necesita un modelo más o menos preciso sobre las características y poderes causales de las otras fuerzas que comparten su entorno para poder explicar la experiencia actual, predecir la experiencia próxima y lograr sus metas mediante las acciones provechosas en los momentos oportunos, metas que normalmente estarán relacionadas estrechamente con la supervivencia (Putnam, 1981, p. 39–40). Por supuesto, no podemos estar seguros de que nuestra interpretación del ruido de otro en términos de actos de habla y explicables en términos de actitudes proposicionales dé con la explicación correcta del comportamiento, pero si nuestra interpretación nos

resulta coherente, estable y útil, esto es, si nuestra interpretación nos ayuda a lograr nuestros fines en el mundo físico-social, tenemos una razón para fiarnos de ella. Stich también piensa que es probable que la atribución de creencia basada en el contenido haya sido eficaz y útil para las tareas cotidianas de predecir y manejar las acciones de los congéneres (Stich, 1985, p. 170), pero mantiene que la taxonomía de creencias a la que llega es demasiado estrecha para una explicación científica del comportamiento. Stich aboga por eliminar el efecto del contexto en una ciencia cognitiva mediante la eliminación de una caracterización de la creencia y de los otros estados psicológicos en términos de un contenido semántico y la eliminación del intermediario que este enfoque inevitablemente supone (Stich, 1985, p. 158). Sin embargo, la solución de Stich parece demasiado extrema. Debe ser posible eliminar en una ciencia cognitiva la sensibilidad al contexto que una caracterización de la creencia basada en el contenido introduce al simplemente aislar y eliminar el contexto en esa caracterización. Stich arguye que una ciencia cognitiva que tiene como fin último una explicación sistemática y causal del comportamiento debe formular generalizaciones que sean independientes de cualquier factor que constituya el contexto en el que se produce el comportamiento (Stich, 1985, p. 160–170), pero este estatuto no excluye que se formule una explicación sistemática y causal del comportamiento de un hablante que repose en el contenido de los estados psicológicos atribuidos al agente, siempre que estas atribuciones ignoren el contexto físico-social en el que debe intervenir el estado atribuido. La siguiente sección examinará cómo puede darse el primer paso en esta dirección por medio de un análisis no-descripcionista de la teoría de significación que mantenía Frege.

7. EL SENTIDO Y LA ONTOLOGÍA

En la teoría de Frege tanto un término como un enunciado asertivo completo en el que interviene tienen un sentido que pertenece al mundo de lo captable (cf. sección 3.2). En el caso del enunciado asertivo completo, el sentido es el pensamiento que expresa el enunciado, pero como comenta Dennett, Frege nunca explicó con claridad

en qué consistía captar un pensamiento asertivo (Dennett, 1982, p. 7). No obstante, se puede discurrir una interpretación plausible acerca de qué implica esta operación partiendo de cómo un enunciado llega a expresar el pensamiento que expresa. Para Frege, el enunciado, esto es, un nombre que denota o lo verdadero o lo falso en caso de que denote, es primitivo, y el sentido de un signo es la contribución que hace al sentido de los enunciados en los que el signo puede intervenir (cf. (McDowell, 1977, p. 159)), pero el mero texto de un enunciado, el conjunto de los signos componentes, no siempre llega a expresar un pensamiento, sino que puede ser necesario servirse de ciertas condiciones acompañantes a la emisión del enunciado para la correcta expresión del pensamiento adecuado (Frege, 1956, p. 296) (cf. (Frege, 1956, p. 309)). El criterio para determinar si una condición que acompaña a la emisión del enunciado contribuye al pensamiento que expresa es el mismo que el que determina si un signo componente contribuye al pensamiento que expresa, esto es, el de poder influir en la referencia del enunciado. En concreto, si un cambio en la condición en cuestión puede originar un cambio en el valor veritativo del enunciado, la condición contribuye a la expresión del pensamiento (Frege, 1956, p. 295–296). El conjunto de tales condiciones acompañantes forman parte del contexto del enunciado, y así como son necesarias para la correcta expresión del pensamiento, el conocimiento de estas condiciones será necesario para la correcta captación del pensamiento así expresado. Por otro lado, el contenido de un enunciado asertivo puede ir más allá del pensamiento, sobre todo en el lenguaje que pretende actuar sobre los sentimientos o el estado de ánimo del oyente, o que pretende estimular su imaginación. Las distinciones en la composición que ayuda a dar ambiente o fragancia a un poema, las transformaciones y sustituciones de palabras que ponen de relieve una parte del enunciado, o el empleo de términos que insinúan una oposición con una segunda parte, son componentes de un enunciado—de entre muchos otros—que no afectan al pensamiento que expresa, porque no afectan a lo que es verdadero o falso. Sin embargo, aquí se limita a discurrir sobre lo que es objetivo y captable en el contenido de un enunciado asertivo, esto es, el pensamiento.

John McDowell hace hincapié en este aspecto de la postura fregeana cuando afirma

que el trabajo que una teoría del sentido debe desempeñar es el de asignar contenido al acto de habla que una teoría general de un lenguaje atribuiría a hablantes cuando realizan acciones que representan el habla en ese lenguaje (McDowell, 1977, p. 159–160). La teoría general en la que se encaja la teoría del sentido será adecuada sólo cuando describa estas acciones de modo que se vuelvan inteligibles como actos de habla basados en actitudes proposicionales atribuidas al hablante (McDowell, 1977, p. 168, 178), actitudes que a su vez sólo se vuelven inteligibles a la luz del comportamiento del hablante y teniendo en cuenta el posible impacto del entorno físico-social en la adquisición de las actitudes atribuidas (cf. (McDowell, 1977, p. 184–185)). Por ejemplo, la teoría general debe interpretar un enunciado asertivo sincero que contiene un nombre propio como la expresión, por parte del hablante que lo enuncia, de una creencia acerca del objeto que denota el nombre teniendo en cuenta la historia del hablante en su entorno, y en particular la historia del hablante en lo que concierne a su relación con el objeto denotado (si es que denota algo el nombre) (McDowell, 1977, p. 172–173, 175, 185).

La teoría del sentido que plantea McDowell da el sentido de un nombre propio mediante un axioma que afirma sólo la denotación de ese nombre (McDowell, 1977, p. 161). Un axioma equipado para desempeñar el papel del sentido del nombre propio ‘Hesperus’ tomaría la forma de una cláusula como “El nombre propio ‘Hesperus’ denota Hesperus.” Ahora bien, en el contexto de conocimiento de los principios que establecen la fuerza ilocucionaria de un enunciado en el que aparece este nombre propio, y quizá también de principios de otras partes de la teoría general del lenguaje que no involucran el nombre directamente, el conocimiento de la verdad que expresa este axioma servirá para establecer el contenido del acto de habla que se realiza al hacer una emisión de un enunciado como “Hesperus es un cuerpo autoluminoso,” y por ende servirá para entender este enunciado (McDowell, 1977, p. 162). En cuanto a las implicaciones ontológicas de esta teoría del sentido, el conocimiento del sentido de un nombre propio equivale al conocimiento de una verdad y no de un objeto, y por tanto la ontología de la teoría no tiene por qué rebasar los límites de los nombres y sus denotaciones (McDowell, 1977, p. 163). Cabe subrayar que el conocimiento al que se refiere aquí no es el conocimiento

de que la cláusula “El nombre propio ‘Hesperus’ denota Hesperus” simplemente *expresa* una verdad, porque este conocimiento equivaldría al conocimiento de que ‘Hesperus’ es un nombre que tiene denotación, lo que no sería suficiente para que un hablante mostrara un uso correcto del nombre en sus actos de habla interpretados por una teoría general como acciones lingüísticas acerca de este planeta (cf. (McDowell, 1977, p. 169–170) (McDowell, 1977, p. 180)). Más bien, el conocimiento que permitiría mostrar tal uso es el de la verdad que expresa la cláusula, a saber, el conocimiento de que el nombre ‘Hesperus’ denota Hesperus. Por ende, reconocer que un nombre tiene un sentido no significa en absoluto que este sentido sea del mundo de lo que es perceptible, pero no perceptible por los sentidos, ni que sea un criterio que facilite la identificación del objeto que es la denotación del nombre (McDowell, 1977, p. 165, 170). Sin embargo, y aunque McDowell no atiende explícitamente a este aspecto de la terminología fregeana, puede mantenerse que un hablante capta el sentido de un nombre propio como ‘Hesperus’ si llega a conocer la verdad que expresa la cláusula “El nombre propio ‘Hesperus’ denota Hesperus,” esto es, si llega a conocer que ‘Hesperus’ denota Hesperus. En general, puede mantenerse que un hablante capta el sentido de un nombre propio si llega a conocer la verdad que expresa la cláusula de la teoría que precisa la denotación de ese nombre.

Para McDowell, el sentido de un nombre propio constituye siempre un componente de una teoría más amplia que genera una interpretación en términos de un acto de habla de un tipo determinado con un contenido determinado de qué quiere hacer otro hablante cuando emite un enunciado con este nombre (McDowell, 1977, p. 165–166). De acuerdo con lo dicho al final de la sección anterior, la idea principal es que descripciones adecuadas nos ayudan a entender el comportamiento lingüístico de nuestros prójimos en términos de actitudes proposicionales, y en particular en términos de creencias, lo que a su vez nos ayuda a comprender sus estados psicológicos de manera más profunda (McDowell, 1977, p. 160). En lo que concierne al segundo paso de atribuciones de actitudes proposicionales a una caracterización del estado psicológico de un hablante, se puede establecer una analogía entre la forma de una oración que atribuye una actitud proposicional a un hablante y la forma de una oración que asigna una medida física

a un objeto (Dennett, 1982, p. 7–8). Por ejemplo, al igual que la oración “Pierre pesa mucho” cuenta con un sujeto, un verbo y un adverbio, la oración “Pierre pesa 100 kilos” cuenta con los mismos tres componentes, aunque en esta segunda oración el uso del término ‘100’ en el puesto adverbial para denotar un múltiplo numérico de una unidad métrica proporciona una forma más precisa, sistemática y útil para modificar el verbo. Asimismo, cuando queremos caracterizar una creencia de Pierre mediante la oración “Pierre cree que p ,” el signo p desempeña el papel de un adverbio que denota una proposición (o un pensamiento en la terminología de Frege⁴²).

Si se toma en serio la analogía, un pensamiento es un objeto abstracto del mismo modo que un número es un objeto abstracto, y del mismo modo que un número sirve para medir con más precisión una propiedad física, un pensamiento (proposición) sirve para medir con más precisión una propiedad psicológica (Dennett, 1982, p. 9). Ahora bien, una persona capta un pensamiento si una vez captado ocasiona un cambio en el estado psicológico de esa persona, lo que a su vez debe ocasionar algún cambio detectable en el comportamiento (Dennett, 1982, p. 10). Por tanto, si una alteración en el estado psicológico de una persona debe predecir una alteración en el comportamiento, y si se caracteriza el estado psicológico de una persona mediante atribuciones de actitud proposicional, una alteración en las actitudes proposicionales atribuidas debe reflejar una alteración en el comportamiento. Como consecuencia, las proposiciones (pensamientos) sirven para formular una interpretación perspicaz y sistemática de la psicología de un agente siempre que fundamenten caracterizaciones que predigan con precisión el comportamiento futuro de ese agente. Por consiguiente, parece razonable afirmar que una persona capta cualquier pensamiento que sea la denotación (indirecta) de un signo p que interviene en la expresión verbal de una atribución a aquella persona de una actitud proposicional que caracteriza de modo perspicaz y preciso un elemento de su estado psicológico. Por tanto, Pierre capta el pensamiento que es el sentido

⁴²En el caso de una oración que atribuye una actitud proposicional, el signo p tendrá siempre su referencia indirecta, esto es, lo que habitualmente es su sentido, a saber, el pensamiento que expresa (cf. (Frege, 2000, p. 47)).

de la oración “Londres es bonita” si la oración “Pierre cree que Londres es bonita” contribuye a caracterizar de modo perspicaz y preciso el estado psicológico de Pierre donde una caracterización perspicaz y precisa predice con más o menos exactitud el comportamiento futuro de Pierre.

La teoría del sentido de McDowell discrepa de las teorías que consideren que un sentido es una ruta que el hablante emplea para llegar desde el nombre propio a su denotación (cf. (Dennett, 1982, p. 6)), y junto con el análisis recién expuesto que vincula el pensamiento que expresa un enunciado al comportamiento de quien lo enuncia, ilustra cómo es posible emplear un vocabulario fregeano sin recurrir al mecanismo de descripciones definidas ni a objetos abstractos exóticos. Además, la teoría de McDowell promete proporcionar una teoría general del lenguaje que facilita la curiosa combinación de competencia e ignorancia que bien ilustra el enigma de Kripke. La historia del enigma se centra en dos nombres propios que se refieren al mismo objeto, esto es, la ciudad de Londres, Inglaterra. Nosotros sabemos que tanto *Londres* como *London* se refieren a esta ciudad, pero Pierre ignora la identidad de las denotaciones de estos dos nombres. No obstante, dadas las circunstancias que suscitan las creencias en la mente de Pierre que estos dos nombres sirven para expresar, Pierre es competente tanto en el uso de *Londres* como en el de *London*. Además, es comprensible que otros individuos se encuentren en la misma situación que Pierre, es decir, que ignoren que *Londres* y *London* se refieren a la misma ciudad mientras que son competentes en el uso de estos dos nombres, aunque las razones por las que se encuentran en esta situación sean distintas a las que explican la situación de Pierre. Como pone de relieve el análisis de la sección anterior, el enigma de Kripke no es un enigma acerca de las creencias de Pierre, sino un enigma acerca de cómo nosotros atribuimos creencias a Pierre mediante nuestra teoría general del lenguaje, y es imprescindible que esta teoría, que incluye como un componente una teoría del sentido de los nombres propios, dé cuenta de esta combinación de competencia e ignorancia en el mismo hablante (cf. (McDowell, 1977, p. 175)).

La combinación de competencia e ignorancia en un hablante como Pierre es el resultado de una casualidad idiosincrásica en su historia personal de cómo adquirió el

lenguaje, una casualidad que se manifiesta en la ausencia del repertorio lingüístico de Pierre de una disposición a realizar acciones lingüísticas que podría interpretarse como evidencia al asentir al enunciado “*Londres es London*” (cf. (McDowell, 1977, p. 178)). Por supuesto, Pierre podría adquirir la creencia de que *Londres* es *London* y así corregir su repertorio lingüístico⁴³, pero tal revisión doxástica no permitiría ningún cambio en los sentidos de los nombres propios involucrados. De acuerdo con el análisis de McDowell, una teoría del lenguaje empleará dos sentidos bien distintos para los dos nombres propios *Londres* y *London*, a saber, un axioma del estilo “El nombre propio ‘*Londres*’ se refiere a *Londres*” y otro del estilo “El nombre propio ‘*London*’ se refiere a *London*.” Un cambio que reemplazara el primer axioma con “El nombre propio ‘*Londres*’ se refiere a *London*” (o el segundo axioma con “El nombre propio ‘*London*’ se refiere a *Londres*”) haría que el enunciado “*Londres es London*” en boca de Pierre o de cualquier otro hablante se volviera absurdo, porque expresaría la creencia de que *Londres* es *Londres* (o que *London* es *London*), y en absoluto la creencia de que *Londres* es *London* (cf. (McDowell, 1977, p. 164)). Por otro lado, el cambio también haría absurdo interpretar el enunciado “*Londres est jolie*” de boca de Pierre como la expresión de la creencia de que Londres es bonita a la vez que se interpreta el enunciado “*London is not pretty*” como la expresión de la creencia de que Londres no es bonita por la obvia contradicción que suponen estas interpretaciones. Asimismo, una teoría del lenguaje que contara con dos cláusulas que afirman que tanto *Londres* como *London* se refieren a Londres—la misma ciudad: Londres, Inglaterra—o bien haría que ciertos enunciados se volvieran absurdos o bien que surgieran interpretaciones absurdas.

⁴³No es inevitable que Pierre adquiera esta creencia. Podría continuar hasta el momento de su fallecimiento sin creer que *Londres* es *London* a pesar de las evidencias que se acumularan a favor de esta creencia. Por ejemplo, si nosotros nos encontráramos con Pierre en Londres y le informáramos que *Londres* es *London*, no hay ninguna garantía de que nos creyera. Pierre podría pensar que nosotros estamos confundidos si le resultara imposible conciliar el paraíso que espera de *Londres* con el disgusto que le provoca *London*. Sin embargo, si Pierre adquiriera tal creencia, es de suponer que a su vez le obligaría a revisar o bien la creencia de que Londres es bonita o bien la de que no lo es (o quizá las dos) para así resolver el enigma.

En suma, pese a que nosotros creamos que *Londres* es *London* y que Londres es *London*, y por ende que estos tres nombres propios son codesignativos, nuestra teoría del lenguaje de la que dependemos para atribuir creencias a otros hablantes empleará tres sentidos bien distintos para estos nombres, a saber, un axioma que afirma que ‘*Londres*’ se refiere a *Londres*, otro que afirma que ‘*London*’ se refiere a *London*, y un tercero que afirma que ‘Londres’ se refiere a Londres. Sin embargo, esta teoría del sentido parece introducir tres objetos en nuestra ontología mientras que sólo queremos uno, esto es, la ciudad de Londres, Inglaterra. Así es, pero una teoría del sentido es simplemente un componente en la teoría general del lenguaje, una teoría que incluirá las identidades que agrupan las referencias de estos tres nombres propios en el mismo objeto de acuerdo con lo que esperábamos de nuestra ontología. En el caso de Pierre, aunque comparta con nosotros los mismos axiomas que dan los sentidos de *Londres* y *London*, le falta la creencia de que *Londres* es *London*, y por tanto realmente existen dos objetos distintos en su ontología a los que se refiere mediante los nombres ‘*Londres*’ y ‘*London*.’ En otras palabras, mientras que Pierre y nosotros compartimos los nombres propios ‘*Londres*’ y ‘*London*,’ no compartimos ontologías, pero como se explicará en la siguiente sección, los objetos que constituyen estas ontologías no son objetos reales, sino objetos de un mundo nocional que se construye a partir de las oraciones de un hablante y que en la mayoría de los casos encontrarán correspondencias en el mundo real⁴⁴.

⁴⁴En realidad, cuando atribuimos a Pierre la creencia de que Londres es bonita y la de que no lo es, nos percatamos de que no compartimos ontologías. Mediante el principio de traducción traducimos los dos nombres propios distintos ‘*Londres*’ y ‘*London*’ que intervienen en las oraciones de Pierre al nombre propio único ‘Londres’ que figura en nuestras atribuciones de creencia, lo que equivale a decir que en nuestras atribuciones de creencia reinterpretemos las referencias de Pierre a *Londres* y a *London* como referencias a la misma ciudad de Londres. Al percatarnos de la contradicción que suponen las dos creencias atribuidas y descartando la posibilidad de una irracionalidad por parte de Pierre, concluimos que a Pierre le falta la creencia de que *Londres* es *London*, lo que equivale a decir que las referencias de los nombres propios ‘*Londres*’ y ‘*London*’ no son codesignativos en boca de él. El caso de Pedro y Paderewski es paralelo. En el acto de atribuirle a Pedro la creencia de que Paderewski tenía talento musical y la de que no lo tenía, reinterpretemos las referencias de Pedro a Paderewski, el músico, y a Paderewski, el líder nacionalista polaco, como referencias al mismo

8. MUNDOS NOCIONALES Y MUNDOS REALES

Si lo que significa una oración se equiparara a la proposición (pensamiento en términos fregeanos) que expresa, cada instancia distinta de una oración con un componente indexical tendría un significado distinto según el contexto de la instancia (la persona que la enuncia, el momento en el que se enuncia, etc.) (Dennett, 1982, p. 15–16). Una instancia de la oración sincera “Yo tengo sueño” puede expresar una proposición verdadera acerca de Pierre, mientras que otra instancia puede expresar una proposición falsa acerca de Dennett. Asimismo, si lo que cree Pierre tiene un componente indexical, la proposición que figura en la atribución de creencia acertada que debe aplicarse a Pierre puede depender de un modo crucial de eventos del entorno de Pierre que son muy remotos causalmente hablando y que Pierre desconoce por completo (Dennett, 1982, p. 13). Por ejemplo, si Pierre cree algo que identificaríamos mediante la oración “Yo tengo sueño hoy,” la creencia acertada que se le debe atribuir depende de cómo el entorno resuelve los componentes indexicales ‘yo [tengo]’ y ‘hoy.’ En el primer caso, Pierre sabrá, es de suponer, a qué se refiere el término ‘yo,’ pero es posible que no sepa en que día vive, que piense que hoy es viernes 15 cuando un cronómetro oficial dice que en realidad es sábado 16. En este caso, Pierre no será capaz de identificar la atribución de creencia acertada que debe aplicarse a sí mismo, esto es, no será capaz de caracte-

Paderewski, el músico y líder nacionalista polaco. Al percatarnos de la contradicción que suponen las dos creencias atribuidas concluimos que a Pedro le falta la creencia de que Paderewski, el músico, es Paderewski, el líder nacionalista polaco, lo que equivale a decir que las referencias de los nombres propios ‘Paderewski’ y ‘Paderewski’ no son codesignativos en boca de él. Por tanto, y a diferencia de lo que afirma Kripke, no parece posible generar una versión del enigma que repose sólo en el principio desentrecomillador (cf. (Kripke, 1979, p. 265–266)), porque incluso esta versión monolingüe recurre a un principio que traduce ontologías entre hablantes. Cabe notar de paso que es posible reinterpretar arbitrariamente las referencias de los nombres propios de Pedro o de Pierre siempre que se realicen reajustes compensatorios en las referencias de otros términos, predicados y demás aparatos lingüísticos de modo que las reinterpretaciones sigan concordando con su comportamiento verbal (cf. (Quine, 1969, p. 46–47)).

rizar por medio de una actitud proposicional precisa su propio estado psicológico que predice y explica sus acciones futuras. Por otro lado, si Pierre expresa su creencia con las palabras “Yo tengo sueño hoy,” y nosotros las oímos, nosotros que no hemos ido perdiendo la sensación del tiempo a lo largo de la semana sí somos capaces de concluir con seguridad que Pierre, el hablante que acaba de enunciar estas palabras, tiene sueño hoy, sábado 16. En este caso, seríamos nosotros mejores predictores de las acciones de Pierre que Pierre mismo, porque podríamos identificar la actitud proposicional apropiada que debe aplicarse a Pierre y así caracterizar su estado psicológico con precisión.

Sin embargo, al igual que resulta necesario postular que toda instancia de la oración “Yo tengo sueño” tiene algo en común en cuanto a su significación (cf. (Burge, 1977, p. 357) (Perry, 1977, p. 478)), esto es, algo que cada instancia de la oración contribuye a lo que significa independiente del contexto en el que se encaja (cf. (Perry, 1977, p. 478–480)), resulta necesario postular una manera en que, independiente del entorno en el que los dos individuos se encuentren, Pierre cree lo mismo que Dennett cuando los dos creen algo que identificaríamos mediante la oración “Yo tengo sueño hoy” (Dennett, 1982, p. 16–19). En otras palabras, resulta necesario postular un mecanismo por el cual un organismo con estados psicológicos contribuya a precisar las proposiciones que intervienen en las actitudes proposicionales que caracterizan correctamente aquellos estados⁴⁵.

Dennett arguye que cualquier intento de analizar en términos de actitudes oracio-

⁴⁵De lo expuesto en el primer párrafo de esta sección debe desprenderse que normalmente el organismo sólo puede contribuir a fijar las proposiciones que intervienen en las actitudes proposicionales que caracterizan su estado mental, que no puede determinarlas por completo él solo, porque en general estas proposiciones dependerán de un modo crucial del contexto en el que está inserto, esto es, dependerán de los hechos acerca de la inserción medioambiental-causal-histórica del organismo en el mundo en el que se encuentra integrado (Dennett, 1982, p. 18). Cabe notar que esta inserción medioambiental-causal-histórica no sólo afecta al uso de los signos que denotan individuos y marcadores temporales, sino también al uso de los nombres propios y los signos que denotan clases naturales (siempre que juzguemos que los experimentos mentales del estilo *Twin Earth* analizados en la sección 5 son sensatos).

nales la aportación del organismo a la individualización de las proposiciones que caracterizan sus estados psicológicos se topa con el problema de que las actitudes que se identificarían serían siempre demasiado finas para poder discernir similitudes psicológicas importantes (Dennett, 1982, p. 24, 37). En particular, un sistema de descripción psicológica basado exclusivamente en una sintaxis no podría discernir las similitudes parciales que la psicología querría describir en términos de creencias compartidas. Estas reflexiones conllevan la conjetura de una postura intermedia a mitad de camino entre la sintaxis y la semántica, y Dennett propone las *actitudes nocionales* como el punto intermedio buscado entre las actitudes oracionales y las proposicionales. Una psicología fundada en las actitudes nocionales será útil y perspicaz sólo si consigue caracterizar el estado psicológico de un sujeto tal que dos sujetos con precisamente las mismas actitudes nocionales pueden divergir en las actitudes proposicionales que les caracterizan si los contextos en los que encajan los dos sujetos son distintos, esto es, si la configuración actual del mundo físico-social en el que encaja cada sujeto es distinta en cualquier aspecto que sea pertinente en la individualización de las proposiciones involucradas (Dennett, 1982, p. 38). Además, una psicología de las actitudes nocionales debe poder identificar las actitudes nocionales que comparten dos sujetos cuando se considera que los dos sean parcialmente similares en estado psicológico.

Dennett conceptualiza el conjunto de las actitudes nocionales de un sujeto en términos de un *mundo nocional*, un mundo idealizado inventado por un teórico en su calidad de observador externo. El teórico reconstruye el mundo nocional del sujeto a partir del *texto* que el sujeto suministra mediante las oraciones que enuncia y demás acciones observables que realiza. Al igual que el texto de una obra de ficción literaria estipula la manera en que un mundo ficticio está constituido, esto es, los objetos que lo pueblan, los eventos que suceden ahí y los estados de cosas que son verdaderos o falsos con referencia a este mundo, el texto que suministra un sujeto estipula cómo está constituido el mundo nocional en el que vive el sujeto (Dennett, 1993, p. 79–80). Por tanto, el mundo nocional de un sujeto es una suerte de ficción que contiene objetos nocionales y es el escenario de eventos nocionales con los cuales el sujeto está vinculado mediante las

actitudes nocionales que le atribuye el teórico. En general, los objetos nocionales y los eventos que les acontecen encuentran correspondencias en el mundo real que habita el sujeto, pero es importante destacar que el mundo nocional de un sujeto no equivale al sistema de representaciones del sujeto cuyas propiedades semánticas se fijan mediante un análisis de las relaciones de estas estructuras internas con objetos y eventos del entorno físico-social en el que se encuentra inserto el sujeto, sino que un mundo nocional es un mundo de *representados*, el mundo en el que vive el sujeto y que proporciona las denotaciones (nocionales) de sus representaciones (Dennett, 1982, p. 40–41).

El teórico, en su capacidad de exégeta literario, siempre intentará descubrir la mejor construcción lógica que pueda cuando reconstruye el mundo nocional de un sujeto a partir del texto que le suministra, pero no está obligado a resolver todas las contradicciones que encuentre (Dennett, 1981, p. 185). Más bien, el teórico debe estar dispuesto a encontrar desacuerdos y contradicciones en las actitudes nocionales atribuidas que no pueden resolverse, y el mundo nocional de un sujeto debe incluir todas las identidades erróneas que conllevan además de todos los errores fácticos, las distorsiones y las quimeras que lo afectan (Dennett, 1982, p. 44). Por otro lado, el teórico puede cuestionar al sujeto y explorar con él cualquier incoherencia nocional en un intento de resolverla, y sus investigaciones puede provocar una revisión en el texto, esto es, una adición, una retractación, o una aclaración por parte del sujeto que cambia el texto y por tanto las actitudes nocionales que el teórico está dispuesto a atribuirle⁴⁶.

El hecho de que el mundo nocional de un sujeto se fije desde fuera por un tercero partiendo de hechos objetivos y disponibles para todos hace que el mundo nocional que surge de las investigaciones del teórico equivalga a un postulado teórico estable e intersubjetivamente comprobable acerca del contenido de la mente del sujeto. La des-

⁴⁶El teórico es siempre libre de intentar purificar el texto sin consultar al sujeto que lo suministra si considera que las purificaciones son superficiales (cf. (Dennett, 1993, p. 75)). Por ejemplo, si Pierre afirma “*London his pretty*,” el teórico puede purificar el texto para obtener “*London is pretty*.” No obstante, aparte de estas purificaciones más o menos superficiales del texto que suministra un sujeto, el teórico no está obligado a imponer coherencia en el conjunto de actitudes nocionales que le atribuye.

cripción que constituye el mundo nocional del sujeto es la del teórico, y no la del sujeto. En particular, las introspecciones del sujeto acerca de sus propios estados psicológicos y sus denotaciones últimas no desempeñan ningún papel privilegiado en el proyecto de caracterizar su mundo nocional (cf. (Dennett, 1982, p. 47) (Dennett, 1981, p. 179) (Dennett, 1993, p. 230–231)). Estas introspecciones simplemente formarán parte del texto a partir del cual el teórico reconstruye el mundo nocional del sujeto (Dennett, 1993, p. 83). Ahora bien, aunque un mundo nocional así reconstruido sea un postulado intersubjetivamente comprobable, los objetos que se encuentran ahí son objetos puramente ficticios, y lo que a estos objetos ficticios les acontece son sucesos puramente ficticios (Dennett, 1993, p. 95). Para relacionar el mundo ficticio de un sujeto al mundo real en el que está inserto se emparejan las actitudes nocionales acerca de objetos y eventos nocionales que se le atribuyen al sujeto (determinables a partir del contenido de su mundo nocional) con las actitudes proposicionales correspondientes acerca de objetos y eventos de su entorno físico-social (Dennett, 1982, p. 73). La relación buscada es la que mejor ajuste las actitudes nocionales con las actitudes proposicionales para así establecer una correspondencia entre los estados psicológicos *estrechos* del sujeto y los estados psicológicos *anchos* adecuados.

No obstante, en general no puede esperarse que se encuentre una correspondencia exacta entre actitudes nocionales acerca del mundo nocional del sujeto y las actitudes proposicionales acerca del mundo real. Para que estos dos mundos se ajusten de modo perfecto es necesario que el objeto de cada actitud nocional del sujeto tenga un análogo en el entorno exterior y que este análogo concuerde en sus propiedades con las que especifica el contenido del mundo nocional del sujeto (cf. (Bechtel, 2009, p. 73)). En realidad, es muy probable que el mundo nocional de un sujeto contenga objetos nocionales que no tengan equivalentes en el conjunto de circunstancias que constituye el medioambiente que le rodea. Por otra parte, es también muy probable que el mundo real contenga objetos y eventos que no tengan equivalentes en el mundo nocional de un sujeto, ni tampoco quizá en el mundo nocional de ningún otro sujeto inserto en aquel mundo. En general, además de los estados de cosas que son verdaderos o falsos con

referencia al mundo nocional de un sujeto, existe un gran área que es indeterminada en cuanto a valor veritativo, porque el texto suministrado por el sujeto no se ocupa de los estados en este área. Sin embargo, en cuanto a estos estados que carecen de valores veritativos, un mundo nocional es compatible con cualquier entorno físico-social. Por tanto, habrá en general múltiples entornos físico-sociales con los que una descripción máxima del estado psicológico del sujeto se ajuste bien y el mundo nocional de un sujeto debe concebirse como el conjunto de todos los mundos físico-sociales compatibles con la constitución psicológica del sujeto, esto es, todos los entornos en los que el sujeto encajaría más o menos bien (Dennett, 1982, p. 44).

En general, cuanto más averigua el teórico acerca de los contenidos del mundo nocional de un sujeto, más particular se vuelve el entorno *ideal* del sujeto, esto es, la clase de entornos físico-sociales en los cuales se juzgue que el sujeto mejor encaja dada su constitución psicológica actual (Dennett, 1982, p. 42)⁴⁷. En el caso de un entorno

⁴⁷Una mente habita un entorno físico-social y este entorno actúa sobre la mente mientras que a su vez la mente reacciona ante él (cf. (Dennett, 1982, p. 39)). En el caso de una mente con la capacidad de aprender, esta interacción continua origina en ella un almacenamiento de información acerca de su entorno, una grabación en rastros de memoria tanto de los encuentros particulares como de las lecciones generales. Si el teórico puede discurrir una descripción fiel e íntegra del contenido de este almacén en términos de un mundo nocional, podrá extrapolar los detalles del entorno físico-social al cual se ha ajustado el sujeto, y por ende el entorno al cual esta mente se ajusta mejor. No obstante, el entorno que extrapola el teórico de acuerdo con el estado psicológico del sujeto con todas sus huellas de la experiencia vivida será siempre un mundo *ideal*, esto es, el mundo tal y como le aparenta al sujeto, un mundo que no tiene por qué equivaler en todos los aspectos al entorno en el que vive en realidad (Dennett, 1982, p. 42–43). El mecanismo de un entorno imaginario ideal conserva la moraleja de *Twin Earth* (cf. sección 5): tanto la Tierra como la Tierra Gemela son miembros del conjunto de entornos que son compatibles con el estado psicológico del sujeto terrestre y el de su réplica física en la Tierra Gemela (Dennett, 1982, p. 45–47). Por tanto, una descripción exhaustiva del estado psicológico de un sujeto por el teórico subdetermina la referencia última de sus creencias, y por ende subdetermina también las actitudes proposicionales que las caracterizan. Además, un cambio imperceptible del entorno que habita un sujeto ahora implica un cambio imperceptible en las actitudes proposicionales que caracterizan su estado psicológico. Por ejemplo, si fueran intercambiados instantáneamente el sujeto terrestre y su réplica física en la Tierra Gemela de modo que el cambio de entorno les pasara a los dos totalmente

físico-social dado, si el mundo nocional de un sujeto es compatible con él en todos los estados de cosas que determina, tanto los verdaderos como los falsos, el mundo nocional coincide íntegramente con una porción de este entorno. En este caso, el entorno físico-social en el que está inserto el sujeto proporciona un buen nicho para él. Por otro lado, en el caso de un sujeto muy confuso puede ser que no exista ninguna relación apropiada entre su mundo nocional y el mundo real, y por consiguiente el sujeto encaja mal en el entorno en el que está inserto. Entre estos dos extremos se encuentran los sujetos que están mal informados respecto a algunos aspectos, y en estos casos habrá un área de incompatibilidad entre el mundo nocional del sujeto y el entorno físico-social en el que se halla inserto. En otras palabras, en el caso de que esté mal informado el sujeto sólo un subconjunto de los estados que determina su mundo nocional coincidirá con su entorno físico-social, y el sector que no coincida será una ficción en sentido estricto con

inadvertido, las actitudes proposicionales que caracterizan al sujeto terrestre empezarán a referirse a (las clases de) objetos y sustancias de la Tierra Gemela, y las que caracterizan a la réplica empezarán a referirse a (las clases de) objetos y sustancias terrestres (Dennett, 1982, p. 52). Esta conclusión entra en conflicto con la teoría causal de la referencia, porque el sujeto terrestre no puede tener creencias acerca de un objeto o sustancia de la Tierra Gemela hasta que no haya tenido algún comercio causal con aquella sustancia. Si justo después del cambio de entorno el sujeto terrestre piensa algo que identificaríamos mediante “Yo tengo sed. Me gustaría beber un vaso de agua,” la referencia de los indexicales ‘Yo [tengo]’ y ‘[A mí] me’ siguen refiriéndose al mismo sujeto terrestre de siempre, pero el agua al que se refiere por medio de ‘agua’ no es la sustancia H_2O de la Tierra, sino la sustancia XYZ de la Tierra Gemela (cf. (Putnam, 1975, p. 140–142)), pese a que nunca haya tenido ningún contacto con aquella sustancia. Asimismo, si justo después del cambio de entorno la réplica de la Tierra Gemela piensa algo que identificaríamos mediante “Me gusta Londres,” la referencia del indexical ‘[A mí] me’ sigue refiriéndose a la réplica, pero la ciudad a la que se refiere por medio de ‘Londres’ no es el Londres Gemelo, la ciudad fundada por los romanos (gemelos), sino la ciudad de Londres, Inglaterra fundada por los celtas (cf. sección 5 arriba), pese a que nunca haya tenido ningún contacto con aquel objeto. Por supuesto, ni el sujeto terrestre ni su réplica llegarán a conocer las diferencias en las actitudes proposicionales que les caracterizan como consecuencia del cambio del entorno. Por tanto, arguye Dennett, las actitudes proposicionales que caracterizan a un sujeto no desempeñan ningún papel predictivo en cuanto al comportamiento futuro del sujeto, y por consiguiente tales actitudes no desempeñan ningún papel explicativo en psicología (Dennett, 1982, p. 57).

respecto a aquel entorno (Dennett, 1981, p. 181). Por ejemplo, si se halla Papá Noel en el mundo nocional de un niño, cada actitud nocional que se le atribuya al niño acerca de Papá Noel no tendrá ninguna actitud proposicional correspondiente si el niño se encuentra inserto en el mundo físico-social actual. Si el niño afirma que Papá Noel viene esta noche, se caracteriza el estado psicológico del niño en términos de una actitud nocional que no precisa ninguna actitud proposicional (Dennett, 1982, p. 74). Sin embargo, la caracterización en términos de sólo actitudes nocionales del estado psicológico del niño proporcionará todo el entendimiento que sea necesario para explicar su comportamiento en torno a Papá Noel, el objeto nocional.

Además de caracterizar el estado psicológico de un sujeto determinado, el concepto de un mundo nocional permite describir similitudes parciales en la psicología de dos sujetos distintos. Tales similitudes psicológicas no son los medios que las representan, sino que conciernen a lo que es representado, y puesto que los objetos y eventos representados pueden originarse tanto en la ficción como en la ciencia, tienen que ser objetos y eventos de los mundos nocionales de los dos sujetos (en lugar de objetos y eventos del entorno en el que se encuentran insertos los sujetos) (Dennett, 1982, p. 48). El teórico puede comparar diferentes mundos nocionales con respecto a asuntos importantes o asuntos menudos, tal como puede comparar dos partes diferentes de un entorno físico-social real, o incluso un mundo nocional y un entorno real. Cuando descubre que los mundos nocionales de dos personas diferentes tienen un punto o una región de similitud, puede concluir que estas dos personas comparten una actitud nocional o un conjunto de actitudes nocionales.

En suma, debemos entender así la contribución que hace un sujeto a las actitudes proposicionales que se le atribuyen:

$$\textit{actitud nocional} + \textit{entorno} \rightarrow \textit{actitud proposicional}$$

En el marco de este esquema general, decir que alguien es irracional, que tiene creencias contradictorias, equivale a decir (en parte) que en algún aspecto está mal provisto para tener trato con el entorno que habita, que encaja mal en su nicho (Dennett, 1982,

p. 50). El teórico puede identificar la clase de entornos físico-sociales en los cuales el sujeto mejor encajaría dada su constitución psicológica actual modificando el entorno efectivo, de modo que el mundo nocional del sujeto y el entorno nuevo ideado coincidan integralmente. Sin embargo, en los peores casos de irracionalidad, el teórico puede ser incapaz de inventar un mundo nocional para el individuo, esto es, ningún mundo posible sería un lugar en donde el sujeto encajaría bien, porque será siempre imposible establecer una relación sensata entre el conjunto de actitudes nocionales del sujeto y un conjunto de actitudes proposicionales correspondientes. Lo máximo que podría hacer en estos casos el teórico es ser más descriptivo respecto a la confusión, aunque es siempre posible que la confusión no pueda ser expuesta por ninguna explicación de lo que cree el sujeto; quizá sólo una reproducción de la confusión será correcta (cf. (Dennett, 1982, p. 50, nota de pie 21)). No obstante, en estos casos cualquier descripción del sujeto sería contradictoria, cuando menos parcialmente, y por tanto no podría decirse que fuera un mundo nocional: un mundo nocional es un conjunto de mundos *posibles*, y por tanto no puede tener propiedades contradictorias. Por ejemplo, si a es un objeto en el mundo nocional de un sujeto y el sujeto cree que a es F , se sigue que el sujeto no cree también que a es $no-F$ (Dennett, 1982, p. 87). En el caso de una irracionalidad aguda, el deseado único mundo nocional coherente del sujeto puede ser transformado en múltiples mundos fragmentarios, solapados y en competencia los unos con los otros.

En el caso que presenta el enigma, y basándose en las dos oraciones a las que Pierre está dispuesto a asentir, a saber, “*Londres est jolie*” y “*London is not pretty*,” parece que Pierre alberga dos creencias contradictorias, aunque nos resulta incorrecto tachar a Pierre de ser irracional. Pierre es un hablante normal tanto del francés como del inglés, y no evidencia ninguna falta de racionalidad ni incoherencia en las demás acciones lingüísticas que realiza. Por tanto, a nosotros en nuestro rol de teóricos nos resulta incorrecto decir que el mundo nocional de Pierre está vacío, que no hay ningún entorno físico-social en el que encaje bien. Más bien, Pierre está mal informado. En concreto, a Pierre le falta información acerca de la verdad de la identidad “*Londres es London*,” y esta falta es patente en las acciones lingüísticas de Pierre: si Pierre no

es irracional y asiente tanto a “*Londres est jolie*” como a “*London is not pretty*,” la única interpretación de estas acciones lingüísticas que parece razonable es la de que Pierre no sabe que *Londres* es *London*. Por consiguiente, puesto que Pierre está mal informado, habrá un área de incompatibilidad entre el mundo nocional de Pierre y el entorno físico-social que habita. El entorno de Pierre es en realidad nuestro entorno actual y es fácil identificar el área de desacuerdo entre los dos mundos: en el entorno actual los dos nombres propios ‘*Londres*’ y ‘*London*’ se refieren a la misma ciudad de Londres, Inglaterra, o en otras palabras “*Londres es London*” es una verdad que se obtiene en este entorno, mientras que en el mundo nocional de Pierre los dos nombres se refieren a ciudades distintas, o en otras palabras “*Londres es London*” es una verdad que no se obtiene en este mundo. En síntesis, en nuestro rol de teóricos construimos para Pierre un mundo nocional en el que *Londres* no es *London*.

Pese a que el entorno que habita Pierre en la historia que cuenta Kripke no se ajusta en todos los aspectos al contenido de su mundo nocional, este entorno puede ser en realidad un nicho bastante bueno para Pierre. Siempre que Pierre no discuta acerca de lo bonita que es Londres con un francés que hable inglés y que sepa que *Londres* es *London* (ni con un inglés que hable francés y que tenga la misma información), el área de desacuerdo entre su mundo nocional y su entorno nunca entrará en juego. Ahora bien, la pregunta central de Kripke parece tener respuesta ¿Cree Pierre, o no lo cree, que Londres es bonita? Pierre sí cree que Londres es bonita. Una creencia se caracteriza mediante una actitud proposicional, y según la relación que establece el mejor ajuste entre las actitudes nocionales de Pierre y las actitudes proposicionales correspondientes, el objeto nocional *Londres* corresponde al objeto del entorno físico-social Londres, y Pierre cree que este objeto es bonito. Es más, Pierre también cree que Londres no es bonita, porque la misma relación entre actitudes nocionales y actitudes proposicionales empareja el objeto nocional *London* con el objeto Londres de su entorno físico-social, y Pierre cree que este objeto no es bonito. El modo excepcional en que Pierre está inserto en su entorno hace que los dos objetos nocionales, *Londres* y *London*, correspondan mejor al mismo objeto Londres de aquel entorno, una situación que no es la nuestra,

pero no por eso es contradictoria⁴⁸.

El esquema general propuesto arriba que vincula actitudes nocionales a actitudes

⁴⁸La cuestión acerca de cómo llegó Pierre a tener estos dos objetos nocionales no se analiza en detalle aquí. Al igual que se puede describir lo que está representado en una obra literaria independientemente de una descripción de cómo el autor de la obra lleva a cabo la representación, e independientemente de una descripción de los hechos que explique el origen de la obra (cf. (Dennett, 1993, p. 80)), el teórico puede describir el contenido del mundo nocional de un sujeto partiendo de la ficción que le cuente independientemente de una descripción de cómo el sujeto llega a llenar su mundo con ese contenido. No obstante, y como comenta Dennett, cuando se añaden informes verbales a los informes puramente perceptivo-sensoriales, aumenta la posibilidad de ocasionar un desencajamiento grave entre el mundo nocional de un sujeto y su entorno físico-social efectivo (Dennett, 1982, p. 59–60). En particular, reconciliar las creencias adquiridas mediante el lenguaje con las que surgen como consecuencia de la percepción sensorial puede ocasionar confusiones cuando las creencias convergen en el mismo objeto. Pierre adquirió su creencia de que Londres es bonita o de un libro o de lo que contaron sus compatriotas sobre esta ciudad, esto es, exclusivamente de informes verbales, mientras que adquirió su creencia de que la misma ciudad de Londres no es bonita de informes puramente perceptivo-sensoriales. Tal vez la pregunta problemática del enigma de Kripke surja de un intento de aplicar el mismo conjunto de categorías a dos procedimientos cognoscitivos bien distintos. Por un lado, un procedimiento que sigue los objetos del entorno por medio de un examen más o menos directo de aquellos objetos, lo que permite unas representaciones mínimas de estos objetos. Este procedimiento se asocia con informes puramente perceptivo-sensoriales, y la suma de actitudes nocionales que vinculen el hablante y los objetos nocionales así mínimamente representados en general son insuficientes para predecir de manera fiable el comportamiento futuro del sujeto a propósito de los objetos correspondientes del entorno. Por otro lado, un segundo procedimiento que se asocia con informes verbales sí exige ricas representaciones internas de los objetos del entorno del sujeto, y las actitudes nocionales que suscita en general sirven para predecir el comportamiento futuro del sujeto. Los informes verbales que alimentan este procedimiento pueden ser los de otros hablantes, pero también los del propio sujeto, es decir, los informes verbales que surgen de la reflexión por parte del hablante sobre los objetos nocionales mínimos que genera el primer procedimiento. La realidad de estos dos procedimientos y la posible conexión entre ellos son cuestiones abiertas. A lo mejor son dos componentes de un sistema mental distribuido constituido por múltiples procedimientos paralelos en el que cada procedimiento genera y revisa contenidos que contribuyen a la interpretación de otros contenidos o al comportamiento verbal u otra acción (Dennett, 1993, p. 135) (cf. (Dennett, 1993, Capítulo 9, p.257ff)). En un sistema distribuido así parece razonable suponer que el contenido que genera un procedimiento modulará el contenido que

proposicionales sugiere un principio de relatividad afín a la relatividad ontológica de Quine. Según Quine, preguntar acerca de la denotación de un signo es un sinsentido a no ser que la pregunta se haga en relación con un lenguaje de referencia de fondo (Quine, 1969, p. 48). Este lenguaje de referencia da sentido a la pregunta y equivale a una red lingüística compuesta de todos los términos, los predicados y los demás aparatos lingüísticos que facilitan el habla sensata acerca de la denotación. El principio análogo para la creencia sería: preguntar acerca de si un hablante cree algo es un sinsentido a no ser que la pregunta se haga en relación a un entorno de fondo. Este entorno de fondo da sentido a la pregunta y equivale a un conjunto de todos los objetos reales con todas sus propiedades reales a los que deben corresponder los objetos nocionales del mundo nocional del hablante. Por tanto, preguntar acerca de si Pierre cree que Londres es bonita es un sinsentido a no ser que la pregunta se haga en relación a un entorno de fondo.

El mundo nocional que construimos para Pierre basándonos en las oraciones a las que asiente equivale al conjunto de todos los entornos que proporcionarían a Pierre un buen nicho. Dado su estado psicológico, el nicho perfecto para Pierre parecería ser un mundo en el que hay dos ciudades distintas con los nombres ‘*Londres*’ y ‘*London*’ que tienen precisamente las mismas propiedades que se asocian con los dos objetos *Londres* y *London* de su mundo nocional. Inserto en aquel entorno, el objeto nocional *Londres* se emparejaría con el objeto real *Londres*, y el objeto nocional *London* se emparejaría con el objeto real *London*. En aquel entorno la pregunta central del enigma tendrá una respuesta clara: Pierre cree que *Londres* es bonita, mientras que cree que *London* no lo es; la confusión que es posible en nuestro entorno actual nunca surgirá.

Otro entorno compatible con el mundo nocional de Pierre sería un entorno en el que los francoparlantes se mantuvieran separados lingüísticamente de los angloparlantes y los hispanoparlantes se mantuvieran separados de cada uno de los anteriores sin

genera otro. No obstante, si dos procedimientos en el mismo sujeto generan contenidos que convergen en el mismo objeto de su entorno físico-social, tal vez ocasionen un desencajamiento entre el objeto nocional y sus propiedades nocionales asociadas y sus equivalentes del entorno.

posibilidad de comercio lingüístico alguno entre estos tres idiomas. En este mundo un teórico francés podría construir un mundo nocional francés para Pierre basándose en las oraciones francesas a las que asiente, y un inglés podría construir un mundo nocional inglés para Pierre basándose en las oraciones inglesas a las que asiente. Sin embargo, nosotros no podríamos construir ningún mundo nocional castellano para Pierre, porque sus acciones lingüísticas serían simplemente ruidos para nosotros. En este entorno posible Pierre estaría siempre a salvo de cualquier confusión que le pudiera provocar una falta de información acerca de *Londres* y *London*, porque su mundo nocional francés se mantendría siempre separado de su mundo nocional inglés sin posibilidad de que parte del contenido de uno se pasara al otro. Kripke consideró una solución a su enigma basada en la prohibición de traducciones entre idiomas (Kripke, 1979, p. 263–265), pero la rechazó, sobre todo porque un mundo sin comercio lingüístico alguno entre idiomas distintos no es nuestro mundo (cf. sección 4.1). Nuestro mundo es un mundo en el que las traducciones entre idiomas sí son posibles (aunque la traducción “exacta” entre idiomas es imposible debido a la indeterminación general de la traducción) y como ya se ha comentado arriba, nuestro entorno actual es en realidad el entorno de Pierre. Ahora bien, si se adopta este entorno como el entorno de fondo relativo al cual las preguntas acerca de las creencias de Pierre deben esclarecerse ¿cómo debemos contestar a la pregunta central del enigma?: ¿cree Pierre o no lo cree que Londres es bonita?

9. UNA SOLUCIÓN CONCEPTUAL-RELATIVISTA AL ENIGMA

En un comentario sobre la tercera parte del artículo de Kripke que pronunció en la conferencia original de 1979, Hilary Putnam bosqueja el concepto de múltiples sistemas de descripciones que son formalmente incompatibles, pero que al mismo tiempo proporcionan descripciones correctas de los mismos hechos reales (Putnam, 1979, p. 286–287). En el caso del enigma en concreto, pueden coexistir múltiples descripciones basadas en

un vocabulario psicológico de sentido común (un vocabulario que incluye los términos ‘creer,’ ‘pensar,’ ‘significar,’ etc) que son formalmente incompatibles, pero que a la vez representan múltiples descripciones válidas y correctas de los mismos hechos que conciernen a la situación de Pierre. Por ende, cuando nosotros describimos la situación de Pierre por medio de nuestras atribuciones de creencia, en realidad tenemos una elección entre varias descripciones de los mismos hechos, descripciones que son incompatibles entre sí, pero que son igual de correctas.

Kripke, por su parte, reconoce en su artículo que pueden existir varias descripciones completas de los hechos (Kripke, 1979, p. 259), pero insiste en que ninguna de ellas puede resolver el enigma, porque ninguna descripción de los hechos puede dar una respuesta satisfactoria a la pregunta central: ¿Cree Pierre o no lo cree que Londres es bonita? Sin embargo, Putnam sugiere dos descripciones que sí contestan a la pregunta. La primera descripción precisa que Pierre no sabe que *London* es *Londres*, y conlleva la respuesta de que Pierre cree que Londres no es bonita. En otras palabras, Pierre cree que Londres no es bonita bajo la descripción ‘*London*.’ La segunda descripción precisa que Pierre no sabe que actualmente vive en *Londres* y conlleva la respuesta de que Pierre cree que Londres es bonita. En otras palabras, Pierre cree que Londres es bonita bajo la descripción ‘*Londres*.’ Cabe señalar que las descripciones ‘*London*’ y ‘*Londres*’ aquí no son descripciones en el sentido de una teoría descriptivista de los nombres propios, sino que son dos nombres propios que denotan rígidamente la ciudad de Londres, Inglaterra, pero que figuran en dos descripciones distintas de los hechos que rodean la situación de Pierre—dos descripciones que son incompatibles, pero que al mismo tiempo son igual de correctas⁴⁹. Aun así, hablar de múltiples descripciones correctas pero incompatibles

⁴⁹Para dar una respuesta adecuada a la pregunta acerca de si Pierre cree o no que Londres es bonita será necesario dar una descripción satisfactoria de los hechos acerca del comportamiento lingüístico de Pierre y del estado psicológico que lo subraya en lo que concierne a la ciudad de Londres, Inglaterra. La segunda descripción del texto de arriba precisa que Pierre no sabe que actualmente vive en *Londres* y por tanto que está dispuesto a asentir a “*Londres est jolie*” a la vez que está dispuesto a asentir a “*London is not pretty*.” Es tentador suponer que un hecho del que debe dar cuenta esta descripción es el de que Pierre sabe que actualmente vive en *London*, lo cual implica que Pierre no sabe que *Londres*

parece sólo esquivar de nuevo la pregunta acerca de si Pierre cree que Londres—la ciudad de Londres, Inglaterra—es bonita o no lo cree. Lo que Kripke parece insinuar al insistir en la importancia de esta pregunta es que la ciudad de Londres, Inglaterra, es un objeto del mundo real independiente de Pierre y de cualquier otro hablante, y que por ello el juicio que solicita la pregunta acerca de la actitud de Pierre hacia tal objeto debe tener una respuesta objetiva, esto es, una respuesta que sea independiente de Pierre y de las varias descripciones completas de los hechos que rodean su situación. Sin embargo, Putnam argüiría que no existe ninguna respuesta objetiva del tipo que parece querer Kripke, que la pregunta ni siquiera tiene sentido si no se la refiere a una descripción concreta. No obstante, una vez que se refiera la pregunta a una descripción determinada, la situación precisará la respuesta de manera más o menos clara. Para entender mejor este razonamiento, es necesario examinar con más detalle el concepto de la relatividad conceptual que lo apuntala.

es *London* debido a su racionalidad. Sin embargo, como se explicará a continuación, los hechos son tales sólo relativos a una descripción. Según la segunda descripción, que Pierre sepa que actualmente vive en *London* no es un hecho. En realidad, el término '*London*' ni siquiera aparece en esta descripción. Así como una descripción adecuada de los hechos psicológicos-físicos que rodean una emisión de la oración "Me gustaría beber un vaso de agua" por parte de un hablante es que aquel hablante tiene sed, una descripción adecuada de los hechos psicológicos que rodean una emisión de "*London is not pretty*" no tiene por qué emplear el término '*London*.' Aún así, quizá quede la impresión todavía de que en esta segunda descripción se ha perdido algo, que no puede ser una descripción correcta de los hechos ni que puede ser equivalente a la primera descripción del texto de arriba, sobre todo porque no se reconoce como un hecho del estado psicológico de Pierre el que no sepa que *Londres* es *London*. Sin embargo, una descripción correcta de los hechos psicológicos que rodean el enigma sólo necesita aclarar una respuesta a la pregunta central: ¿cree Pierre o no lo cree que Londres es bonita? Tanto la segunda descripción como la primera aclara la situación y señala la respuesta correcta relativa a aquella descripción. Por otro lado, afirmar que Pierre no sabe que actualmente vive en *Londres* es en realidad otra manera de afirmar que Pierre no sabe que *Londres* es *London*: son dos maneras de expresar lo que parece ser el fundamento del enigma, esto es, que Pierre tiene dos sinónimos en su vocabulario y no sabe que son sinónimos (cf. (Putnam, 1975, p. 192)). Por tanto, la una puede ser la traducción de la otra si tal traducción tiene sentido. No obstante, sería un error afirmar que la una compartiera con la otra algo que se llama el mismo "significado."

9.1. LA RELATIVIDAD CONCEPTUAL

El concepto de la relatividad conceptual se fundamenta en la idea de que no hay una única descripción verdadera de la realidad (Putnam, 1992, p. 110). Un ejemplo muy sencillo que ilustra la esencia de la idea de la relatividad conceptual es el siguiente (Putnam, 1987, p. 18–19): dado un mundo M de tres individuos x_1 , x_2 y x_3 , ¿cuántos objetos hay en este mundo? La solución obvia, pero en modo alguno la única, es identificar ‘objeto’ con ‘individuo’ y concluir que hay tres objetos en el mundo M , tres objetos independientes y no relacionados entre sí. Sin embargo, una solución alternativa es posible si se considera que tanto un individuo como la suma de dos individuos cuentan como objetos. Según esta solución, hay siete objetos en M , a saber, x_1 , x_2 , x_3 , $x_1 + x_2$, $x_1 + x_3$, $x_2 + x_3$, y $x_1 + x_2 + x_3$. Seguramente se podrían idear otras interpretaciones del término clave ‘objeto’ para así llegar a otras soluciones, pero lo importante de este ejemplo es que la respuesta a la pregunta “¿cuántos objetos hay en este mundo?” depende de un modo crucial de cómo se debe interpretar el término ‘objeto,’ lo que, a su vez, depende del esquema conceptual o *versión* (sistema de oraciones) empleado para describir el mundo⁵⁰. En otras palabras, la cantidad y la clase de objetos (y sus propiedades) pueden variar entre dos o más versiones distintas, pero igual de correctas, del mismo mundo real (Putnam, 1992, p. 122).

Mientras que sea cierto que la manera en que se usa el término ‘objeto’ es relativa a una versión, y en cierto sentido una cuestión de convención, una vez aclarado este uso la respuesta a la pregunta “¿cuántos objetos hay en este mundo?” no es en absoluto una cuestión de convención, sino que depende de cómo es el mundo (Putnam, 1987, p. 20). Por tanto, en el ejemplo del mundo M , si se elige la primera versión en la que se identifica ‘objeto’ con ‘individuo,’ hay tres objetos en M , porque éste es el número de

⁵⁰Asimismo, si se expresa esta pregunta como “¿cuántos objetos existen en este mundo?” la respuesta dependerá no sólo de cómo se debe usar el término ‘objeto,’ sino también de cómo se debe usar el término ‘existir.’ Cabe notar que incluso en el caso de un lenguaje lógico-formal no hay estándares para el uso de las conectivas lógicas como, por ejemplo, el cuantificador existencial, que sean independientes de elecciones conceptuales (Putnam, 1987, p. 35–36).

objetos (en el sentido de esta primera versión) que hay en el mundo M (Putnam, 1987, p. 33). Asimismo, si se elige la segunda versión en la que sumas de individuos son objetos también, hay siete objetos en M , porque éste es el número de objetos (en el sentido de esta segunda versión) que hay en el mundo M . Por consiguiente, hay hechos externos e independientes de nuestras descripciones, hechos que no son predeterminados por el uso peculiar y convencional de los términos que intervienen en la versión adoptada para describirlos. Más bien, estos hechos dependen de cómo es el mundo en sí. En el caso del mundo M , una vez adoptada la primera versión, no puede haber otra respuesta verdadera a la pregunta “¿cuántos objetos hay en este mundo?” sino tres. Asimismo, una vez adoptada la segunda versión, no puede haber otra respuesta verdadera a la pregunta “¿cuántos objetos hay en este mundo?” sino siete. Sin embargo, y aunque cada versión proporciona una respuesta distinta a la misma pregunta, cada respuesta es igual de correcta, igual de legítima.

Es más, según el concepto de la relatividad conceptual, simplemente no se pueden describir los hechos del mundo externo si no se adopta una versión. En otras palabras, no hay ninguna descripción de los hechos que sea independiente de toda elección conceptual, y esto por la sencilla razón de que no hay ninguna noción absoluta de qué es un hecho—los hechos también son relativos a una versión. Es por esto que la pregunta “¿cuántos objetos *en realidad* hay en el mundo M ?” no tiene un sentido absoluto que sea independiente de cómo se usan los términos que intervienen en la pregunta, de cuáles son los conceptos en los que reposan la pregunta y su respuesta (Putnam, 1987, p. 20). Asimismo, en lo que concierne al enigma de Kripke, debemos rechazar que la pregunta “¿Cree Pierre, o no lo cree, *en realidad* que Londres es bonita?” tenga un sentido absoluto que sea independiente de cómo se usan los términos que intervienen en la pregunta. Hay un límite fuera del cual las preguntas dejan de tener sentido (Putnam, 1987, p. 19), y por tanto hablar de ‘hechos’ sin especificar el lenguaje que se debe emplear es equiparable a hablar de la nada (Putnam, 1987, p. 36). Además, no está claro que se deba siquiera suponer que se podría describir la realidad de un modo independiente de cualquier descripción (Putnam, 1992, p. 122). Al contrario, parece ser

un enfoque mucho más sensato admitir que no se puede describir el mundo sin describirlo (Putnam, 1992, p. 123), lo que resume la esencia del concepto de la relatividad conceptual.

En suma, cuando se emplea una versión o esquema conceptual se divide el mundo en objetos, y por consiguiente tanto los objetos como los signos son internos al esquema (Putnam, 1981, p. 52). Los signos son las herramientas que se utilizan para construir una descripción del mundo que contiene los objetos que reconoce el esquema, pero estos objetos no surgen sólo del esquema, sino que son un resultado tanto del factor objetivo de la experiencia como de la invención conceptual (cf. (Putnam, 1981, p. 54)). En el caso del mundo M , un individuo puede elegir el esquema conceptual que identifica objetos con individuos para describir la experiencia que tiene de M como “Hay tres objetos,” pero el factor objetivo es lo que hace que esta descripción de M sea una descripción verdadera relativa a este esquema conceptual. A diferencia del realismo metafísico que sostiene que el mundo se constituye de un conjunto fijo de objetos que son independientes de las mentes y que existe una única descripción completa y verdadera de cómo es este mundo (cf. (Putnam, 1981, p. 49)), la relatividad conceptual sostiene que la pregunta “¿De qué tipo de objetos se constituye el mundo?” sólo tiene sentido dentro de un esquema conceptual.

Putnam tiene otros ejemplos algo menos abstractos que el del mundo M para ilustrar esta idea de la relatividad conceptual. Por ejemplo, se puede describir un objeto de la vida común, es decir, un objeto del mundo de objetos de tamaño mediano que habitan los seres humanos (mesas y sillas son los ejemplos de Putnam), de tal manera que sea distinto del sistema científico-físico que lo constituye, o se puede describir el objeto de tal forma que sea idéntico a tal sistema (Putnam, 1992, p. 109–110). Además, en general hay muchas opciones en cuanto a qué se debe considerar que es el sistema al que es idéntico un objeto dado (regiones del espacio-tiempo o agregados de porciones de las historias de diversas moléculas, por ejemplo). Por ende, hay muchas opciones en cuanto a maneras de describir el mismo objeto. Sin embargo, ninguna de estas posibles descripciones del mismo objeto lo describen “tal y como es” en realidad: cada descripción describe la

misma realidad y cada descripción es igual de correcta. Asimismo, se pueden considerar los puntos del espacio como particulares concretos (los “átomos” del espacio) o como límites (formalmente clases de equivalencia de series convergentes de esferas, o conjuntos convergentes de esferas concéntricas, por ejemplo) (Putnam, 1992, p. 115). Sin embargo, estas dos versiones son equivalentes: las predicciones o actos que se obtienen de una versión serán equivalentes a las que se obtienen de la otra⁵¹.

Lo importante de esta exposición de la idea de la relatividad conceptual para el enigma de Kripke es que dos oraciones que parecen incompatibles, consideradas conforme a su gramática superficial, no son necesariamente incompatibles, especialmente si las dos oraciones se interpretan según los conceptos y usos de dos versiones diferentes

⁵¹El fundamento de la relatividad conceptual parece haber estado muy presente también en la física de Richard Feynman. En una biografía reciente de Feynman, Lawrence Krauss introduce mediante la ley de Snell el principio de la mínima acción, el principio que subraya la formulación de la mecánica cuántica de Feynman (Krauss, 2011, p. 9–16). La ley de Snell describe una regularidad en la refracción de la luz (o cualquier onda electromagnética) al atravesar la superficie de separación entre dos medios de densidad distinta. En términos cualitativos, esta ley afirma que la trayectoria del rayo en el medio de mayor densidad se acerca siempre a la línea normal a la superficie en comparación con la trayectoria en el medio de menor densidad. Lo relevante para esta discusión de la relatividad conceptual es que se puede explicar esta regularidad física en el contexto de tres teorías que son distintas en contenido, pero que son equivalentes en todas las predicciones que hacen: una teoría que explica esta regularidad en términos de fuerzas eléctricas y magnéticas en la interfaz entre los dos medios, una teoría que la explica en términos de la característica ondulatoria de la luz, y una tercera teoría que la explica en términos del principio de Fermat que sostiene que el trayecto seguido por la luz al propagarse de un punto a otro es tal que el tiempo empleado en recorrerlo es el mínimo. Aunque estas tres teorías son científicamente indistinguibles en las predicciones que generan, cada una es psicológicamente distinta en el sentido de que cada una sugiere algo diferente a un científico acerca de la naturaleza: la primera teoría revela algo de las características electromagnéticas de las propiedades de los medios, la segunda revela una particularidad de las características intrínsecas de la luz, y la tercera proporciona una percepción profunda sobre la naturaleza del movimiento. Para Feynman, el objetivo central de la ciencia es el de identificar teorías que a primera vista parecen descripciones distintas de los fenómenos físicos subyacentes de interés, pero que en realidad son científicamente idénticas (Krauss, 2011, p. 13–14) (cf. (Krauss, 2011, p. 252)).

(Putnam, 1992, p. 116). En particular, se puede hablar de usos diferentes de los mismos términos entre versiones diferentes, pero no se puede concluir que esta diferencia de uso signifique que una oración de una versión contradiga o no a otra oración de otra versión, incluso cuando los mismos términos figuran en las dos oraciones (Putnam, 1992, p. 119–120). Es más, no se puede concluir que una oración enunciada por una persona mientras hace uso de una versión contradiga otra oración enunciada por la misma persona mientras hace uso de otra versión. En el caso de los puntos del espacio, por ejemplo, dada la oración “los puntos son meros límites,” que proviene de la versión en la que los puntos del espacio son límites, y la oración “los puntos no son límites, sino individuos,” que proviene de la versión en la que los puntos son individuos, no se puede concluir que la una sea incompatible con la otra, que la una contradiga la otra, a pesar de la apariencia de contradicción que ocasiona la gramática superficial de las dos oraciones. Por otro lado, la una puede considerarse la traducción de la otra en la versión a la que pertenece, y en general para cada oración de la versión en la que los puntos del espacio son límites habrá una oración en la versión en la que los puntos son individuos que describirá el mismo estado de cosas en el mundo real y que puede calificarse como su “traducción” en esta versión (Putnam, 1992, p. 117). No obstante, afirmar que existen traducciones entre sistemas de descripción no quiere decir que una oración y su traducción tengan el mismo significado—la noción ordinaria de significado es inútil para abordar tal pregunta. Más bien y a lo sumo, se puede afirmar que si una oración es verdadera en una versión, su traducción en otra versión también es verdadera en esa otra versión (Putnam, 1992, p. 118). En suma, se debe renunciar a la idea de que las oraciones conservan algo llamado su “significado” cuando pasan de una versión a otra (Putnam, 1992, p. 119). Más bien, la idea de “igualdad de significado” aplicada a dos oraciones que provienen de dos versiones diferentes es una relación relativa a los intereses de los individuos involucrados, y supone un juicio normativo respecto a qué es razonable dados estos intereses y el contexto en general (Putnam, 1992, p. 127)⁵².

⁵²Para Putnam, afirmar que una oración es verdadera equivale a una idealización de la aceptabilidad racional, esto es, que la oración podría justificarse bajo condiciones epistémicas ideales (Putnam, 1981,

9.2. LA SOLUCIÓN AL ENIGMA

En general, hay muchas opciones en cuanto a maneras de describir el mismo constituyente del mundo. Sin embargo, ninguna de estas posibles descripciones lo describe “tal y como es” en realidad: cada descripción describe la misma realidad y cada descripción es igual de correcta, siempre que las oraciones del esquema que proporcione la descripción sean verdaderas con respecto a cómo es el mundo que describe. Según el análisis de la sección 8, las adscripciones intencionales que hacemos con el fin de describir los constituyentes del mundo que conocemos como otras personas los caracterizan en términos de sus creencias y deseos acerca de los entornos en los que están insertos. Por tanto, una creencia u otro estado psicológico ancho debe entenderse en términos de un estado relacional que se da entre un sistema intencional y su entorno (cf. (Bechtel, 2009, p. 72–76)). Como recalca Putnam, si nuestro hispanohablante normal Juan de la sección 3.5 está dispuesto a asentir a la oración “Hay una taza de agua en la mesa,” nosotros atribuimos a Juan la creencia de que hay una taza de agua en la mesa, pero esta atribución de creencia no es sólo una afirmación acerca de lo que está pasando en la

p. 55). Según esta postura, que una oración sea verdadera es independiente de la justificación actual de la que goza, pero no es independiente de toda justificación: afirmar que una oración es verdadera es afirmar que podría ser justificada (Putnam, 1981, p. 56). Lo que cuenta como aceptable racionalmente equivale en gran parte a la coherencia: la coherencia entre nuestras creencias teóricas, la una con la otra, la coherencia entre estas creencias teóricas y el mundo tal y como se nos manifiesta como observadores, es decir, mediante nuestras experiencias que nos quedan representadas como creencias experienciales (Putnam, 1981, p. 50, 55). La aceptabilidad racional que fundamenta esta concepción de la verdad debe ser siempre estable: si tanto una oración como su negación podrían acabar justificadas en el mismo esquema bajo condiciones ideales, no tiene mucho sentido siquiera pensar que la oración tiene un valor veritativo. No obstante, se rechaza la postura por la cual ser verdadero es independiente de todo observador. No existe ninguna perspectiva desde el punto de vista de Dios que pudiéramos conocer, sino sólo las perspectivas de personas distintas que reflejan intereses, valores y propósitos distintos promovidos por sus descripciones y teorías. Asimismo, aunque se debe renunciar a la idea de que las oraciones conservan algo llamado su “significado” cuando pasan de una versión a otra, aún es permisible tratar una oración y su traducción como si tuvieran el mismo significado si tal es razonable dado el contexto (cf. (Putnam, 1992, p. 119, nota de pie 19)).

cabeza de Juan, sino una atribución de una capacidad, a saber, la capacidad de referirse al agua con la palabra ‘agua,’ lo que en parte es una afirmación acerca del entorno de Juan y su relación con aquel entorno (Putnam, 1981, p. 27–28). El análisis de la sección 8 aclara esta relación al equiparar una creencia a una actitud proposicional a la cual el hablante contribuye mediante una actitud nocional de acuerdo con el contenido de su mundo nocional.

Ahora bien, un mundo nocional no es más que un esquema conceptual, una teoría intersubjetivamente comprobable ideada por un teórico con el fin de precisar los estados psicológicos estrechos del sujeto en cuestión, estados estrechos que conjuntamente con el entorno físico-social en el que está inserto el sujeto concretan sus estados psicológicos anchos. Como se ha comentado en la sección anterior, tanto los objetos como los signos son internos a un esquema conceptual. Por tanto, resulta fácil precisar la referencia de un signo dentro del esquema por medio del signo mismo (Putnam, 1981, p. 52). En el caso del nombre propio ‘Londres’ de nuestro esquema, este signo se refiere a Londres, la ciudad de Londres, Inglaterra. He aquí el núcleo de la teoría de sentido de los nombres propios de McDowell (cf. sección 7). Como comenta McDowell, la teoría de sentido siempre forma parte de una teoría más amplia del lenguaje, pero esta teoría general del lenguaje a su vez forma sólo una parte de una teoría más amplia aún, a saber, el esquema conceptual que empleamos para describir los hechos del entorno físico-social en el que estamos insertos. Al igual que el de Pierre o el de cualquier otro hablante, nuestro esquema conceptual es un mundo nocional construido objetivamente por teóricos ajenos. Por consiguiente, la verdad que constituye el sentido del nombre propio ‘Londres,’ a saber, “El nombre propio ‘Londres’ se refiere a Londres,” es una verdad que es relativa a este mundo, pero no por eso es una verdad menos objetiva. Asimismo, la operación de captar un sentido es ahora también relativa a un mundo nocional. Hemos captado el sentido de ‘Londres’ cuando conocemos la verdad que equivale a su sentido, a saber, que el signo ‘Londres’ en nuestro mundo nocional se refiere al objeto Londres de este mundo. Una vez captado, este sentido puede intervenir en oraciones que contengan el signo ‘Londres’ para hablar del objeto nocional Londres. Como se ha comentado en la

sección 7, este modelo de lo que podría ser un sentido se mantiene fiel a los escritos de Frege sin la necesidad de recurrir a descripciones ni a objetos abstractos exóticos. Además, es interesante notar de paso que los objetos nocionales de un mundo nocional tal vez sean los objetos más allá del ser o no ser que buscaba Meinong⁵³

Volviendo al enigma, si Pierre está dispuesto a asentir a la oración “*Londres est jolie*,” y nosotros le atribuimos la creencia de que Londres es bonita, entre otras cosas lo que le atribuimos es la capacidad de referirse a *Londres* con el signo ‘*Londres*,’ pero también le atribuimos la capacidad de reconocer que *Londres* es Londres. Asimismo, si Pierre está dispuesto a asentir a la oración “*London is not pretty*,” y nosotros le atribuimos la creencia de que Londres no es bonita, le atribuimos la capacidad de referirse a *London* con el signo ‘*London*’ y la capacidad de reconocer que *London* es Londres. Sin embargo, aunque parece razonable atribuirle a Pierre la capacidad de referirse al objeto *Londres* con el signo ‘*Londres*’ y la capacidad de referirse al objeto *London* con el signo ‘*London*,’ no parece razonable atribuirle la capacidad de reconocer que *Londres* es Londres ni que *London* es Londres. En otras palabras, nuestras atribuciones de creencias aciertan cuando reconocen que el esquema conceptual de Pierre individúa un objeto al que se refiere con el signo ‘*Londres*’ y otro objeto al que se refiere con el signo ‘*London*,’ pero erran cuando afirman que *Londres* es Londres y que *London* es Londres en este esquema, sobre todo porque el esquema conceptual de Pierre no contiene el

⁵³Como se explica en la sección 8, los objetos nocionales de un mundo nocional deben entrar en correspondencia con los objetos del entorno en el que está inserto el sujeto. En el caso de un objeto de pura ficción, como por ejemplo Papá Noel, afirmar que Papá Noel no existe simplemente equivale a afirmar que no hay ningún objeto real con el que puede relacionarse el objeto nocional Papá Noel, aunque es posible idear otros entornos en los cuales sí se obtendrá una correspondencia adecuada, por lo que Papá Noel existiría en aquellos entornos. Asimismo, afirmar que el cuadrado redondo no existe equivale a afirmar que no hay ningún objeto real con el que puede relacionarse el objeto nocional el cuadrado redondo, aunque en este caso debe entenderse que debido a las propiedades contradictorias que supone sería imposible idear un entorno alternativo que proporcionara una correspondencia adecuada que hiciera que tal objeto existiera. En otras palabras, el mundo nocional que cuente con el cuadrado redondo equivale al conjunto vacío.

signo ‘Londres’ ni por tanto ningún objeto que pudiera servir como su referencia. Aun así, parece razonable afirmar que una traducción plausible en nuestro esquema de la oración “*Londres est jolie*” del esquema de Pierre es “Londres es bonita.” No obstante, esta traducción no es la única posible: si podemos atribuir la creencia de que Londres es bonita basándonos en la oración “*Londres est jolie*,” otra traducción de esta oración es la homófona “*Londres est jolie*.” Una vez más, el hecho de que “*Londres est jolie*” pueda traducirse como “Londres es bonita” o como “*Londres est jolie*” no quiere decir que todas estas oraciones tengan el mismo significado. Según la teoría de sentido avalada aquí, hemos captado el sentido del signo ‘Londres’ del mismo modo que lo ha captado Pierre, esto es, tanto Pierre como nosotros conocemos que el signo ‘Londres’ se refiere a *Londres*, pero el esquema conceptual del que forma parte este sentido es diferente en cada caso. En los dos esquemas ‘Londres’ se refiere a *Londres*, pero *Londres* es Londres sólo en el nuestro. Asimismo, en nuestro esquema ‘Londres’ se refiere a Londres, por lo cual no parece razonable afirmar que “Londres es bonita” tenga el mismo significado que “*Londres est jolie*.” Por último, pese a que *Londres* y *London* son dos objetos distintos del mundo nocional de Pierre, en el contexto del entorno físico-social en el que está inserto parece razonable afirmar que estos dos objetos corresponden al mismo objeto Londres, Inglaterra, de su entorno, y también que el objeto nocional Londres de nuestro esquema conceptual corresponde a este mismo objeto, Londres, Inglaterra, del entorno que compartimos con Pierre. Sin embargo, no por ello los nombres propios *Londres* y *London* se vuelven intercambiables *salva veritate* en el mundo nocional de Pierre. La no intercambiabilidad de nombres propios en contextos de creencia que originó en cierto modo el enigma de Kripke ahora se torna inteligible: ‘Londres’ y ‘London’ no son intercambiables en un esquema conceptual a no ser que ‘Londres’ sea ‘London’ en aquel esquema, porque en caso contrario estos dos signos se refieren a dos objetos (nocionales) distintos.

Al final de la sección 8 se hizo explícito un principio de relatividad que debe regular nuestro habla sensata acerca de la creencia: preguntar acerca de si un hablante cree algo es un sinsentido a no ser que la pregunta se haga en relación a un entorno de

fondo que suministre todos los objetos reales con todas sus propiedades reales a los que deben corresponder los objetos nocionales del mundo nocional del hablante. Ahora bien, según la relatividad conceptual los objetos de los que se compone un entorno dependen del esquema conceptual empleado para describirlo. Por lo tanto, nuestras oraciones que atribuyen creencias a un hablante en nuestra teoría acerca de su mente carecen de todo sentido a no ser que se relacionen los objetos nocionales a los que se refieren los términos de las oraciones del hablante en las que se basan estas atribuciones con los objetos reales delineados por un esquema conceptual que describe el entorno de fondo de las mismas. El esquema conceptual que describe el entorno de fondo de estas atribuciones de creencia es nuestro esquema general que empleamos para describir el mundo en toda su extensión, un esquema que contiene como parte de él la teoría de lo que cree el hablante al que atribuimos creencias, y la correspondencia que buscamos entre los objetos nocionales del hablante y los objetos reales del entorno de fondo puede establecerse dentro de este mismo esquema conceptual⁵⁴. Por tanto, aunque el mundo nocional de un hablante es nuestra teoría acerca del contenido de la mente de aquel hablante, nuestro esquema conceptual determina los objetos del entorno físico-social a los que se refieren los términos de las oraciones que componen esta teoría.

Con el concepto de la relatividad conceptual sumado al concepto del mundo nocional se puede construir una solución más detallada al enigma de Kripke que la esbozada al principio de esta sección ¿Cree Pierre que Londres es bonita o no lo cree? Como ha recalcado Putnam, hay un límite fuera del cual las preguntas dejan de tener sentido,

⁵⁴Al igual que una teoría no tiene por qué tener un universo de objetos más estrecho o un vocabulario más restringido que el que tiene una teoría de fondo relativa a la cual se aclara su ontología (cf. (Quine, 1969, p. 61)), tampoco es necesario que nuestra teoría acerca de las creencias de un hablante tenga un universo de objetos más estrecho o un vocabulario más restringido que el que tiene el esquema conceptual que aclara lo que cree exactamente el hablante. En otras palabras, para establecer una correspondencia entre objetos nocionales y objetos reales no es necesario emplear una tercera teoría que comprenda tanto nuestra teoría de las creencias del hablante como la teoría del entorno que lo aclara. En realidad, la correspondencia deseada puede establecerse incluso en el caso de que las dos teorías sean iguales.

y hablar de ‘Londres’ sin especificar el lenguaje que se debe emplear es equiparable a hablar de la nada. Sin embargo, al especificar cómo se debe entender la pregunta, es decir, cómo se usan los términos que figuran en ella, y sobre todo cómo se usa el término ‘Londres,’ la respuesta se vuelve patente. En concreto, si se debe entender el término ‘Londres’ como un nombre propio que se refiere al objeto Londres del entorno físico-social tal y como lo describe nuestro esquema conceptual, un objeto que se vincula al objeto *Londres* del mundo nocional de Pierre en el mismo esquema conceptual, los hechos acerca de la situación de Pierre determinan que la respuesta es afirmativa: Pierre cree que Londres es bonita. Asimismo, si se debe entender el término ‘Londres’ como un nombre propio que se refiere al objeto Londres del entorno físico-social tal y como lo describe nuestro esquema conceptual, un objeto que se vincula al objeto *London* del mundo nocional de Pierre en el mismo esquema conceptual, los mismos hechos acerca de la situación de Pierre determinan que la respuesta es negativa: Pierre no cree que Londres es bonita.

En suma, el enigma de Kripke surge porque los objetos a los que se refieren las oraciones de nuestra teoría de las creencias de Pierre se aclaran relacionándolos con los objetos reales de nuestro entorno tal y como los delinea el esquema conceptual que empleamos para describir este entorno. En concreto, este esquema conceptual identifica los objetos *Londres*, *London* y Londres, y por tanto, una vez aclarados los objetos reales a los que se refieren los términos de nuestra teoría de las creencias de Pierre con referencia a este esquema conceptual, la teoría viene a postular que Pierre cree *en sentido ancho* que Londres es bonita, esto es, que se halla una actitud proposicional que vincula a Pierre y la proposición que expresa “Londres es bonita,” y también postula que Pierre cree *en sentido ancho* que Londres no es bonita, lo que supuestamente contradice la racionalidad de Pierre. Sin embargo, la racionalidad de Pierre sólo se contradice si cree *en sentido estrecho* que Londres es bonita, esto es, si se halla una actitud nocional que vincula a Pierre y lo que expresa “Londres es bonita” en su mundo nocional, y también Pierre cree *en sentido estrecho* que Londres no es bonita. De los hechos de la historia del enigma está claro que se hallan sólo dos actitudes nocionales: la que vincula a Pierre

al objeto nocional *Londres* y la que le vincula al objeto nocional *London*. Debido a que no existe ningún objeto Londres en el mundo nocional de Pierre, está claro que Pierre no cree (en sentido estrecho) ni que Londres es bonita ni que no lo es, lo cual salvaguarda su racionalidad. La racionalidad de Pierre aún puede contradecirse si cree (en sentido estrecho) algo acerca de un objeto nocional mientras que cree (en sentido estrecho) a la vez su negación acerca del mismo objeto nocional, pero no hay ningún indicio en la historia del enigma que indique que Pierre cree una contradicción así. Como indica Perry (aunque emplea una terminología un tanto distinta), es simplemente el hábito de identificar una creencia en sentido estrecho con una creencia en sentido ancho lo que hace que parezca inverosímil que un hablante pueda creer (en sentido ancho) un pensamiento mientras que cree (en sentido ancho) la negación del mismo pensamiento (cf. (Perry, 1977, p. 496)). Siempre que un objeto real corresponda a dos objetos nocionales distintos, un hablante puede creer (en sentido ancho) una cosa sobre el objeto real mientras que cree a la vez (en sentido ancho) la negación de aquella misma cosa sobre el mismo objeto real. Asimismo, es simplemente el hábito de identificar una creencia en sentido estrecho con una creencia en sentido ancho lo que hace que sea plausible el enigma de Kripke. Puesto que tanto el objeto nocional al que se refiere el término '*Londres*' de boca de Pierre como el objeto nocional al que se refiere el término '*London*' de boca de Pierre corresponden al mismo objeto Londres de nuestro entorno físico-social tal y como lo delinea el esquema conceptual que utilizamos para describirlo, la conclusión de que Pierre cree (en sentido ancho) que Londres es bonita a la vez que cree (en sentido ancho) que no lo es no debe parecer inverosímil.

La solución al enigma presentado aquí no niega nuestras prácticas normales de traducción: sigue siendo posible hablar de '*Londres*' como la traducción de '*Londres*' y '*London*.' Esta solución tampoco niega nuestras prácticas normales de atribución de creencias: si un hablante asiente a una oración p , sigue siendo posible afirmar que el hablante cree que p , aunque ahora se exige que se haga una distinción entre afirmar que el hablante cree que p en sentido estrecho y afirmar que el hablante cree que p en sentido ancho. En particular, si un hablante asiente a una oración p , es correcto

afirmar que el hablante cree que p en sentido estrecho, por cuanto los términos de p se referirían a objetos nocionales de su mundo nocional, pero puede ser que no sea correcto afirmar que el hablante cree que p en sentido ancho según el esquema conceptual que se emplee para resolver la referencia de los términos de p respecto al entorno en el que se encuentra inserto el hablante. Por lo tanto, lo que sí exige la solución es que se renuncie a que la pregunta “¿cree Pierre que Londres es bonita?” tenga un sentido absoluto independientemente de cómo se usen los términos que intervienen en ella. Además, la solución niega que la oración “*Londres est jolie*” contradiga la oración “*London is not pretty*,” incluso si se traducen estas oraciones como las oraciones “Londres es bonita,” y “Londres no es bonita,” respectivamente, de una versión española nuestra. Siguiendo lo dicho anteriormente, aunque la gramática superficial de las dos oraciones parece indicar una franca contradicción, no se puede suponer que la traducción de la oración “*Londres est jolie*” que se refiere a un mundo nocional francés a “Londres es bonita” de un esquema conceptual español conserve algo que se llame el “significado.” Del mismo modo, no se debe concluir que “*London is not pretty*” y “Londres no es bonita” tienen el mismo significado. En cada caso, lo máximo que se puede hacer es tratar la primera oración como si tuviera el mismo significado que la segunda oración, pero sólo si el contexto de la traducción y los intereses involucrados dictan que tal tratamiento es razonable.

La primera objeción que se puede formular contra esta solución proviene de una consideración de los requisitos que estipula Kripke acerca de una solución adecuada al enigma (cf. sección 4.1), a saber, que no es ninguna solución proporcionar una descripción de la situación de Pierre que evada la cuestión de si Pierre cree o no que Londres, la ciudad en sí—Londres, Inglaterra—es bonita (Kripke, 1979, p. 259). Por consiguiente, una descripción de la situación que afirma que Pierre asiente a “*Londres est jolie*” y a “*London is not pretty*,” y por tanto que Pierre cree (en sentido ancho) que Londres es bonita y también que Londres no es bonita, pero que estas dos afirmaciones no se contradicen porque el uso del término ‘Londres’ en la primera creencia se vincula al objeto *Londres* del mundo nocional de Pierre mientras que el uso de ‘Londres’ en la se-

gunda creencia se vincula al objeto *London* del mundo nocional de Pierre, simplemente evade la cuestión crítica acerca de si Pierre cree que Londres es bonita o no lo cree. Sin embargo, la relatividad conceptual viene a significar que esta pregunta no tiene ningún sentido absoluto, y que sin aclarar el uso de los términos que intervienen en ella, es una pregunta sobre la nada. En cambio, una vez que se relaciona la pregunta a un esquema conceptual que aclare el uso de los términos, la respuesta se vuelve patente como se ha señalado arriba.

Una segunda objeción que se puede formular contra esta solución concierne a la manera en la que se refieren los términos de la pregunta “¿Cree Pierre que Londres es bonita?” a un esquema conceptual. En concreto, al referirse los términos a un esquema, parece que se asocia un género de concepto con el nombre propio ‘Londres’ por medio del objeto nocional con el que se asocia la referencia real del nombre, un concepto que en realidad determina la referencia de este nombre propio en el mundo real a causa de la dirección de la correspondencia buscada entre objetos nociónales y objetos reales. Por tanto, la solución queda expuesta a las mismas objeciones contra el concepto tradicional de un sentido fregeano que han expresado Kripke y Putnam (cf. secciones 3 y 5). Sin embargo, al referirse los términos de una pregunta a un esquema conceptual, no se asocia ningún concepto con un nombre propio (o con cualquier otro término). Más bien, se relaciona un objeto nocional con un nombre propio en el contexto de una pregunta (u otra oración) con el fin de precisar cómo se debe usar este nombre para que la pregunta tenga sentido y para que se pueda dar una respuesta sensata a la pregunta, sobre todo cuando la pregunta pide una aclaración acerca de las creencias anchas de otro hablante respecto a nuestro entorno tal y como nos lo delinea nuestro esquema conceptual. Además, un objeto nocional es en primer lugar un objeto, y su naturaleza nocional no debe llevar a categorizarlo como una noción o concepto. Por último, un objeto nocional no determina la referencia real de un nombre propio. En cambio, es el mundo real el que determina la referencia real de un nombre propio, pero el mundo real tal y como nos lo presenta el esquema conceptual adoptado para describirlo, un esquema que debe incluir las correspondencias entre los objetos nociónales de las teorías

acerca de las mentes de los otros hablantes y los objetos reales del entorno físico-social que compartimos con ellos. Como ya se ha comentado, cuando se emplea un esquema conceptual se divide el mundo en objetos, y por consiguiente tanto los objetos como los signos son internos al esquema (Putnam, 1981, p. 52). Por tanto, es fácil determinar la referencia de un nombre propio como ‘Londres’ dentro de un esquema que cuente con este signo: la referencia de ‘Londres’ es el objeto Londres. Una especificación así de la referencia de un término puede considerarse el sentido fregeano del término, pero este sentido formará siempre una parte del esquema conceptual que se emplea para describir los objetos del mundo real y sus propiedades. Del mismo modo que el mundo real tal y como lo describe un esquema conceptual determina la referencia del nombre ‘Londres,’ es el mundo real el que determina que “Pierre cree (en sentido ancho) que Londres es bonita” expresa una verdad cuando se aclara el uso de los términos respecto a un esquema que identifica Londres con el objeto *Londres* del mundo nocional de Pierre. Asimismo, es el mundo real el que determina que “Pierre cree (en sentido ancho) que Londres no es bonita” expresa una verdad cuando se aclara el uso de los términos respecto a un esquema que identifica Londres con el objeto *London* del mundo nocional de Pierre.

Una tercera objeción que se podría formular contra la solución propuesta aquí concierne al caso de Pedro y Paderewski (cf. sección 4.1). En este caso, Pedro cree que Paderewski tenía talento musical y que no tenía talento musical. Además, la construcción de esta versión del enigma sólo ha recurrido a un nombre propio, y por ello, sólo a un objeto nocional del mundo nocional de Pedro. Este único objeto nocional se pone en correspondencia con un único objeto homólogo del mundo real tal y como revela el esquema conceptual que se emplee para describir este mundo real, y por tanto parece que Pedro cree que Paderewski tenía talento musical tanto en sentido estrecho como en sentido ancho. Por consiguiente, no se evade el enigma en el caso de Pedro y Paderewski.

Antes de proceder a contestar a esta objeción, es preciso aclarar cómo se aplican los conceptos de la relatividad conceptual y el mundo nocional al argumento sencillo por *reductio ad absurdum* contra la intercambiabilidad *salva veritate* de los nombres propios

codesignativos en contextos de creencia. Siguiendo este argumento, Juan cree que Cicerón era calvo, pero que Tulio no era calvo, y si los nombres propios codesignativos son intercambiables en este contexto, Juan cree que Cicerón era calvo, pero que Cicerón no era calvo. De nuevo, la pregunta pertinente en este caso es “¿Cree Juan o no cree que Cicerón era calvo?” y de nuevo, la relatividad conceptual afirma que esta pregunta no tiene ningún sentido si no se la remite a una versión en concreto. Sin embargo, si se debe entender la referencia de ‘Cicerón’ como el objeto real homólogo del objeto nocional Cicerón que forma parte de una teoría acerca del estado psicológico de Juan, una teoría en la que el objeto nocional Cicerón es una persona que escribió *De Officiis*, mientras que la teoría dicta que esta persona no fue un orador que denunció a Catilina, los hechos acerca de la situación de Juan determinan que la respuesta es afirmativa. Asimismo, si se debe entender la referencia de ‘Cicerón’ como el objeto real homólogo del objeto nocional Tulio que forma parte de la misma teoría acerca del estado psicológico de Juan en la que el objeto nocional Tulio es una persona que fue un orador que denunció a Catilina, mientras que esta persona no escribió *De Officiis*, los mismos hechos acerca de la situación de Juan determinan que la respuesta es negativa.

Lo dicho sobre Juan en el párrafo anterior repite el fundamento de la solución del enigma aquí presentado, esto es, que el mismo objeto del mundo real tal y como lo describe un esquema conceptual puede tener dos o más homólogos en una teoría acerca del estado psicológico de un hablante que forma parte de aquel esquema. Ahora bien, en el caso de Pedro y Paderewski, Pedro tiene dos objetos en su mundo nocional a los que se refiere mediante el mismo nombre propio ‘Paderewski.’ La pregunta pertinente en este caso es “¿Cree Pedro o no cree que Paderewski tenía talento musical?” Si se debe entender la referencia de ‘Paderewski’ como el objeto real homólogo del objeto nocional Paderewski que forma parte de una teoría acerca del estado psicológico de Pedro en la que el objeto nocional Paderewski es una persona que fue un famoso pianista, mientras que esta persona no fue un líder nacionalista y Primer Ministro polaco, los hechos acerca de la situación de Pedro determinan que la respuesta es afirmativa. Asimismo, si se debe entender ‘Paderewski’ como el objeto real homólogo del objeto nocional distinto

Paderewski que forma parte de la misma teoría acerca del estado psicológico de Pedro en la que este segundo objeto nocional Paderewski es una persona que fue un líder nacionalista y Primer Ministro polaco, mientras que no fue un famoso pianista, los mismos hechos acerca de la situación de Pedro determinan que la respuesta es negativa.

En este análisis del caso de Pedro, puede parecer que no se ha tratado el fondo de la cuestión bajo consideración. Una cosa es dar una explicación de la situación paradójica en la que Pedro cree que Paderewski tenía talento musical y que no tenía talento musical, y otra cosa es contestar a la pregunta “¿Cree Pedro o no cree que Paderewski—la persona real, Paderewski—tenía talento musical?” Sin embargo, como ya se ha comentado múltiples veces, una pregunta no tiene ningún sentido si no se la remite a un esquema conceptual en concreto, un esquema que describe el mundo y explica sus actividades y que contiene como parte una teoría acerca del estado psicológico de Pedro y una correspondencia que vincula los objetos nocionales de aquella teoría a los objetos reales del esquema conceptual en general. Además, si se sigue la construcción de esta versión del enigma en detalle se verá que la pregunta pertinente no es “¿Cree Pedro o no cree que Paderewski tenía talento musical?” sino “¿Cree Pedro que Paderewski tenía talento musical o cree que Paderewski no tenía talento musical?” En concreto, Pedro asiente a la oración “Paderewski tenía talento musical” y nosotros afirmamos que Pedro cree que Paderewski tenía talento musical, una afirmación en la cual los términos se deben usar de acuerdo con un esquema conceptual en el que la teoría del estado psicológico de Pedro afirma que el objeto nocional homólogo al objeto real Paderewski es una persona que fue un famoso pianista. Asimismo, Pedro asiente a la oración “Paderewski no tenía talento musical” y nosotros afirmamos que Pedro cree que Paderewski no tenía talento musical, una afirmación en la cual los términos se deben usar de acuerdo con el mismo esquema conceptual en el que la teoría del estado psicológico de Pedro afirma que el objeto nocional homólogo al mismo objeto real Paderewski es una persona que fue un líder nacionalista y Primer Ministro polaco. Ahora bien, aunque estas dos oraciones parezcan incompatibles, consideradas conforme a su gramática superficial, en realidad no lo son: las dos oraciones se interpretan según dos objetos nocionales homólogos diferentes, y

no se debe concluir que una oración enunciada por una persona mientras interpreta sus oraciones a la luz de un objeto nocional contradiga otra oración enunciada por la misma persona mientras interpreta sus oraciones a la luz de un segundo objeto nocional, incluso si intervienen los mismos términos en estas dos oraciones⁵⁵. Todo lo cual no significa que nosotros no podamos concluir que Pedro cree que Paderewski tenía talento musical y que Pedro cree que Paderewski no tenía talento musical, pero debemos entender que esta conclusión afirma que Pedro cree en sentido ancho que Paderewski tenía talento musical y que Pedro cree en sentido ancho que Paderewski no tenía talento musical, y que los dos usos del nombre propio ‘Paderewski’ se refieren a dos objetos nocionales distintos, y por ende que no representan una situación contradictoria. No obstante, se le puede prestar a la situación la apariencia de una contradicción si se refunde nuestra conclusión como Pedro cree que Paderewski tenía talento musical y que no tenía talento musical, una artimaña por la cual se elimina un término para dar la impresión de que está involucrado sólo un objeto nocional. Asimismo, en el caso de Juan, podemos concluir que Juan cree que Cicerón era calvo y que Juan cree que Cicerón no era calvo, pero debemos entender que lo que cree Juan lo cree en sentido ancho, y que los dos usos del nombre propio ‘Cicerón’ se refieren a dos objetos nocionales distintos, y que por lo tanto no representan una situación contradictoria (aunque se le puede prestar la apariencia de una contradicción si se elimina un término).

Sin embargo, si la situación de Juan no es contradictoria, y los nombres propios son designadores rígidos, el argumento sencillo por *reductio ad absurdum* contra la intercambiabilidad *salva veritate* de los nombres propios codesignativos en contextos de creencia ni siquiera parece ser un argumento, ni hablar entonces de un argumento sólido. Esto parece insinuar que los nombres propios codesignativos sí podrían ser intercam-

⁵⁵Este principio es afín al principio que avala Putnam cuando afirma que no se debe concluir que una oración enunciada por una persona mientras interpreta sus oraciones a la luz de una versión contradiga otra oración enunciada por la misma persona mientras interpreta sus oraciones a la luz de una segunda versión, incluso si intervienen los mismos términos en las dos oraciones (cf. discusión de la sección 9.1 arriba).

biables *salva veritate* en contextos de creencia. En cierto modo es así. Si Juan asiente a la oración “Cicerón era calvo,” nosotros podemos concluir, con referencia a nuestro mundo tal y como nos lo revela nuestro esquema conceptual, que Juan cree (en sentido estrecho y en sentido ancho) que Cicerón era calvo donde el objeto nocional homólogo de nuestro objeto real Cicerón es el objeto del mundo nocional de Juan que es una persona que fue el autor de *De Officiis*, es decir, el objeto nocional Cicerón. Ahora bien, del asentimiento de Juan a “Cicerón era calvo,” nosotros también podemos concluir, con referencia a nuestro mundo, que Juan cree (en sentido ancho) que Tulio era calvo, pero el objeto nocional homólogo de nuestro objeto real Tulio será el mismo objeto del mundo nocional de Juan que es una persona que fue el autor de *De Officiis*, es decir, el objeto nocional Cicerón. Lo que no es lícito es que concluyamos que Juan cree (en sentido estrecho) que Tulio era calvo, porque el objeto nocional Tulio simplemente no podía haber estado involucrado cuando asintió Juan a la oración “Cicerón era calvo.” (Si Juan nunca ha oído hablar de Tulio, el objeto nocional Tulio simplemente no existe en el mundo nocional de Juan, y por tanto tampoco podía haber estado involucrado cuando asintió a la oración “Cicerón era calvo.”)

Puede ser que esta conclusión resulte un tanto extraña, pero si se toman los preceptos de la relatividad conceptual al pie de la letra, la conclusión de que los nombres propios codesignativos son intercambiables *salva veritate* en contextos de creencia no debe extrañar. En concreto, si se pregunta “¿Los nombres propios codesignativos son intercambiables *salva veritate* en contextos de creencia?” la relatividad conceptual dicta que esta pregunta no tiene sentido si no se la remite a un esquema conceptual en concreto. Ahora, si se refieren los términos de la pregunta al esquema que sostiene Kripke acerca de los nombres propios, debe entenderse ‘nombre propio’ por un designador rígido, y la respuesta a la pregunta resulta ser un “sí” categórico como ya se sabía. Como se ha señalado en la sección 3, se debe entender el artículo sobre el enigma como un intento de salvaguardar la credibilidad de tal postura. Asimismo, según el esquema conceptual de Kripke, los nombres propios codesignativos son intercambiables *salva veritate* en contextos modales.

Por último, cabe mencionar que el concepto de la relatividad conceptual combinado con el concepto del mundo nocional sobre los que descansa la solución aquí presentada al enigma de Kripke puede aclarar el enigma de Frege acerca de los diferentes valores cognoscitivos entre las oraciones de identidad “ $A = A$ ” y “ $A = B$ ” (Frege, 2000, p. 45). Como antes, la relatividad conceptual dicta que la oración “ $A = B$ ” no tiene sentido si no se refiere el uso de los símbolos ‘ A ,’ ‘ B ’ y ‘ $=$ ’ a un esquema conceptual concreto. Se ha indicado arriba en la discusión de los casos de Juan y Pedro que pueden remitirse diferentes términos de nuestras conclusiones acerca de sus creencias anchas a diferentes objetos nocionales. En el caso de Juan y nuestra conclusión de que Juan cree que Cicerón era calvo y que Cicerón no era calvo, el primer uso del nombre propio ‘Cicerón’ se debe entender como el objeto nocional Cicerón de una teoría acerca del estado psicológico de Juan en la que el objeto nocional Cicerón es una persona que fue el autor de *De Officiis*, mientras que el segundo uso de ‘Cicerón’ se debe entender como el objeto nocional Tulio de la misma teoría en la que el objeto nocional Tulio es una persona que fue un orador que denunció a Catilina. Asimismo, en el caso de la oración “ $A = B$,” si el símbolo ‘ A ’ se debe entender como el objeto nocional Cicerón, mientras que el símbolo ‘ B ’ se debe entender como el objeto nocional Tulio, y si se debe entender el símbolo ‘ $=$ ’ como una relación de identidad entre objetos nocionales que forma parte de la teoría acerca del estado psicológico de Juan, la oración afirma que los objetos nocionales Cicerón y Tulio son idénticos, que son el mismo objeto nocional. Un hablante normal como Juan puede afirmar que Cicerón era calvo mientras que Tulio no era y no incurrir en la mínima irracionalidad si su mundo nocional cuenta con un objeto nocional Cicerón y otro objeto nocional Tulio que no están conectados mediante la relación de igualdad de objetos nocionales Cicerón = Tulio. En otras palabras la oración “Cicerón = Tulio” es falsa en la teoría acerca del estado psicológico de Juan. Sin embargo, un mundo nocional no es un mundo estático, sino un mundo de cambios constantes que debe actualizarse respecto al procesamiento de datos proveniente de la interacción con el mundo real. Si Juan llega a creer que la oración “Cicerón = Tulio” es en realidad verdadera con respecto a su mundo nocional, esta revelación significativa

señala el nacimiento de un nuevo objeto nocional Cicerón-Tulio, un objeto resultante de la fusión de los dos objetos anteriormente distintos Cicerón y Tulio. Debe estar claro que la fusión debe proceder de tal manera que se resuelva cualquier contradicción lógica que surja como resultado de esta fusión si es que Juan no va a incurrir en la irracionalidad. En particular, Juan necesita aclarar si el nuevo objeto nocional Cicerón-Tulio era calvo o no, o como mínimo marcar este hecho como no determinado, por lo menos hasta que se indague la cuestión en mayor profundidad. En el primer caso, Juan asentirá en adelante o al par de oraciones “Cicerón era calvo” y “Tulio era calvo” o al par “Cicerón no era calvo” y “Tulio no era calvo.” En el segundo caso, Juan simplemente no asentirá a ninguna oración que hable de Cicerón o Tulio y su calvicie. Lo que está claro es que Juan ya no puede asentar a “Cicerón era calvo” y “Tulio no era calvo,” porque de otro modo incurrirá en la irracionalidad.

Ahora bien, en el caso de la oración “ $A = A$,” si el primer símbolo ‘ A ’ y el segundo símbolo ‘ A ’ se deben entender como el mismo objeto nocional Cicerón del mundo nocional de Juan y si se debe entender el símbolo ‘ $=$ ’ como una relación de identidad entre objetos nocionales como antes, la oración afirma que el objeto nocional Cicerón es idéntico a sí mismo. No obstante, es posible que en el caso de la oración “ $A = A$,” el primer símbolo ‘ A ’ se deba entender como el objeto nocional Paderewski del mundo nocional de Pedro que es una persona que fue un famoso pianista, mientras que el segundo símbolo ‘ A ’ se deba entender como el objeto nocional Paderewski del mundo nocional de Pedro que es una persona que fue un líder nacionalista y Primer Ministro polaco. En este caso, y si se entiende el símbolo ‘ $=$ ’ una vez más como una relación de identidad entre objetos nocionales, la oración “ $A = A$ ” afirma que los dos objetos nocionales Paderewski y Paderewski son idénticos, lo cual señala el nacimiento de un nuevo objeto nocional Paderewski-Paderewski, o simplemente Paderewski, resultante de la fusión de los dos objetos anteriormente distintos Paderewski y Paderewski. Por tanto, el valor cognoscitivo de la oración “Paderewski = Paderewski” bajo esta relación con objetos nocionales no es igual que el de “Cicerón = Cicerón” bajo la relación con objetos nocionales que se la ha dado al principio de este párrafo. Más bien, el valor

cognoscitivo de “Paderewski = Paderewski” es del mismo tipo que el de “Cicerón = Tulio,” por lo cual no siempre ocurre el caso de que una oración del tipo “ $A = A$ ” afirme el principio de identidad (cf. (Burge, 1977, p. 355)): como siempre, dependerá de cómo se usen los términos.

REFERENCIAS

- Bassols, A. T. (2007). “El enigma del *enigma* de Kripke”. *Éndoxa*(22), 31–52.
- Bechtel, W. (2009). *Philosophy of mind: An overview for cognitive science*. Psychology Press.
- Burge, T. (1977). “Belief de re”. *Journal of Philosophy*, 74(6), 338–362.
- Chisholm, R. M. (1973). “Beyond being and nonbeing”. *Philosophical Studies*, 24(4), 245–257.
- Dennett, D. C. (1981). “Two approaches to mental images”. En *Brainstorms: Philosophical essays on mind and psychology* (pp. 174–189). The MIT Press.
- Dennett, D. C. (1982). “Beyond belief”. En A. Woodfield (Ed.), *Thought and object: Essays on intentionality* (pp. 1–95). Clarendon Press.
- Dennett, D. C. (1989). *The intentional stance*. Bradford Books.
- Dennett, D. C. (1993). *Consciousness explained*. Penguin Books.
- Díez, A. (2000). “Concepción fregeana del conocimiento como representación”. En A. Ibarra y T. Mormann (Eds.), *Varietades de la representación en la ciencia y la filosofía* (pp. 81–88). Editorial Ariel.
- Frege, G. (1951). “On concept and object”. *Mind*, 60(238), 168–180.
- Frege, G. (1956). “The thought: A logical inquiry”. *Mind*, 65(259), 289–311.
- Frege, G. (2000). “Ueber Sinn und Bedeutung (On sense and reference)”. En R. J. Stainton (Ed.), *Perspectives in the philosophy of language: a concise anthology* (pp. 45–64). Broadview Press Ltd.
- Krauss, L. M. (2011). *Quantam man: Richard Feynman’s life in science*. W.W. Norton & Company.
- Kripke, S. (1979). “A puzzle about belief”. En A. Margalit (Ed.), *Meaning and use: papers presented at the Second Jerusalem Philosophical Encounter April 1976* (pp. 239–283). D. Reidel Publishing Company.
- Kripke, S. (1980). *Naming and necessity*. Basil Blackwell.
- Kripke, S. (1982). *Wittgenstein on rules and private language*. Blackwell Publishing.

- Kripke, S. (2000). "Identity and necessity". En R. J. Stainton (Ed.), *Perspectives in the philosophy of language: a concise anthology* (pp. 93–121). Broadview Press Ltd.
- Lycan, W. G. (2006). "Names". En M. Devitt y R. Hanley (Eds.), *The Blackwell guide to the philosophy of language* (pp. 255–273). Blackwell Publishing.
- McDowell, J. (1977). "On the sense and reference of a proper name". *Mind*, 86(342), 159–185.
- Meinong, A. (1960). "The theory of objects". En R. M. Chisholm (Ed.), *Realism and the background of phenomenology* (pp. 76–117). Free Press.
- Orayen, R. (1994). "Un esbozo de solución a un enigma de Kripke". *Crítica*, XXVI(76–77), 93–127.
- Perry, J. (1977). "Frege on demonstratives". *Philosophical Review*, 86(4), 474–497.
- Putnam, H. (1975). "The meaning of 'meaning'". En H. Freigl y G. Maxwell (Eds.), *Minnesota studies in the philosophy of science, volume vii* (pp. 131–193). University of Minnesota Press.
- Putnam, H. (1979). "Comments on 'A puzzle about belief'". En A. Margalit (Ed.), *Meaning and use: papers presented at the second Jerusalem philosophical encounter April 1976* (pp. 284–288). D. Reidel Publishing Company.
- Putnam, H. (1981). *Reason, truth and history*. Cambridge University Press.
- Putnam, H. (1987). *The many faces of realism*. Open Court Publishing Company.
- Putnam, H. (1992). *Renewing philosophy*. Harvard University Press.
- Quine, W. (1969). *Ontological relativity and other essays*. Columbia University Press.
- Russell, B. (1905). "On denoting". *Mind*, 14(56), 479–493.
- Russell, B. (1998). *The problems of philosophy* (2nd ed.). Oxford University Press.
- Russell, B. (2010). *The philosophy of logical atomism*. Routledge.
- Salmon, N. (1979). "How not to derive essentialism from the theory of reference". *The Journal of Philosophy*, 76(12), 703–725.
- Sosa, D. (1994). "¿Dónde se encuentra el enigma sobre la creencia?" *Crítica*, XXVI(76–77), 7–50.

Stich, S. (1985). *From folk psychology to cognitive science: The case against belief*.
Bradford Books.